

DANY COHN-BENDIT

La Revolución

y nosotros,
que la quisimos
tanto



Dany Cohn-Bendit

**LA REVOLUCIÓN Y NOSOTROS,
QUE LA QUISIMOS TANTO**

La presente obra ha sido extraída de la serie televisiva en cuatro capítulos: «Nous l'avons tant aimée, la révolution», serie producida por Ludi Boeken, Belbo Films, en coproducción con FR3, NOS y INA, y realizada por Steven de Winter a partir de una idea original de Dany Cohn-Bendit.

Traducción: Joaquín Jordá

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Índice

Prefacio

LA REBELIÓN

- I. **Abbie hoffmann**
- II. Hoffmann – Rubin
- III. Jerry Rubin
- IV. Black Power
- V. Bobby Seale
- VI. Provos
- VII. Roel Van Duyn
- VIII. **Rob Stolk**

EL PROLETARIADO

- I. París
- II. Jean-Pierre Duteuil
- III. Michel Chemin
- IV. Serge July
- V. Gaby Ceroni

LA GUERRA

- I. Fernando Gabeira
- II. **Alfredo Sirkis**
- III. Jane Alpert
- IV. Hans-Joachim Klein
- V. Valerio Morucci

LA DEMOCRACIA

- I. Joschka Fischer
- II. **Susan Brownmiller**
- III. Barbara Koster

CONCLUSIÓN

ACERCA DEL AUTOR

PREFACIO

Nacido en Montauban en 1945, hijo de judíos emigrados alemanes, ni francés ni alemán, soy, como suele decirse, un bastardo. Disfruté de las enseñanzas de las escuelas y liceos franceses y alemanes, sobreviví a la masificación y el aburrimiento reinantes en las universidades de ambos países, y reivindico con orgullo mi transnacionalidad. Y, sin embargo, una tarde de verano en Sevilla, en 1982, me sorprendí enjugándome una lágrima ante la derrota del equipo de fútbol francés.

Pacifista convencido, la mayoría de los «progres» me aburren. A pesar de mi anticomunismo visceral, pataleo de indignación ante los renegados que han colgado sus hábitos y ahora se apuntan al trémolo prorreaganiano para recuperar la virginidad. Y, aunque profundamente convencido de la legitimidad de las tesis ecologistas, me gusta la agresividad de la jungla metropolitana y confieso no soportar el campo durante mucho tiempo.

En resumen, sigo siendo un contestatario de la «promoción del 68»; y vivo en comunidad -en este momento con seis adultos y tres niños- y soy responsable en Francfort de una revista quincenal *Pflasterstrand* (sí, «¡Bajo los adoquines, la playa!», ¡todo un programa!), pero desde aquella época

evolucioné considerablemente, pues ahora me considero el prudente compañero de viaje de un partido -los Verdes alemanes- que acepta tímidamente la idea de gobernar, idea por la que milito desde hace algunos años.



Washington, 1967

Sé que existe una especie de rechazo hacia el Mayo del 68, pero ese pasado tan próximo, aunque olvidado, rechazado y renegado, a nadie deja indiferente.

A lo largo de estos años, he visto desarrollarse el rechazo a hablar de la contestación de los años 60, en especial entre los mismos que con su huella marcaron a los grupos

izquierdistas. Les notaba una cierta reticencia a evocar el tema, un vago sentimiento de culpabilidad. El calificativo de «sesentayochista» se ha vuelto peyorativo, «progre» directamente en una injuria, y sé que suele murmurarse a mis espaldas que soy un «has been». Comprendo las razones de esta evolución. Es normal que quienes reclamaban «todo e inmediatamente» y el poder con o sin fusiles no se sientan ahora demasiado atraídos por el estilo de los viejos combatientes y se nieguen a repetir su pasado. Pero, al mismo tiempo, cuando llego a cualquier parte sólo me hablan de ese pasado con mucho calor y nostalgia. Tengo la sensación más bien halagüeña de encarnar el balance positivo de Mayo del 68, de ser el símbolo del «hablar claro», y el «último mohicano» movido por una espontaneidad a veces un poco «infantil», pero siempre, ¡y cómo!, «simpática y liberadora». Siempre he respondido de buen grado a esas preguntas que más bien me divertían, hasta que me harté del papel de referencia viviente, de especie de monumento al que se rinde homenaje los días de aniversario.

Tanto en mi vida personal como en mis compromisos políticos, siempre he querido que hubiera una continuidad entre mis convicciones de ayer, mi acción presente y el futuro con el que sueño. Sin embargo, a muchos de mis interlocutores les parece que tal continuidad se ha roto. Por ello he sentido deseos de devolver la visita a mi «familia

política», en el más amplio sentido de la palabra, de ver nuevamente a esos militantes que conocí y con los que me he cruzado a lo largo de todos estos años, y a otros cuyos actos o personalidad influyeron en mi pensamiento y actividades políticas. Quise reunirme con ellos, ver cómo viven, medir y comprender su trayectoria a lo largo de estos veinte años.

Con un equipo de tele, me dirigí a Nueva York, a Río, a Roma, a París, a Ámsterdam, a Saint-Nazaire, a Francfort, al País Vasco.

De esta manera mataba dos pájaros de un tiro; por un lado, revivía intensamente veinte años de mi vida, y por el otro me cubría ante todas las preguntas de aquellos que se obstinan en utilizarme como una máquina del tiempo. De ahora en adelante podría decirles: «No me hagáis más preguntas. Mirad esas imágenes, en ellas encontraréis todo lo que tengo por contar sobre los años 60. En lo sucesivo, sólo hablaré del presente y del futuro.»

En 1968, el planeta se inflamó. Parecía que surgía una consigna universal. Tanto en París como en Berlín, en Roma o en Turín, la calle y los adoquines se convirtieron en símbolos de una generación rebelde. We want the world and we want it now («Queremos el mundo y lo queremos ahora»), cantaba Jim Morrison. Sucedió hace quince años.

Ayudados por el fulgurante desarrollo de los medios de comunicación, fuimos la primera generación que vivió, a través de una oleada de imágenes y sonido, la presencia física y cotidiana de la totalidad del mundo. Debióse sin duda a la música: un grupo inglés que componía canciones en los suburbios de Liverpool, meses más tarde, era adorado por los jóvenes del mundo entero; o bien a las imágenes de los noticiarios: los tanques rusos entrando en Praga, Carlos y Smith levantando sus puños enguantados de negro en el podium de los Juegos Olímpicos de México, el rostro de Che Guevara; todas estas imágenes provocaban reacciones, indignaciones, adhesiones violentas que soliviantaban a muchos jóvenes, cualquiera que fuese su nacionalidad. Y eso sin contar con las imágenes cinematográficas, la manera de vestir, de comportarse y de consumir. Bastaba con que pudiera ver esas imágenes, con que el nivel de vida de sus países permitiera el desarrollo de los media y con que los regímenes políticos que padecían permitiesen circular aquellas informaciones.

Considero que vivimos una época embriagadora y angustiosa. Muchos de nosotros siguen preguntándose qué les empujó a levantarse y a pelear a principios de los años 70. Creo que teníamos la voluntad de modificar el curso de nuestra vida, de participar en la historia que se estaba escribiendo y semejante ambición selló nuestro destino arrojándonos a un activismo político tan rico en experiencias

muy intensas como cargado de peligros y de riesgos difíciles de estimar.

El gusto por la vida, el sentido de la historia, ésa fue la clave de nuestro desafío.

Los interlocutores que elegí -tanto si fueron noticia como si vivieron lejos de la escena política- encarnan alternativas políticas, sociales o culturales singulares y ejemplares en el abanico de las experiencias que vivimos. Autor de esta serie, no me considero ni un periodista que haya hecho un reportaje más, ni un juez encargado de dictar sentencia. Sólo he pretendido, a través de la confrontación de personajes y experiencias, aclarar mi itinerario personal. Tengo la convicción de que, pese a nuestra diversidad, nuestras contradicciones, nuestros fracasos y nuestros errores, inventamos nuevas formas de vida social e impusimos unos comportamientos diferentes en las relaciones políticas, que nos ayudarán a superar los problemas a los que hoy nos vemos enfrentados.

Este cúmulo de experiencias heterogéneas, de decepciones y de alegrías, de amores y de odios, de poesía y de banalidades, habrá sido indispensable para permitirnos alcanzar nuevas orillas.

Ni canto de gloria ni canto fúnebre, nos limitamos a decir: «¡Quisimos tanto la revolución!»

En el proyecto inicial, tenía previsto hablar de Polonia y de Chile para mostrar hasta qué punto sigue siendo un momento importante de mi trayectoria política la confrontación con el totalitarismo. Pero a medida que avanzaba, tuve que abandonar la idea.

Polonia fue una experiencia dolorosa para mí. Quería ver de nuevo a Adam Michnik, a quien conocí en Francfort en 1970, en el curso de un mitin de protesta contra la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga. Pero cuando pretendí reunirme con él, se encontraba en la cárcel. Entonces se me ocurrió la idea de componer su retrato a través de los testimonios de su familia, de sus amigos, de sus profesores y de sus camaradas de lucha. Salió muy mal. Hice introducir clandestinamente una cámara de 8 mm que funcionaba fatal, y a partir del tercer día la policía me siguió día y noche. No sabía si con ello esperaban localizar a los militantes clandestinos con los que hubiera podido contactar o si simplemente querían impedirme trabajar. Me inclino por la segunda hipótesis, porque para seguirme no se ocultaban. Lo cierto es que todo el mundo estaba muy tirante, y que yo mismo me sentía muy incómodo. Polonia es un país terrible, terriblemente triste. Conocí personas admirables, paralizadas en una actitud orgullosa y desesperada. Jamás cederán, aun sabiendo que no tienen posibilidad alguna y que el turno soviético no aflojará. Es terrorífico e insoportable. Inútil decir que la atmósfera no tardó en

hacérseme insostenible. Además, mis interlocutores no conseguían hablar con sencillez de Adam Michnik, un hombre muy duro, muy exigente. Para él, vivir honradamente en Polonia es arriesgarse a diario a dar con los huesos en la cárcel. Regresé a Francfort enfermo, realmente enfermo, con escaso material rodado, y finalmente renuncié a hablar de Polonia.

En cuanto a Chile, fue diferente. En los años 70, la historia del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) me apasionaba. Me sentía realmente próximo a ellos y seguro que, de vivir en Chile, me hubiera afiliado a su movimiento. Por ello quise entrevistarme con Pascual Allende, actual dirigente del MIR clandestino, pero, dejando a un lado lo peligroso que podía ser para él, no pude llegar a Chile por vulgares razones de presupuesto. En 1980, me fascinó la lectura del libro de Carmen Castillo: *Un día de octubre en Santiago*. Carmen había sido la compañera de Miguel Enríquez, el máximo líder del MIR chileno en la época del golpe de Estado de Pinochet. Lo que me fascinaba de su libro era el conflicto entre la vida y el dogmatismo militante. Yo, que la había visto en el papel de personaje oficial hablando en nombre de los revolucionarios chilenos y usando un lenguaje convencional caricaturesco a más no poder, me quedé entonces seducido por su nueva visión de la historia. Descubrí que había obrado tanto por razón como por amor, por amor a un hombre que quería cambiar este mundo

insoponible. Por eso tenían armas en su casa, vivían en la clandestinidad más absoluta y se arriesgaban considerablemente cada día. Precisamente por ese rechazo a la ignominia mataron a Miguel Enríquez, y Carmen fue herida, torturada y perdió el niño que esperaba. Después, gracias a la intervención de mujeres del mundo entero, la liberaron y expulsaron de Chile. La encontré en París. Nos hicimos muy amigos y yo quería que estuviera en este conjunto de retratos para hablar tanto de Chile como de la vida de los exiliados. Pero al no poder ir a Chile, no añadí la entrevista de Carmen en el conjunto de la serie. Cosa que lamento sinceramente.

Así pues, durante un año viajé por el mundo, saltando de París a Nueva York, de Ámsterdam a Río, de Francfort a Roma, y confieso que yo mismo me sorprendí de la facilidad con la que me introducía en universos tan diferentes. Bastaba contemplar durante unas horas la televisión y leer los periódicos para integrarme inmediatamente en la vida local. Por ejemplo, en seguida me interesaba saber quién era el favorito en el partido de fútbol, de baloncesto o de hockey sobre hielo, cuál el video-clip más popular o la película más taquillera y cuáles los temas políticos y sociales que les preocupaban.

Sé que podría vivir sin ninguna dificultad en cualquiera de esas grandes ciudades. Eso demuestra también que los

habitantes de estas metrópolis se enfrentan a problemas similares a los míos. Esta uniformidad tal vez resulte un poco tristona, pero al mismo tiempo me pareció estimulante que cada país, cada ciudad, encontrase soluciones diferentes y en las que los demás no habrían pensado.

Quiero dar las gracias a Ludí Boeken y Ben Elkerbour, productores sin los que esta serie nunca habría sido rodada, al realizador Steven de Winter, que me soportó durante más de dieciocho meses y supo descifrar mis ideas más confusas para darles forma y ponerlas en imágenes, y también al montador Teun Pfeil, un auténtico prodigio de la manipulación cinematográfica.

LA REBELIÓN

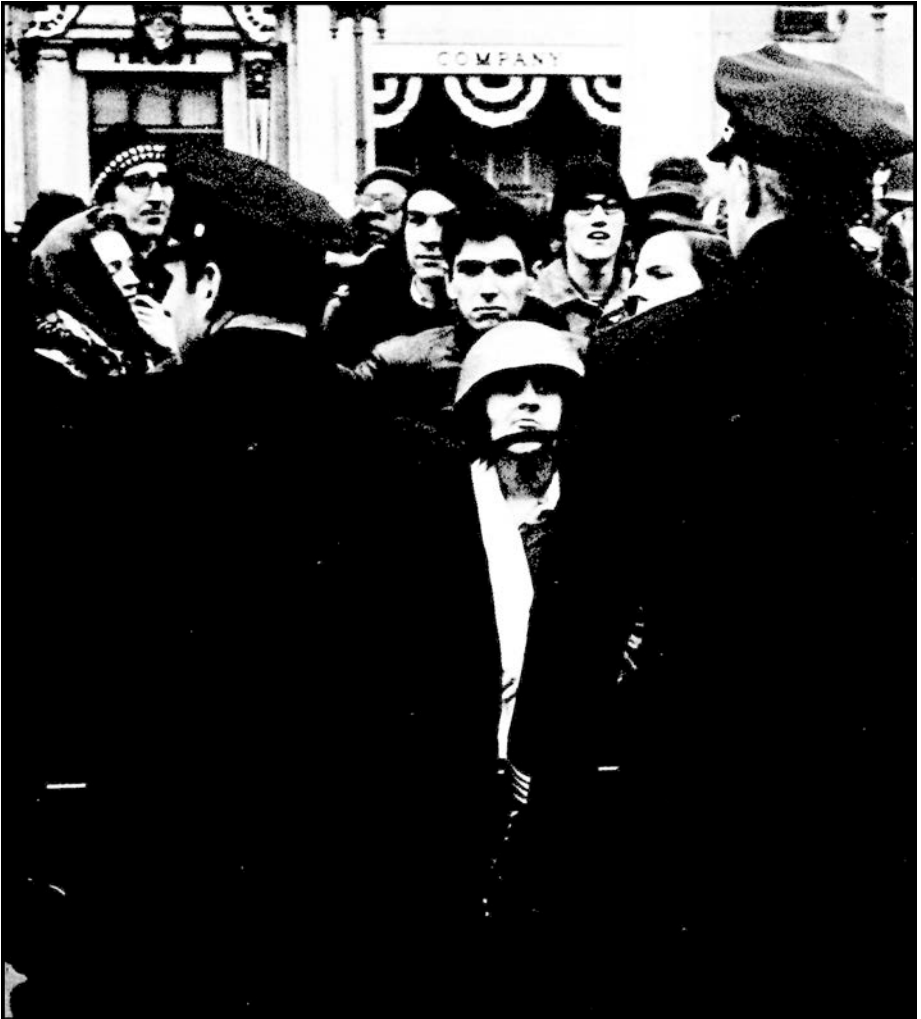
Los jóvenes americanos que descubrieron, a principios de los 60, que la sociedad modelo y guía del mundo occidental no era tan perfecta como se les quería hacer creer, amaban mucho a América.

Educados en el respeto al derecho del individuo, no lograban entender que se prohibiera a un negro el acceso a la escuela. O que el gobierno, garante de la Constitución, aceptara que los negros no pudieran sentarse en las plazas públicas, en los bancos reservados a los blancos. O que hubiera bares para negros y bares para blancos... No era tolerable. Eso no era lo que se les había enseñado acerca de la lucha entre el Bien (América) y el Mal (el comunismo). América mentía sobre sus valores...

Salieron entonces a las calles y carreteras del sur de los Estados Unidos a proclamar esta evidencia. Pero los poderes americanos les abrieron los ojos con respecto al «Estado de la Unión» a fuerza de culatazos, manguerazos de agua e inculpaciones por perturbar el orden público.

Primer fallo, pues, de la fe en la invencibilidad y legitimidad del sueño americano, que iría extendiéndose a lo largo de los años 60. Seísmos. El problema negro, claro está, y el estallido de la rebelión en los ghettos de las grandes ciudades industriales. Y los primeros ecos de guerras extranjeras fomentadas o sostenidas por la potencia americana en Asia o en América Latina. Y, sobre todo, la prohibición de

expresar sus protestas en los campus es lo que serviría de detonante y conduciría a los jóvenes americanos a desafiar todos los poderes.



Washington, 1968

Los poetas beatnicks dieron un alma a la rebelión, aliados a la inteligencia y el humor. Herbert Marcuse les hizo

comprender la alienación de los individuos, limitados a su función de útiles de producción, privados de placer y de goce. MacLuhan les enseñó los inmensos poderes de los nuevos media. Bob Dylan y Joan Baez les pusieron al corriente de las propiedades del ritmo, la música y los textos «comprometidos» para movilizar a las masas. En cuanto a los negros, les enseñaron que para ganar era necesario atreverse a luchar hasta el final, al precio que fuese.

En 1962, un grupo de jóvenes militantes crean el SDS, Students For a Democratic Society, organización que reúne a todos los contestatarios de los campus universitarios. Este movimiento se convierte en la punta de lanza de la rebelión, mientras Kennedy se empantana en la aventura del Vietnam y la invasión de Cuba fracasa.

A partir de esa fecha y en adelante, la juventud se convierte en el motor de una revolución de las costumbres, de las mentalidades y de las relaciones entre los individuos.

1968.

Todas las fuerzas contestatarias de América se unen para quebrantar el formidable poder del Establishment.

En el Vietnam, la ofensiva del Têt. El ejército americano comienza a temer la derrota, los campus universitarios son ocupados, las manifestaciones por la paz se multiplican. Llegan a Chicago los «días de la ira»; los enemigos de la guerra se lanzan al asalto de la Convención del partido demócrata. Bob Kennedy y Martín Luther King son asesinados.

Unas cuantas mujeres, verdaderas pioneras, queman públicamente sus sujetadores y perturban la solemne ceremonia de la coronación de Miss América...

El poder vacila, pero no se desmorona. El pueblo americano se conmueve con la rebelión de sus hijos, pero no pone en tela de juicio las bases del orden social.

Pronto estallará la unanimidad artificial de los contestatarios. Los negros exigirán el «Black Power», y los Panteras Negras arrastrarán a la autodefensa armada a una minoría de militantes. Una tentación de igual naturaleza animará a ciertos grupos de blancos, los Weathermen, mientras que los *Yippies* permanecerán fieles a su voluntad de seducir mediante la provocación, el humor y la incansable llamada al derecho del placer. Cosa que, por otra parte, llevan años predicando en el viejo continente los Provos de Ámsterdam. El movimiento de las

mujeres estalla también en los años 70 en tendencias enemigas, lo que las debilitará, sin que ello permita cuestionar las victorias que obtuvieron.

Y, sobre todo, América se zafa por fin del fardo insoportable que era la guerra de Vietnam. Ahora deberá aceptar la humillación y la derrota, la cual la liberará de la duda tan corrosiva que la roía.

La represión puede caer entonces sobre los contestatarios. Cárceles, asesinatos, violencias de todo tipo. Pero también se ejerce la recuperación por medio del confort y la aceptación del sistema.

Muchos de ellos, si no han sido asesinados, volverán a instalarse en el «vientre de la bestia» que tanto llegaron a odiar...

Dos personajes que han pasado por todos los sobresaltos ocurridos durante los años 60 en los Estados Unidos son Abbie Hoffmann y Jerry Rubin. Les encontré en Francfort en 1970. En una tarde de locura habían creado, con algunos colegas, los Yippies, el Partido internacional de los jóvenes...

Para infundir consistencia al aspecto «internacional» de su movimiento, intentaron encontrar hermanos de lucha: todos mezclados, vietnamitas, cubanos, argelinos, holandeses, franceses. Y libertarios como yo.

Hoy sus caminos se han apartado sensiblemente...

Abbie hoffmann
Nueva York, Marzo de 1985

Abbie Hoffmann, cuarenta sonrientes años. Con su barba grisácea, responde a la imagen esperada. Si juzgamos por su apariencia, no se ha «aburguesado». Fijamos que uno de nuestros futuros encuentros se celebre a orillas del Saint-Laurent, en la frontera canadiense, donde posee una casita.

Mientras tanto, nos reunimos en Nueva York, en el minúsculo estudio abarrotado de discos y libros donde vive con su compañera. Les sirve de cocina, dormitorio y local del movimiento contra la Intervención americana en Nicaragua.

Dany Cohn-Bendit. - ¡Hola, Abbie!

Abbie Hoffmann. - ¡Hola, Dany! Cuánto tiempo...

D. -Ya lo creo. ¡Siete años!

A. -¿Te dejaron entrar?

D. -Con dificultades. El servicio de emigración lo intentó todo. El pasaporte, el visado, los cuestionarios... Pero hablemos de ti; pareces muy ocupado...

¿Sigues militando a jornada completa?

A. -Me he convertido en un militante viejo. Ya sabes, al envejecer uno se vuelve más blando, eso está claro. Ahora tengo niños, soy responsable de su bienestar, de su salud, de su educación... Reparto el tiempo entre mis obligaciones personales y mis deberes hacia la comunidad. Las ideas progresistas en las que sigo creyendo.

D. -En los años 60, eras un ardiente aficionado a la droga, al rock, a la música...

A. -Y al sexo...

D.- ¡Sí, y al sexo! ¿Y ha desaparecido todo eso de tu vida?

A. -Hace años que no tomo drogas, aunque sigue gustándome la música y lo demás. Por cierto, ahora es diferente. Ya no hay una contracultura donde apoyarse para provocar una toma de conciencia política. Lo único que hoy tiene una dimensión política en este país es la cultura latinoamericana. En otros tiempos, llevábamos el pelo largo, ropas hippy, los pies descalzos, fumábamos droga, escuchábamos rock, le decíamos «mierda» a la sociedad. Estaba muy claro para todo el mundo, y la sociedad reaccionaba brutalmente enviando a sus polis para impedirnos vivir de aquella manera. Era el movimiento hippy, que no fue en absoluto político. Los hippies no pretendían modificar el orden político del país, pedían simplemente que les dejaran en paz. Nosotros quisimos

cambiar eso. Creamos el movimiento «Yippy», para politizar el movimiento contestatario.



Abbie Hoffmann, 1971

En 1967, hicimos salir a la gente a la calle, y fundamos el Partido internacional de la juventud, el «YIP» (Youth International Party). Así, en 1968, movilizamos a los que se oponían a la guerra del Vietnam para manifestarnos durante el Congreso del partido demócrata en Chicago. Decíamos: «El partido demócrata es la muerte. Nosotros los yippies organizamos la fiesta de la vida mientras se celebra el congreso demócrata. ¡Ved la diferencia!» Organizamos

conciertos gratuitos en las calles y reunimos a la gente en los parques. Creamos los Juegos Olímpicos yippies. Durante toda una semana, mostramos a los habitantes de Chicago otro estilo de vida. No vacilamos en hacer circular informaciones surrealistas: les hicimos creer que habíamos puesto LSD en el agua potable de la ciudad y cosas así. El alcalde se puso como loco, gritaba: «¡Son asesinos en potencia!» Envío a la policía contra nosotros. Luego los policías afirmaron haberse contenido..., ¡pero te juro que muchos de nosotros no opinamos lo mismo! A pesar de todo, resultó muy divertido. Más tarde fundamos periódicos, creamos comités de defensa contra la policía, utilizamos toda esa contracultura para atraer a la juventud que rechazaba el modo de vida americano. Nos apoyamos en la rebelión espontánea de toda una generación. Considerábamos a aquella juventud como una clase social con necesidades y aspiraciones propias, y creímos que esta clase haría la revolución.

D. -¿Pensasteis en la posibilidad de presentar un candidato a las elecciones presidenciales?

A. -En absoluto. Nuestro programa empezaba con la promesa de una vida eterna y terminaba con el compromiso de ofrecer a la población servicios públicos limpios y gratuitos. Era divertido, pero tras estas provocaciones había una verdadera fuerza política que llegó incluso a amenazar

directamente el poder del gobierno. Creo que si Johnson y Nixon cayeron se debió en parte a las manifestaciones que nosotros organizábamos. Obligamos a los diferentes gobiernos a modificar su política militar en el Vietnam. Fue algo único en la historia de la civilización occidental. Es una locura pensar que un pueblo se haya atrevido a rebelarse contra su gobierno en tiempo de guerra.

Hasta entonces, en Occidente las guerras fueron siempre populares, la gente se mostraba encantada de poder agruparse tras una bandera, de cantar himnos sanguinarios y marciales, e ir a masacrar al enemigo fuera del país mientras dentro se silenciaba al enemigo interno. En aquella época, para los americanos el enemigo interno éramos nosotros, los jóvenes. Las guerras en el extranjero son siempre muy, muy populares: no hay que olvidarlo. Por eso es tan difícil luchar contra un gobierno que dirige una guerra en el extranjero. Los franceses que lucharon contra la guerra de Argelia pueden entenderlo, aunque las dificultades que encontraron fueron menores que las nuestras durante la guerra del Vietnam. Por eso hoy digo, repasando todo aquello, que nosotros, los Yippies, salvamos la democracia americana.

D. -¿Para ti es lo más importante?

A. -Sí... Con Woodstock. Dentro de treinta o cuarenta años, cuando se escriba la historia de nuestro siglo, Woodstock será reconocido como uno de los acontecimientos más

importantes de estos tiempos... ¡Tan importante como Stravinsky! Un suceso único, extraordinario... Estoy convencido de que más adelante se reconocerá la capital importancia que tuvo en cuanto comunión espontánea de toda una generación. Hoy nadie puede imaginar lo que fue aquella concentración de quinientos mil jóvenes que, durante tres días, escucharon a los mejores y más originales músicos de la época. Toda aquella gente, una verdadera marea humana, tendida en la hierba, tranquila, feliz. Se había anunciado un cataclismo, una hecatombe. El gobernador del Estado (Rockefeller) la declaró zona catastrófica. Para el *New York Times*, era una auténtica pesadilla, y para todas las instituciones bienpensantes del país, una tragedia. Era monstruoso, inaceptable. Nosotros en cambio decíamos: «Será formidable... Ya veréis, será maravilloso.» Y lo fue.

D. -¿Y después?

A. -Después cometí un estúpido error. Fue en 1973. Entonces probábamos todas las drogas posibles. Para saber cuáles eran nocivas y seleccionar las sustancias que podían tomarse y las que no, pensamos que debíamos probarlo todo. Y me pilló la policía. No les fue difícil. Estaba claro que yo era culpable ante la ley. Hubiera podido arriesgarme a un gran proceso donde defender nuestras ideas pero, en aquella época, bajo la Administración Nixon, nuestras

posibilidades de tener un proceso justo eran prácticamente nulas. Me arriesgaba a ser condenado a cadena perpetua. Preferí desaparecer, cambiar de nombre y sumergirme en la clandestinidad.

D. -Desapareciste.

A. -Cambié de vida. Tal vez era lo que deseaba sin saberlo. Tal vez estaba cansado del personaje Abbie Hoffmann, un personaje público que ya no se me parecía, tal vez deseaba desaparecer. Y lo hice. Cambié todo en mi vida. Durante un año, aprendí a hablar sin agitar las manos, a no mirar de hito en hito a la gente cuando me paseaba por la calle... Realmente me convertí en otro hombre.

D. -¿Fue duro?

A. -Terrible... Verdaderamente terrible... Es muy difícil ser un fugitivo. A nadie le puede gustar. Uno se desliga de todo, de su país, de su familia, de sus amigos. Te vuelves extraño a ti mismo, ¡es atroz! Varias veces me desmoroné. Fueron los años más duros de mi vida.

D. -Sin embargo, en esa época seguiste militando.



Whashington, 1968

A. -Participé en las actividades de un grupo ecologista, bajo el nombre de doctor Barry Fread, fui recibido por una comisión del Senado e incluso estreché la mano del

presidente Carter ¡mientras toda la policía del país tenía mi foto delante de sus narices desde hacía años!

D. -Y, en 1980, preferiste rendirte.

A. -Sí. La clandestinidad ya no tenía sentido. Negocié mi rendición. Pasé algún tiempo en la cárcel.

D. -¿Y ahora?

A. -Soy un ciudadano normal. Vivo aquí. Trabajo.

D. -¿Volverás a hacer política?

A. -Por supuesto. Nunca dejé de hacerlo.

D. -Dime una cosa, tú y Jerry Rubin erais como dos hermanos durante el movimiento yippie. Siempre se decía: «Abbie Hoffmann y Jerry Rubin», algunos llegaban a decir: «Abbie Rubin y Jerry Hoffmann», tan próximos estabais el uno del otro.

A. -Es verdad. Nuestro análisis de la sociedad, nuestra comprensión de la realidad, nuestras propuestas, eran casi idénticas.

D. -Y sin embargo hoy, cuando llego a los Estados Unidos, os encuentro frente a frente, en un debate público en el que discutís con gran aspereza. Le sueltas que es un antidemócrata, que está cercano a los peores reaccionarios, que obedece una ideología de corte fascista, y él te

responde que los combates de los años 60 ya no tienen sentido.

Esto es lo que os decís, y hay odio entre vosotros... ¿Por qué te impones esos debates públicos?

A. -Porque nos hemos divorciado. (Sonríe.)

Hoffmann – Rubin

Filadelfia Marzo de 1985

El encuentro entre Abbie Hoffman y Jerry Rubin, del que reproducimos aquí algunos fragmentos, tuvo lugar en un anfiteatro de la universidad de Filadelfia. Los dos hombres fueron invitados por la asociación de estudiantes. Cada uno de ellos recibió 1.500 dólares por su participación. La velada fue arbitrada por uno de los profesores de la universidad.

Abbie y Jerry se reúnen tres o cuatro veces al mes para enfrentarse en reuniones de este tipo. Cada uno en su tarima, como profes de facultad de los viejos tiempos, frente a un auditorio animado y cómplice, parecen experimentar un vivo placer con estas lides, y viven de ellas.

El presentador. -Ya conocemos la aportación del movimiento «Yuppi» a la cultura americana. Jerry Rubin es su fundador, el pionero. En los años 60 ya había lanzado, con Abbie Hoffmann, el movimiento «Yippie», y en 1980 lanzó el movimiento «Yuppi» que reúne a los jóvenes empresarios de nuestras grandes ciudades. Escuchemos a Jerry Rubin, que nos hablará del futuro de América.

Jerry. -Fui detenido treinta y seis veces. Es una especie de récord. ¿Merezco ser aplaudido por esta hazaña? (Risas y aplausos.) Vosotros recordáis quién era yo en los años 60. En esa época animé cientos de reuniones en los colegios y universidades. Los presidentes temblaban ante la evocación de mi nombre. Tenía prohibida la residencia en numerosos Estados de este país y era la causa de cientos y miles de enfrentamientos violentos entre padres e hijos a la hora del almuerzo familiar. En los años 70, me afeité la barba y nadie ha vuelto a reconocerme en la calle. Hoy, ya no salgo de mi domicilio sin antes comprobar si llevo encima mi tarjeta del «American Express». (Agita su tarjeta entre risas y aplausos.) Es una broma que gasto a menudo pero que mi adversario Abbie Hoffmann se toma muy a pecho. ¡Ve en ello la prueba de que me he convertido en un despreciable hombre de negocios! ¡Pero sigo siendo un rebelde! Dejad que os convenza, el debate al que asistís hoy es el de la nostalgia frente a la modernidad. Abbie os habla de los años 60 y desea que las enseñanzas de aquella época sean útiles para los años 80. Yo os hablo del fin de siglo y de ese siglo XXI que ambicionamos inventar. ¿Cómo creer que se puedan vivir los años 60, después los 70, y ahora los 80, aplicando siempre las mismas recetas?



Jerry Rubin en 1968 y 1985

Esas recetas ya no son apropiadas para nuestra época simplemente porque la gente que se rebelaba a lo largo de los años 60 es la que hoy dirige este país. Y ya que somos la nueva mayoría de este país, ¿por qué habríamos de protestar entonces? ¿Por qué deberíamos salir a la calle si podemos elegir un presidente que comparta nuestras ideas y de ese modo decidir el futuro de América? El debate está hoy entre alguien obstinado en decir «¡No, no, no!», y yo que he decidido decir «¡Sí, sí, y otra vez sí!»

Vamos a transformar América apoyándonos en los 35 millones de americanos de la generación del baby-boom, la que ya ha cambiado la cara de este país, la que enseguida tomará el poder e inventará el futuro.

Abbie. -Jerry Rubin no es el fundador del movimiento Yuppie por la sencilla razón de que el movimiento Yuppie no existe sino como invento de los media para aumentar las ventas de los productos de consumo. Yo creo en América y creo con todas mis fuerzas en la democracia. Pero recordemos que la democracia no se decreta. Nace y se construye mediante las múltiples y contradictorias aspiraciones de todos los seres que constituyen una comunidad. Es un prolongado esfuerzo cuyo objeto no es cambiar las cosas según las fluctuaciones de la moda. Observo que Jerry Rubin sigue al dedillo la moda, que es extremadamente competente en promover ideas y objetos de moda. Le ruego que no sucumba a la

tiranía de la moda, porque de la tiranía de la moda a la tiranía a secas no hay mucho trecho. Jerry se ha unido actualmente a una pequeña élite que pretende decirnos cómo debemos vestir, qué comer, qué coche comprar, y que además se muere de ganas por enseñarnos qué debemos pensar. Eso no es la democracia. La democracia consiste en imponer los cambios que correspondan a los deseos profundos de la mayoría de los ciudadanos. Al principio, normalmente ese deseo de cambio sólo se siente y expresa por una pequeña minoría cuya función reside en demostrar a los demás que ese deseo ya era el suyo. Únicamente en ese momento puede la comunidad poner en marcha el cambio. Esto no tiene nada que ver con la toma del poder por una estrecha élite que sólo quiera imponer su concepción de la vida a la inmensa mayoría, obligándola a conformarse con los modelos que transmiten los mass-media. La democracia no es un espectáculo al que se asiste sentado en un sillón, sino una acción vital y decisiva en la que se participa. A mi adversario le gusta presentar nuestra confrontación como un careo en el que se enfrentan alguien que está fuera del sistema y alguien que permanece dentro. Pero el debate no va por ahí. El debate consiste en saber si podemos hacer algo por este país, si intentamos hacerlo o si hemos decidido no hacer nada de nada.

La situación del país es mala; cada año 200.000 granjeros son obligados a abandonar sus tierras. Hoy, tenemos doble

número de parados que en los años 60; la gran mayoría de los miembros de la generación del «baby-boom» a la que se jactan de pertenecer los «Yuppies», no tienen medios para comprar la casa donde viven sus padres. (Aplausos.) Jerry Rubin se enorgullece al informarnos de que cada año se crean en este país 800.000 nuevas empresas, pero olvida decirnos que tres cuartas partes de ellas quiebran. No entremos con los ojos vendados en el siglo que se anuncia. Debemos luchar paso a paso para progresar, debemos utilizar todas las fuerzas de este país, debemos actuar todos unidos y con las demás comunidades del mundo entero. Yo no estoy en contra del espíritu de empresa. Al contrario, admiro a la gente que confía en sí misma y que sabe avanzar. Pero afirmo que tal posibilidad le es negada a los más desheredados. No puede decirsele a un negro de cuarenta años y padre de diez hijos, o a un granjero obligado a abandonar sus tierras o a un parado de la siderurgia, no se le puede decir a esa gente que el gobierno ya no les necesita y que además deben ser dinámicos y emprendedores si quieren salir adelante. (Aplausos.) (...)

Jerry. -Cómo conciliar el éxito y la eficacia, ése es el desafío que proponen los jóvenes empresarios. Y ése es el desafío que -sin la ayuda de Abbie Hoffmann- sabréis superar y ganar... Y os lo agradezco. (Aplausos.) (...)

Abbie. -¡He aquí la mayor incitación a no hacer nada! Jerry habla como esos vendedores que no tienen nada que vender. Nos dice que la cosa nos irá de perilla, que será formidable, que será divertido, pero olvida contarnos de qué se trata. Pretende que hoy yo estoy aislado, pero ¿y vosotros? ¿Creéis que tiene razón? ¿Creéis que algo de lo que dice tiene sentido? ¿Creéis que ayuda a saber qué hacer? Sin embargo, estamos en un camino equivocado. ¿Creéis que es posible desinteresarse de todo para abrir un restaurante, y ocuparse el resto de la vida de él? ¿Qué clase de hombre sería yo si hiciera eso? (Risas y aplausos.)



Abbie Hoffman, Jerry Rubin y Timothy Leary, 1968

Jerry. -Me gustaría que hubiera muchos hombres como Abbie pero el hecho es que la mayoría de la gente de este país no vive como él y no piensa como él. No quieren gastar el tiempo en discusiones. Quieren trabajar, triunfar y ocuparse de su familia. No se puede luchar para triunfar en el trabajo y, a la vez, pasarse todo el tiempo saliendo a la calle para cambiar la sociedad...

Jerry Rubin

Nueva York Marzo de 1985

Jerry Rubin, siempre en movimiento, la mirada fija en las cámaras, estaba considerado como el estratega de los «Yippies». Nada de cháchara ideológica. La acción es lo que cuenta. «Do it!» «¡Actúa!», en aquella época, este lema me había impresionado mucho.

En los años 70, Jerry lo probó todo: de la psiquiatría radical al delicado trabajo de agente de cambio en Wall Street. Hoy organiza «parties» para ejecutivos dinámicos. El abono al club de los «500» cuesta 300 dólares y cada encuentro 20 dólares. Son una especie de veladas informales y mundanas donde lo importante es dejarse ver, intercambiar tarjetas de visita y fijar citas, y donde cada cual espera ganar algo desde un punto de vista profesional. Todo ello regado con vino blanco barato y agua Perrier.

Me reuní con Jerry Rubin en su soberbio estudio con terraza, en Nueva York. Magnífico lugar, lujosamente amueblado, en un piso 23 con vistas a Manhattan. Me encontré con un hombre joven, pletórico de salud, radiante de satisfacción y

contento de su suerte, absolutamente distinto del que yo había conocido.

Mientras me dirigía a verle, recordé la declaración que hizo en otros tiempos: «Yo soy, hoy en día, la encarnación de la paranoia americana. Yo solo me basto y sobro para ser un complot internacional. Hace tres años, era todavía un soldado revolucionario americano. Un guerrillero del pasado. Hoy, soy un guerrillero del futuro.»

Esperaba con impaciencia que me aclarara esta sorprendente y sibilina declaración de fe.

No me fui decepcionado.

Dany Cohn-Bendit. -Jerry, a lo largo de los años 60, Abbie Hoffmann y tú estabais unidos como hermanos. Hoy sois enemigos. ¿Qué ocurrió?

Jerry Ruhin. -Es cierto, en aquella época estábamos muy unidos. El mundo entero me consideraba como el «político» del movimiento, y a Abbie como el hombre del «good time» y la contracultura. Formábamos un tándem muy complementario. Abbie, como sabes, pasó a la clandestinidad en los años 70. La clandestinidad cambia al hombre. Te condena a seguir oponiéndote a la sociedad. Y más en esa época en que combatíamos al Estado. Así pues,

Abbie fue durante largos años un fugitivo, perseguido por toda la policía del país. Después estuvo en la cárcel, y durante todo ese tiempo se consagró a la lucha contra el Estado.

D. -Y tú, ¿ya no luchas contra el Estado?

J. -No, ya no lucho contra el Estado. No merece la pena, ya no es una buena lucha. En lo sucesivo es preciso que yo sea el Estado. No yo personalmente, por supuesto. Todos nosotros. Toda la gente de la generación de los años 60, que nos hemos convertido ahora en las masas de los años 80. Hoy en día, la mejor manera, la única manera de combatir al Estado, es reemplazarlo. Y somos lo bastante numerosos para hacerlo. Nosotros, los banqueros, los dentistas, los médicos, los empresarios: el Estado somos nosotros. ¿Por qué luchar contra uno mismo? Abbie lucha contra él mismo. Abbie es magnífico, sobre todo no hay que cambiarle. Necesitamos a hombres como Abbie, pero ¿en qué concierne a las clases medias su modo de vida, sus preocupaciones? A todos los que tienen una familia, que curran, que viven aquí, en América, que son felices, ¿en qué les afecta? ¿Y a los obreros? ¿Y a los pobres? Vete hoy en día a hablar a los pobres, ¿qué quieren?

¡Triunfar! Quieren el éxito, no la revolución. ¡Ni siquiera piensan en la revolución! Sólo quieren triunfar como los

demás. Debemos inventar una filosofía del éxito que integre la democracia y el idealismo.

D. -Tú sigues hoy una carrera de Yuppie. Antes eras Yippie, y ahora eres Yuppie. ¿Qué es exactamente un Yuppie?

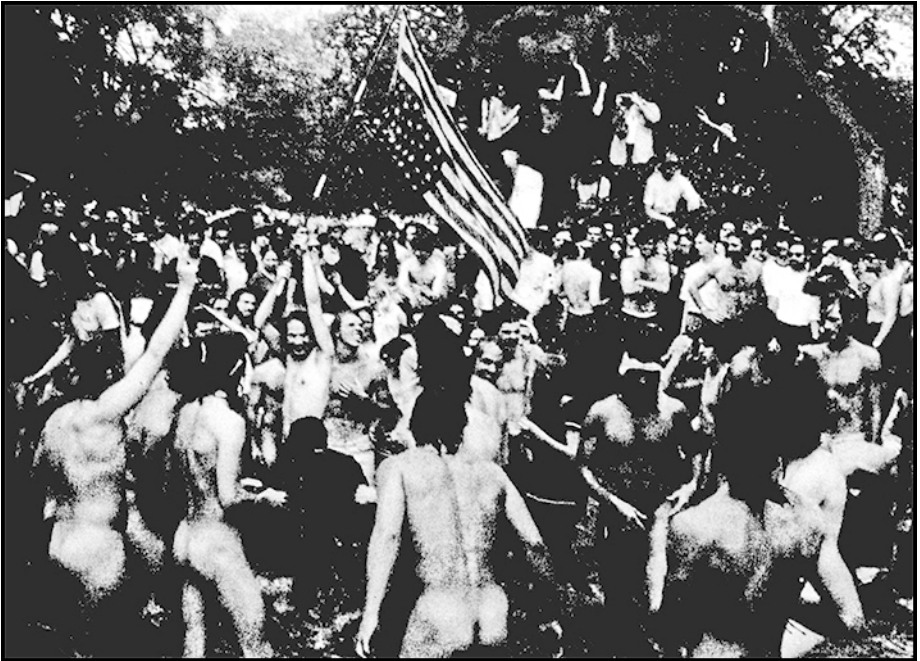
J. -Como te decía, los militantes de los años 60 y 70 han comprendido que ahora son el motor de la sociedad. Han evolucionado mucho a lo largo de estos veinte años. Cambiaron de actitud en lo que se refiere al antimachismo, la igualdad de las mujeres, y la importancia que conviene darle al cuerpo y a la salud.

Son «Young », «Urban» y «Professionnal ». Jóvenes porque siguen sanos. Urbanos porque han ocupado las grandes ciudades y desempeñan los cargos importantes. Profesionales porque son activos y competentes. «Y», «U», «P», ¡los Yuppies! Así es como se ha creado un movimiento que reúne a los mejores de los años 60 y a sus herederos.

D. -¿Qué quiere decir «estar sano»?

J. -En los años 60, nadie prestaba atención a su cuerpo, ni nadie se preocupaba por las cuestiones de la salud. Se consumían drogas, se comía mal, ni siquiera se pensaba en la forma física. En los años 70 fue cuando nos dimos cuenta de la importancia de todo esto, comprendimos que si se comía bien, se hacía ejercicio y se cuidaba al cuerpo, el cuerpo a su vez te trataba bien. Mis padres murieron víctimas de una

crisis cardíaca y de cáncer. Murieron en los años 50, a causa de enfermedades inventadas por nuestra civilización. Yo en cambio seré un anciano al amparo de esta amenaza.



«...Nosotros, la generación de los 60, nos hemos convertido ahora en las masas de los 80...» (Jerry Rubin)

D. -¿Lo has programado?

J. -Por supuesto. Ven a verlo, te enseñaré algo. (Abre un armario abarrotado de frascos y cajas de medicinas.) Estoy empeñado en prolongar al máximo la duración de mi vida. Tomo vitaminas, sales minerales. Como cereales en el desayuno y ensalada al mediodía. Nunca carne o alimentos

que engorden. Me ocupo de mi cuerpo revolucionariamente. Como para alimentarme, no por placer. He aquí los complementos naturales que tomo para mi equilibrio general. Consumo de 40 a 50 por día. Mira, esto es el MAX EPI, que protege de los accidentes cardíacos; esto, la BETA CAROTINA, extraída de las plantas, que retrasa el envejecimiento de las células. Y estas otras impiden el desarrollo del cáncer, o limpian la sangre de sus impurezas. El GINGSENG refuerza mi energía y me prepara para esfuerzos deportivos. También tomo vitaminas como éstas; me ayudan a dormir por la noche. Y vitaminas B.

D. -Aceptas que has cambiado radicalmente.

J. -En los años 60, la izquierda tenía todas las ideas. El debate se centraba en el interior de la izquierda. Se debatían todos los temas importantes: la familia, el matrimonio, el sexo, la creatividad, la política, la política extranjera... La derecha no tenía ninguna idea. Sólo mascullaba unos cuantos tópicos sobre Dios, la Madre, la Patria y el Militarismo.

En los años 70, esto se invirtió lentamente. Hoy la izquierda ha quebrado, y es la derecha quien desarrolla las ideas interesantes. Al pronunciarse contra el éxito, simplemente porque el éxito era un valor de derechas, la izquierda creó las condiciones de su propio fracaso. Se desintegró a finales de los años 60. A causa de la filosofía antileadership (ya sabes, cuando la gente dice: «¡Rechazo la autoridad del líder

porque me domina!»), nadie de la izquierda fue capaz de hacer algo importante, serio, y todo se derrumbó. Entonces, en los años 70, unos cuantos despertaron y dijeron: «Yo quiero triunfar, me niego a fracasar.» Y para triunfar en América hay que introducirse en el sistema financiero. No se puede triunfar sin dinero..Es imposible. Así pues, tuvimos que aprender todo lo relacionado con el dinero como se aprende una lengua extranjera. Yo me fui a trabajar a Wall Street y aprendí de finanzas. Y he escrito un libro para que a su vez la gente aprenda lo necesario. «Aprended sobre finanzas.» ¿Por qué deberíamos temerle al dinero?

D. -En otros tiempos quemaste billetes de banco. Los quemaste públicamente, en Wall Street además.

J. - ¡Y en esa época tenía razón al hacerlo! Teníamos que demostrar a la gente que el dinero no es el valor supremo. Que existen otros valores. Pero ahora los americanos ya lo saben, podemos llegar más lejos. Lo que tú no comprendes, Dany, es que nosotros ganamos en los años 60. ¡Ganamos! América está desactivada. América es antimilitarista. Ahora podemos llegar más lejos.

D. -¡No puedes decir eso! Mira lo que está ocurriendo en Nicaragua. Mira cómo América intervino en Granada. Mira el espíritu de películas como Rambo...

J. -No estoy seguro de ser hostil a la intervención americana en la isla de Granada. Si no lo hubiéramos hecho, tal vez tendríamos allí una nueva Cuba.

¿Por qué hay que ser procubano para poder cambiar el mundo? En cuanto a Nicaragua, defiende la posición americana en este asunto. Una observación: no hay tropas americanas en el territorio nicaragüense. Desde luego, lamento el apoyo del gobierno a los «contras». Es un error. Pero sostengo que, sin la experiencia vietnamita, hoy habría militares americanos en Nicaragua.



John Carlos y Tommy Smith, México, 1968

Black Power

Una imagen.

Sin duda una de las más bellas de este siglo, se proyectó en las pantallas de televisión del mundo entero en julio de 1968.

John Carlos acababa de ganar los 200 metros en los Juegos Olímpicos de México y se disponía a subir al podium para recibir la medalla de oro.

La ceremonia de entrega de medallas olímpicas deja siempre indiferente al público, pero apasiona a las delegaciones oficiales, halaga el narcisismo patriótico que justifica todos los grandes enfrentamientos deportivos.

Un observador medianamente curioso se hubiera sorprendido al ver a John Carlos y a su compatriota Tommy Smith subir al podium con una mano cubierta por un guante de cuero negro.

Todo el mundo esperaba ver lo de siempre: las medallas y sus bonitas cintas colgadas al cuello de los laureados, las felicitaciones y la vuelta hacia los mástiles donde, al cabo de

un momento, ondearía la bandera americana al son del himno nacional.

Entonces, ante ese símbolo de poder americano del que eran garantes y servidores, John Carlos y Tommy Smith bajaron la cabeza y levantaron al cielo su puño cerrado enguantado de negro.

Por primera y, que yo sepa, única vez desde la creación de la televisión, dos hombres tomaban pacíficamente como rehén la imaginación de los hombres del mundo entero. Por primera vez, cientos de millones de hombres y de mujeres se vieron obligados a consumir una emoción diferente de la programada. Por primera vez, gracias a un simple gesto y sin pronunciar palabra, dos negros americanos decían a toda la raza blanca: «Nunca más os lameremos el culo» («We won't kiss asses anymore!»). Los americanos hicieron pagar caro a John Carlos su increíble audacia, pues él fue el instigador de la hazaña, el que convenció a Tommy Smith y le prestó su propio guante de cuero negro. Tenía veintitrés años, se había entrenado toda su infancia y adolescencia en las calles de Harlem, fue acogido en la universidad de Texas, donde le hicieron entender claramente que para aquella honorable institución sólo era, como los demás negros, una «máquina de correr». Necesitaba el podium de México para poder gritar al fin lo que llevaba años pensando.

Tras su hazaña, y a pesar del apoyo de los atletas negros de su país, le echaron a la calle, le despidieron, sus vecinos le fustigaron y la mayoría de los americanos le despreciaron y odiaron.

«Fue duro -dijo, hablando de ese período-; mi familia y yo pasamos hambre, pero no me arrepiento de nada. Era preciso que mis compatriotas comprendieran que no podían comprar a los negros con caramelos o medallas olímpicas. Gracias a las luchas que emprendimos, hoy en día los negros viven mejor, pueden proseguir sus estudios, disponen de nuevos medios de acción y los atletas negros son tratados mucho mejor que en 1968.»

Después de años de humillación y sufrimientos, John Carlos fue invitado a participar en el comité de organización de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles.

Para él, como para tantos otros, América supo encontrar las palabras y los gestos para convencerle de que nuevamente se integrara en el sistema.

Bobby Seale

Filadelfia. Marzo de 1985

En 1971, me manifesté al grito de «Free, free Bobby Seale!». Simbolizaba entonces la resistencia revolucionaria en el vientre de la bestia. Hoy me lo encuentro preparando una barbacoa para el alcalde negro de Filadelfia.

Recuerda los primeros combates emprendidos por los militantes del Congreso en favor de la igualdad social, las innumerables gestiones llevadas a cabo por James Farmer, director de este movimiento, quien incansablemente se presentaba ante los responsables de las tiendas, los cines y los bares segregacionistas, y pedía que se le recibiese bajo la mirada de las cámaras de televisión.

Siempre eran las mismas escenas chocantes.

Fanner. (Ante la taquilla de un cine.) -Una entrada, por favor.

El taquillero. -Lo siento, preferiría no venderle entradas.

F. -¿Prefiere no venderme una entrada a causa del color de mi piel?

El taquillero. -No tengo nada que decir.

F. -¿No tiene nada que decir?

El taquillero. -No tengo nada que decir.

F. -Se lo agradezco, señor.

El mismo Farmer en la entrada de un bar reservado a los blancos. Esta vez, la escena se desarrolla en medio de las pullas y los insultos que le dirigen los consumidores blancos.

Fanner. -¿Puedo entrar?

El dueño del bar. (Obstruyendo la puerta.) -No, señor, no puede entrar.

F. -¿Por qué?

D. -No le serviré.

F. -¿A causa de mi raza?

D. -No le serviré.

F. -¿A causa del color de mi piel?

D. -No le serviré.

F. -¿Por qué?

D. -...

F. -¿Por qué no me admite en su establecimiento?

D. -...

F. -Soy un ser humano.

D. -No le odio, muchacho. No le odio, pero me niego a servir a los manifestantes. No serviré nunca a un manifestante, ni hoy, ni mañana, ni nunca...

F. -Si vengo solo, ¿me servirá?

D. -No, usted es un manifestante.

F. -No me manifestaré.

D. - Sí, usted se manifiesta.

Estas acciones incansablemente repetidas molestaban a los americanos, sobre todo cuando fueron seguidas de los vibrantes discursos de Martín Luther King, que, en la gran concentración de Washington, decía ante las cámaras del mundo entero:

«Sueño con el día en que, en la profunda Alabama, allí donde viven los racistas más agresivos, allí donde salen de los labios del gobernador palabras de odio y de destrucción, sueño con el día en que, en Alabama, los niños negros de la mano de los niños blancos avancen hombro con hombro como hermanos y hermanas. Hoy he tenido este sueño.»

Bobby Seale, y con él, los militantes de los «Panteras Negras», reclamaba, ante el fracaso de la política de la mano tendida, la integración y la democracia, el advenimiento del Poder Negro, el «Black Power». Declaraba:

«Es preciso que toda la nación negra se reúna en un ejército negro. Entonces avanzaremos sobre este país, sobre este poder racista y diremos a su maldito gobierno: "¡Manos arriba, cerdos, esto es un atraco! ¡Venimos a tomar lo que nos pertenece!"» Hoy, Bobby Seale dice:

«Sigo siendo revolucionario. No soy muy diferente de como era hace algunos años. Soy un poco más viejo, pero la edad no me impide mantener los mismos principios políticos que alteraron mi juventud.»

Nuestra entrevista tuvo lugar en las cocinas de un restaurante. Llevaba un gorro en la cabeza y jugaba a chef de cocina.

Dany Cohn-Bendit. -¿Qué queda hoy del movimiento negro de los años 60?

Bobby Seale. -Sabes, todos hemos envejecido, tenemos niños, una familia, muchas cosas que hacer, todas las luchas tienen altibajos. Los años 60 tocaron lo alto. Hoy toca lo bajo.

D. -¿Pero lo bajo significa la derrota?

B. -No. Todas las luchas son así. En todos los países, las masas están atrapadas en una serie de poderes que se equilibran, prisioneras de instituciones políticas que pesan sobre sus vidas. La lucha no siempre es necesariamente confrontación abierta. La lucha no ha terminado.

El movimiento de los «Black Panthers» no solamente golpeó violentamente la imaginación de los americanos y del mundo. Terminó sobre todo con las exacciones del Ku Klux Klan contra los ciudadanos negros. Hoy, el K. K. K. sabe que si sus miembros agreden a las comunidades negras, nosotros nos echaremos encima para defender nuestros derechos legítimos. Apoyamos las campañas electorales de numerosos políticos negros en el país, y les ayudamos a ser elegidos. Nuestro compromiso influyó en mucha gente y empujó a los negros a lanzarse a la carrera política. En los años 1950 y 1960, a los negros no se les ocurría aspirar a un cargo político. Ni siquiera se lo planteaban. La estructura política americana era enteramente racista. Junto a Martin Luther King, el movimiento pro derechos cívicos y el movimiento contra la guerra, contribuimos a cambiar ese estado de cosas.

D. -¿Crees que hoy en día necesitáis armas para defender vuestro trabajo, vuestras organizaciones?

B. -No llamaré al pueblo a las armas mientras no sea atacado en su trabajo político por el racista poder «reaganiano». Pero si nos ataca, entonces le diré que tiene derecho a defenderse, a defender sus derechos democráticos.

D. -Entonces ¿tú crees que fue justo que los Black Panthers se armaran en los años 60?

B. -Sí. En aquella época, cuando el racismo era tan descarado, cuando la policía llegaba a los ghettos, disparaba sobre los negros, les brutalizaba, les mataba, y después de todo ello todavía tenía ganas de golpearlos, entonces sí, teníamos derecho a tomar las armas para defendernos. Entre la defensa y la agresión hay una diferencia enorme.

D. -¿Fueron los Black Panthers más influyentes y eficaces que el movimiento no violento de Martin Luther King? ¿Hubo grandes divergencias entre vosotros?

B. -La cuestión no debe plantearse en esos términos. Estábamos íntimamente unidos. Éramos la etapa siguiente a la lucha no violenta. No se trata de oponer la violencia a la no violencia... Todo lo que hicimos fue decir: defendiéndonos a nosotros mismos, defendemos el humanismo de la democracia y los derechos económicos.

D. -¿Crees hoy en la democracia americana?

B. -Creo en el concepto de democracia, pero no en la «reaganiana». No creo en la mayoría moral que se considera demócrata. No creo en el K. K. K., que cree vivir en democracia. No creo en esa gente. La democracia no es solamente una filosofía o un modo de vida; es algo que debe salir del pueblo, estar hecho por y para el pueblo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

D. -Pero tu actividad política actual, ¿es cocinar para salvar la industria alimenticia?

B. -¡No! Salió así. He montado una Fundación para el empleo de los jóvenes. En realidad, soy un organizador de comunidades más que un político. Cuando tenía doce años, en Texas, mi tío me enseñó a preparar la barbacoa a la manera de Hickory. ¡Me lo enseñó tan bien que soy capaz de cocinarla de cien maneras diferentes! Jerry Rubin, de quien era amigo en aquellos tiempos, fue el primero en aconsejarme escribir un libro sobre el tema. En aquella época, estábamos juntos en chirona y pasábamos un hambre horrible. La comida de la cárcel era asquerosa. Para pasar el tiempo, yo le describía todas las recetas que era capaz de hacer, con todos los detalles: los ingredientes, las especias, ¡todo! Con lo cual, sentíamos todavía más hambre... Jerry estaba furioso. Me decía: «¡Escribe tu puto libro de recetas, pero deja de hablar de comida!» Lo recordé hace unos meses y decidí escribirlo. Voy a publicarlo y

lanzarlo como es debido. Cuando empiece a funcionar, sacaré una guía en vídeo... Ya sabes, como ha hecho Jane Fonda con sus ejercicios de gimnasia. Ha vendido 250.000 cintas... ¿Por qué no vendería Bobby Seale otro tanto con sus famosas recetas de la barbacoa Hickory?... ¡Y con todo el dinero que gane, crearé una fundación de apoyo a los comités de base para el cambio social!

Provos

En 1965, Europa conoció sus «Yippies»: se llamaban «Provos» y vivían en Holanda.

En 1966, el mundo conoció la existencia de los Provos gracias a su muy destacada intervención con ocasión del matrimonio de la princesa Beatriz (hoy reina de Holanda).

Así fue como irrumpieron en todos los media del mundo como noticia de primera página.

Estoy convencido de que, sin los Provos y el ejemplo que dieron a los jóvenes de los demás países, Europa no sería hoy lo que es.

En la Holanda de los años 60, país rico y próspero, los jóvenes se aburrían mortalmente. En moto y cuero falso si eran de origen obrero, en coche y cuero auténtico si eran de origen burgués; rock, Rolling Stones, Marlon Brando para unos; jazz, Beatles, James Dean y Kerouac para otros, seguían los mismos lánguidos cuelgues en las callejuelas de Ámsterdam. Eran «Dijkers» o «Pleiners», como los «Mods» o «Rockers» en Londres, o los «Blousons noirs» o «Blousons dorés» en París.

Del rechazo al armamento nuclear nació un pensamiento político que fue la base del espíritu «Provo».

Roel Van Duyn

Ámsterdam. Febrero de 1985

Roel Van Duyn es uno de los organizadores del primer «sit-in» de La Haya. Expulsado de la escuela, se instala en Ámsterdam y se relaciona con los artistas que, desde 1960, intentan crear nuevos métodos de comunicación, y arrastrar a sus conciudadanos hacia nuevas formas de intervención en la vida pública y social. Robert Jasper Grootwell, por ejemplo, destaca en la lucha antitabaco multiplicando las acciones originales y espectaculares: composición de canciones, construcción de una estatua de la ciudad con el rango de: símbolo antitabaco ante la cual se reúnen por la noche, pintadas, en los muros, de un misterioso signo que sólo reconocen los militantes antitabaco, etcétera.

La manifestación espectacular y la contestación irónica y burlesca, al estilo de «Till Eulenspiegel», forman parte del patrimonio nacional holandés, y los Provos, desde su aparición, las utilizarán bajo todas las formas.

Roel Van Duyn. - La primera reunión Provo tuvo lugar en una casita del siglo XVII, en el corazón de Ámsterdam. Fue en 1964. Se me consideraba el cerebro del movimiento, el teórico... Había sido editor en el movimiento anarquista. Leía a Bakunin y a Kropotkin, y creía en la autonomía obrera. Después de la Segunda Guerra Mundial y la destrucción del fascismo, estaba convencido de que el ideal anarquista podía aportarnos las respuestas idóneas. En las reuniones y manifestaciones, repetía: «Convoco a todos los obreros y a todos los jóvenes a participar en la resistencia contra todas las formas de autoridad...»

Nos sentíamos locamente enamorados de la idea revolucionaria. Estábamos persuadidos de que lo conseguiríamos. Para alcanzar nuestro objetivo, bastaba con atraer a suficiente gente y demostrarles, mediante bromas y provocaciones humorísticas, los monstruosos defectos y contradicciones del sistema. De ese modo volaría en pedazos.

En seguida cosechamos un gran éxito. Un montón de gente se ponía a reír con nosotros y a burlarse de las instituciones. Las autoridades no sabían cómo reaccionar ante este tipo de acciones. En cuanto aparecíamos, nos rodeaban unas fuerzas policiales tan numerosas que atraían la atención de los transeúntes. ¡La gente hasta venía de provincias para verlo! La mayoría no comprendía nada de lo que decíamos, y los

jóvenes a los que interesábamos eran políticamente ignorantes. Pero entendían que defendíamos ideas próximas a la confusa rebelión que ellos no llegaban a expresar, y se unían.



Ámsterdam. Coronación de la reina Beatriz

Cuando Rob Stolj, por ejemplo, que estuvo con nosotros desde el comienzo, hacía declaraciones del tipo:

«Tenemos proyectos constructivos para la ciudad de Ámsterdam. En primer lugar, bicicletas blancas. Ya no se puede pasear o jugar con seguridad por el centro. Así pues, proponemos prohibir a los coches y motos el acceso al

centro, y que la ciudad ponga a disposición de todo el mundo bicicletas blancas gratuitas. Proponemos igualmente que la policía ya no sirva para impedir a golpe de porra los happenings y las manifestaciones, sino que se la utilice para una función más social: los polis deberán llevar siempre cerillas encima para darle fuego a la gente.» Este tipo de declaraciones surtían efecto, y los jóvenes se nos unían.

Es verdad que los Provos dieron ciertamente pruebas de una imaginación extraordinaria. Si bien sus manifestaciones se dirigieron en principio contra los poderes locales, en seguida propusieron soluciones prácticas a problemas concretos: así, frente al plan «bicis blancas», la reacción de la policía fue confiscar las primeras bicis ofrecidas a la población, lo que persuadió a los contestatarios de que la autoridad política se expresa únicamente bajo formas represivas.

Hubo numerosas iniciativas:

- el plan «Chicas blancas»: permitir una liberación total de las relaciones sexuales, asegurando al mismo tiempo la independencia de las mujeres. Instalación en cada barrio de la ciudad de oficinas de asesoramiento que diesen información libre y práctica sobre la sexualidad. Incremento del tiempo libre para que las mujeres pudieran expresar su creatividad;

- el plan «Pollos blancos»: convertir a los policías en verdaderos trabajadores sociales, y no solamente mercenarios represivos. Vestidos en lo sucesivo de blanco, estarían a disposición del público para proveerle de objetos de primera necesidad: cerillas, preservativos, esparadrapo, etcétera;
- el plan «Casas blancas»: cada sábado se distribuirá a la población una lista de casas deshabitadas de la ciudad. Se pintarán de blanco las puertas de estas casas para notificar a cualquier persona que quiera instalarse en ellas que es libre de hacerlo;
- el plan «Reinas blancas»: el palacio real a orillas del Dam se reconvertirá en ayuntamiento abierto a todos. Al mismo tiempo, la calle debe ser terreno de juego. Se abrirán a la población todos los monumentos y palacios oficiales, y todas las reuniones oficiales deberán ser públicas;
- el plan «Ciudad blanca»: Ámsterdam ha de convertirse en la ciudad del futuro donde todos los trabajos serán efectuados por máquinas, y donde los hombres, dispensados de todo trabajo, se consagrarán enteramente a la creatividad.

A las autoridades les costaba mucho adaptar su réplica a esta efervescencia creadora. Las reacciones represivas se volvían contra ellas. Los Provos utilizaron todos los recursos

de la guerrilla urbana: no llegar nunca a la confrontación total en «territorio ocupado»; no a la guerra decisiva; no a la guerra de posición; dispersión, concentración, dispersión; no dejarse amilantar jamás por las armas del enemigo; provocar al enemigo, obligarle a atacar y luego desaparecer.

Paralelamente, el Provo debía ser un individuo creativo y lúdico, y dar prueba en cualquier circunstancia de imaginación e iniciativa. De esta manera, en junio de 1966, los Provos entraron en el parlamento municipal de Ámsterdam con un 2,4 % de los votos, obteniendo un escaño que ocuparon por turno y en rotación anual unos responsables elegidos democráticamente.

El movimiento fue disuelto en 1967, pero el espíritu Provo marcó con su huella la política holandesa y siguió inspirando numerosas iniciativas, en particular a través del movimiento «Kabouter» («diablillo» en holandés), en 1970.

En febrero del 70, los Kabouters proclamaron «El Estado Libre de Orange» y anunciaron la noticia a los holandeses mediante una octavilla que copiaba la cabecera del Boletín Oficial del reino.

El nuevo mundo cuyo advenimiento anunciaban tenía como principio supremo la no violencia, y se construiría sobre un nuevo modelo de convivencia, una economía alternativa, la

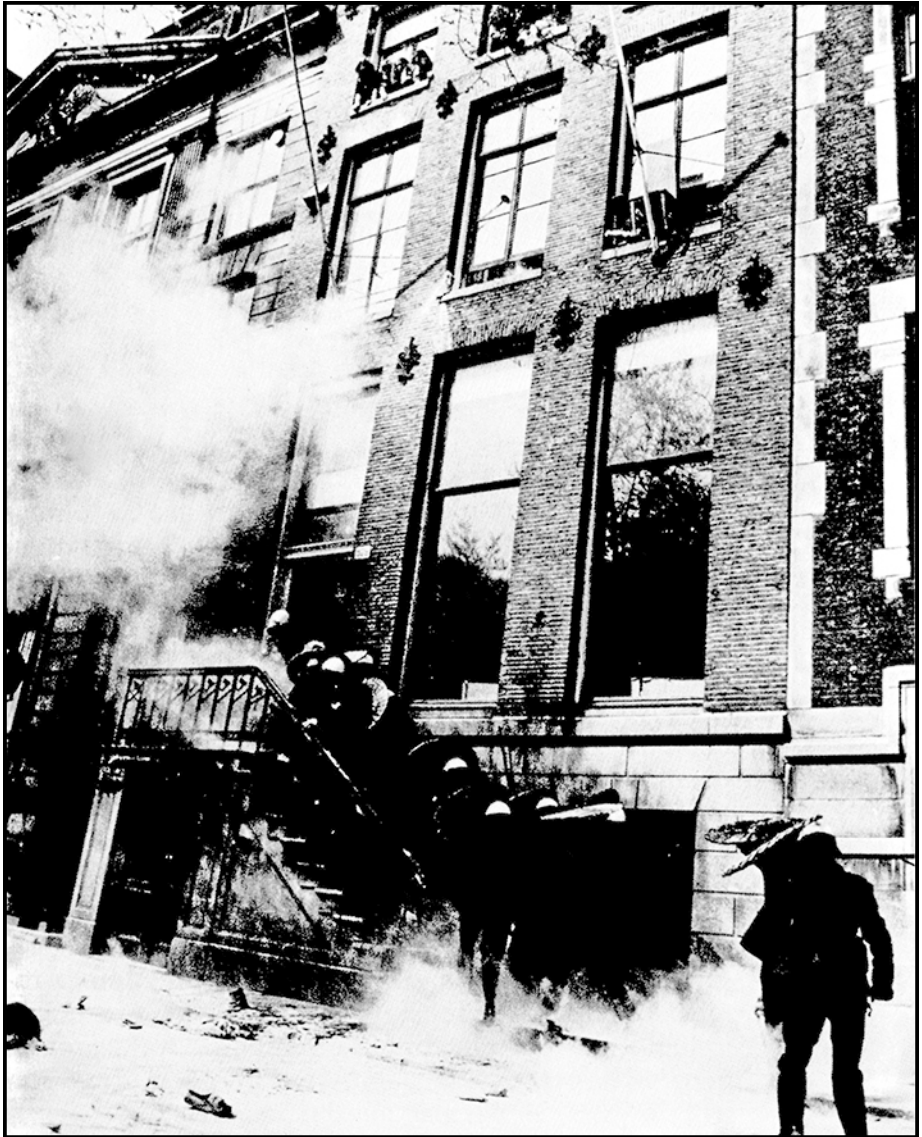
desaparición de los políticos convencionales y un reparto diferente de los centros de decisión.

Siempre extremadamente creativos en sus formas de propaganda, los Kabouters abrieron una brecha política que les permitió reunir el 11 % de los votos en una elección municipal. Roel Van Duyn leyó en el Ayuntamiento una célebre declaración, donde presentaba a los Kabouters como servidores de los obreros, de los campesinos, de los viejos, de los locos, del *provotariado*, de todos los que sufren en esta sociedad autoritaria y envenenada y aspiran a una sociedad diferente, no autoritaria, no violenta, donde la propiedad y el poder se repartan justamente. A todos los Kabouters en potencia, el Estado libre de Orange proponía, además de sus servicios, comida, ropa y alojamiento gratuitos.

El movimiento Kabouter se disipó rápidamente, al tropezar, como todos los movimientos contestatarios de la época, con el rechazo de la gente a participar activamente en las transformaciones propuestas.

Aunque las ideas emitidas por los Provos y los Kabouters modificaron muchas cosas en la vida cotidiana de los holandeses, y favorecieron el nacimiento de una conciencia ecológica en el país, orientaciones feministas decisivas, un nuevo acercamiento a los problemas sexuales y un interés

real por los problemas de urbanización, nunca amenazaron realmente el sistema político y económico dominante.



Ámsterdam, 1980. Desalojo de squatters

En 1980, estudiantes y antiguos Provos ocuparon edificios deshabitados, propuestos para el derribo. Esta ocupación («Krakers» en holandés) fue muy popular entre los jóvenes de Ámsterdam; el movimiento Krakers reunió a más de 50.000 militantes que se enfrentaron duramente a las fuerzas de la policía.

Roel Van Duyn fue sin duda uno de los Provos y Kabouters más influyentes, aunque siempre se negó a aparecer como un líder. Hoy vive en Ámsterdam, después de seis años de retiro voluntario en una granja del norte de Holanda. Prepara su retorno a la vida política y proyecta la creación de un partido ecologista basado en el modelo de los Verdes alemanes.

Cuando uno se encuentra con este hombrecito tímido con más aspecto de seminarista o militante de un sindicato cristiano que de peligroso agitador, cuesta creer que es uno de los inventores, en el curso de los últimos veinte años, de las ideas y modelos de intervención política más innovadores y eficaces de este fin de siglo. Vive en una modesta casa en un barrio pequeñoburgués de Ámsterdam. Para Van Duyn, el combate continúa y planea retornar a él con más fuerza y nuevas energías. No duda ni por un momento que la imaginación acabará tomando el poder un día u otro. Lástima que la suya desvaríe.

Convertido en místico, nos paseó durante dos horas por un parque de Ámsterdam para presentarnos al árbol con el que dialoga desde hace algún tiempo. Fue una lástima que no lo encontrara.

Rob Stolk

Ámsterdam. Febrero de 1985

En la gloriosa época de los Provos, Roel Van Duyn y Rob Stolk no se separaban. Mientras Roel pensaba, Rob entraba en acción.

Dany Cohn-Bendit. -Ahora eres un verdadero hombre de negocios. Un auténtico burgués.

Rob Stolk. - Puedes llamarlo así, si quieres.

D. -Eres el dueño de una pequeña empresa. ¿Pagas el mismo salario a todo el mundo?

R. -No es un colectivo como aquellos de los que hablábamos hace veinte años. Es una empresa que he creado yo, y de la que he asumido personalmente todos los riesgos.

D. -Has cambiado totalmente de filosofía. Hoy crees en el esfuerzo individual, en las ganancias, en las virtudes del sistema capitalista. ¿Por qué este cambio? ¿Cómo has llegado a eso?

R. -Por evolución lógica. Si quieres un cambio radical en el orden de las cosas, es justo que hagas todo lo posible por intentar imponer tal cambio, pero si la práctica te demuestra que tus ideas son irrealizables, es normal que las cambies.



Disturbios en Ámsterdam

D. -¿El año pasado, te manifestaste a favor o en contra de alguna cosa?

R. -Pienso que hubo muchas ocasiones de manifestarse, pero es una actividad que ya no me interesa. ¿Te manifestaste tú?

D. -Sí, me manifesté a menudo. Pero lo que me interesa es saber si tú sientes todavía las ganas o la necesidad de manifestarte.

R. -Si lo creías útil, hiciste bien.

D. -No te pregunto eso, te pregunto si tú has sentido la necesidad. Por ejemplo, contra lo que está pasando en África del Sur, o por el movimiento por la paz, como antes.

R. -No, no especialmente.

D. -¿Nunca piensas en lo que tus padres debieron de decirte algún día, hace veinte años: «Hijo, todo eso son tonterías. Dentro de veinte años serás como todo el mundo, trabajarás para ganarte la vida y ya no pensarás en echarte a la calle»? ¿No es un poco triste?

R. -No puedo pasarme la vida en las manis...

D. -Te casaste... En pleno boom Provo.

R. -Puede considerarse el matrimonio como una cosa muy convencional, muy formal, pero ¿qué quieres?

D. -Yo no quiero nada...

R. -En general, y para mucha gente, el matrimonio no significa nada, pero para mí es muy importante. Y cada vez más con el paso de los años. Pero no es un problema político.

D. -Lo era en otros tiempos, al menos para mí. Y lo es todavía, en mi opinión. Yo no estoy casado.

R. -¡Ah, bueno! Lo que puedo decir a ese respecto, es que la persona que más me ha apoyado en mi vida, la que más importancia ha tenido para mí, y en especial durante los momentos más duros de mi vida, es mi mujer. Para mí, es mi mejor camarada.

EL PROLETARIADO

París

Mayo del 68

Mayo de 1968 en Francia. La mayor huelga general de la historia. Un sueño, una revolución donde los obreros toman el poder como antiguamente el pueblo tomó la Bastilla. Los Soviets de 1917. La revolución alemana de 1918. La Cataluña libre de 1936. La autogestión, los consejos húngaros de obreros de 1956... Prescindo de los mitos y de las esperanzas frustradas.

Nos interesamos por el proletariado mucho antes del 68. En las tascas, las reuniones políticas, en todos los folletos, nunca dejábamos de asignar a la clase obrera el principal papel en las revoluciones venideras, de prepararla para su misión histórica. Los obreros no sospechaban nada y curraban en las fábricas, pero estaban tan presentes en nuestras fantasías que era preciso que algún día nos encontrásemos.

Inspirándose en la revolución cultural china, unos militantes de origen estudiantil se proletarizan, y jóvenes obreros se unen a los grupos izquierdistas para militar en ellos.

El 22 de marzo de 1968 ciento cuarenta y dos estudiantes ocupan los edificios administrativos de la facultad de Nanterre. El pretexto: la detención de seis militantes antiimperialistas. La razón: el cabreo generalizado.



Lo que sigue es conocido. En cuanto a mí, el 20 de mayo de 1968, el ministro del Interior me expulsa de Francia por «perturbar el orden público». Mi bastardía administrativa hace posible la operación... Nacido en 1945 en Montauban, hijo de padres judíos alemanes, fui en un principio apátrida, mientras que a mi hermano, nacido en París en 1936, se le declaró francés desde su nacimiento. En 1959, elegí la nacionalidad alemana para escapar al servicio militar: siendo hijo de emigrados judíos, podía quedar exento a petición mía. Valéry Giscard d'Estaing no levantó mi prohibición de residencia hasta 1978. Diez años después. La venganza es un plato que se come frío.

Jean-Pierre Duteuil

País Vasco. Junio de 1985

Jean-Pierre Duteuil y yo hemos formado parte de la misma red anarquista, participado en las mismas reuniones, en los mismos mítines, soñado desde 1966 con la misma revolución. Éramos libertarios y sentíamos el mismo odio por el capitalismo que por el comunismo.

Y, sobre todo, convivimos durante dos años con algunos compañeros, casi en plan tribu, paseándonos desde la universidad de Nanterre al Barrio Latino. Prácticamente éramos inseparables.

No había vuelto a ver a Jean-Pierre desde hacía muchos años. Ahora trabaja en una imprenta y edita documentos y relatos de luchas políticas. Vive en una casa en el campo, y su biblioteca demuestra que sigue siendo fiel a las mismas ideas y «enganchado» al movimiento libertario.

Dany Cohn-Bendit. —Jean-Pierre, te has instalado en el País Vasco. Después de Jean-Pierre el libertario, ¿eres ahora Jean-Pierre el vasco?

Jean-Pierre Duteuil.- ¡El vasco libertario!

D. -¿Militas en el movimiento autonomista vasco?

J.-P. -No sólo en él, pero es verdad que aquí hay un movimiento muy simpático, estupendo...

D. -¿Sigues formando parte de un grupo político ya que eres miembro de la Organización comunista libertaria?

J.-P. -No puede llamársele exactamente un grupo político. Es más bien un trabajo de coordinación, de información.

D. -Habéis comprado esta casa. ¿Piensas vivir en pleno campo mucho tiempo?

J.-P. -Y tú, ¿piensas pasarte la vida en Francfort?

D. -Yo no he comprado ninguna casa.

J.-P. -Ya he vivido en diferentes sitios que luego abandoné.

D. -Incluso dentro del Movimiento del 22 de Marzo, luchabas contra las autoridades, contra el riesgo de personalización de un movimiento. En resumen, contra mí. ¿Por qué una lucha tan dura?

J.-P. -Siempre he procurado salvaguardar el aspecto colectivo. Siempre he querido que las decisiones fueran tomadas colectivamente. En el Movimiento del 22 de Marzo éramos unos doscientos cincuenta, y yo luchaba para que

ese movimiento no se encarnara en una sola persona. Para mí, aquél debía ser el lugar ejemplar donde pudieran tomarse decisiones colectivas.



D. -En fin de cuentas, al finalizar el 22 de Marzo, cada cual intentó salirse de allí individualmente. Algunos incluso usurparon el nombre del movimiento para formar una gran organización con los maos.

¿Cómo soportaste este final?

J.-P. -La caída del 22 de Marzo fue tan brutal como su ascenso. Puede considerarse que después del 15 de mayo de 1968, el movimiento ya no existía, ya no tenía peso político alguno. Fue rápidamente superado por los acontecimientos.

Algunos no pudieron soportar esa interrupción e intentaron reproducir las mismas historias en una u otra parte... Yo nunca creí que hubiera una revolución. Fue un momento para propagar las ideas libertarias, para tomar iniciativas, para cambiar cosas en la sociedad, pero nunca creí que Mayo del 68 pudiera desembocar en «el gran día».

D. -No en el «gran día», pero en Mayo del 68 éramos un poco los motores de la historia y, en vez de padecerla, la hacíamos. No es tan normal.

J.-P. -Tal vez... Teníamos la palabra, se podía hablar de todo, y en eso se basaba la fuerza del Movimiento del 22 de Marzo. Pero no sólo hablaba en su nombre sino también en el de los demás. Así pues, era preciso reconsiderar políticamente las cosas, reflexionar sobre la relación con la política, con las iniciativas, con los demás; y eso es lo que no pudo hacerse correctamente.

D. -¿Crees que teníamos una fraseología revolucionaria un poco atrasada en relación con la situación y que, de hecho, nuestro discurso provenía del siglo XIX?

J.-P. - Sí, incluso considerándolo el menos atrasado de todos los discursos revolucionarios, si lo comparamos al de los trotskistas, los de la Liga comunista o de los maoístas.

D. -¿Era un discurso colectivo?

J.-P. -Pienso que mucha gente lo consideraba como algo relativamente nuevo en aquella época.

D. -No, te pregunto si el discurso era algo elaborado colectivamente.

J.-P. - Durante el período de Nanterre era vivido colectivamente...

D. -¿Vivido, o elaborado?

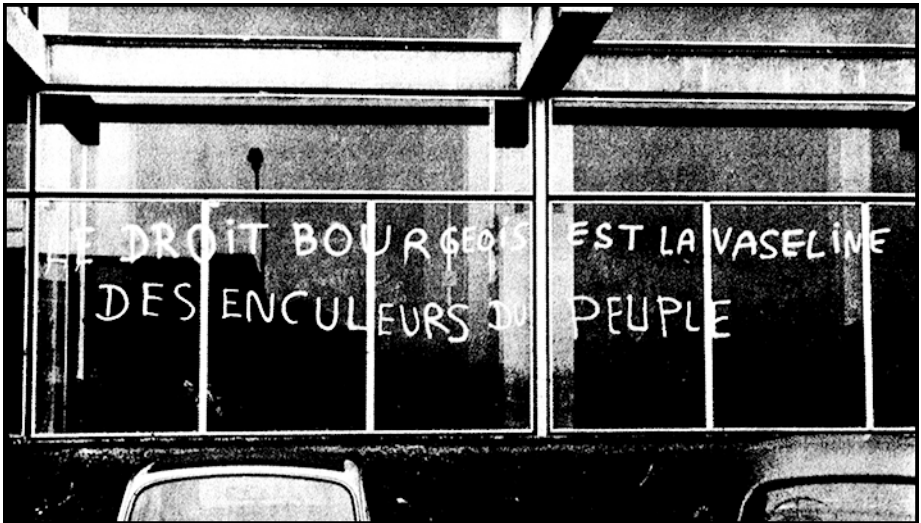
J.-P. -Algunos elementos del discurso ya habían sido elaborados por pequeños grupos, principalmente anarquistas. Pero sin embargo era muy nuevo, y concebido colectivamente, por lo menos mientras estuvimos en Nanterre. Después llegaron otras gentes y se planteó el problema de la organización. Y con ello se produjo un desfase y ya no hubo más elaboración colectiva. Casi en seguida luché personalmente por la disolución del 22 de Marzo, pensando que ya no servía para gran cosa.

D. -Volvamos hacia atrás. En todos esos grupúsculos libertarios, trotskistas o maoístas, ¿qué se hubiera debido hacer?

J.-P. -Ese fue el problema: ¿qué hacer? Creo que lo intentamos todo: recrear un movimiento revolucionario, fundar organizaciones, etc. Yo no tengo la respuesta. Creo incluso que no hay una respuesta satisfactoria.

D. -Mucha gente lo pasó mal después del 68. Para mí fue dramático, y no soy el único. Hubo suicidios. ¿Por qué esta crisis individual, en tu opinión?

J.-P. -Seguramente no hubo más suicidios que de costumbre... Para nosotros resulta más llamativo porque los conocíamos. Me parece normal que la gente lo pasara muy mal en ese período, sobre todo porque ha sido largo, para muchos diez años. Algunos encontraron los medios para no deprimirse: trabajar como locos en un grupúsculo, seguir actuando. Otros llegaron incluso a la lucha armada, no en Francia, afortunadamente.



Nanterre, 1968

D. -¿Tú te deprimiste después?

J.-P. -Después, no, en absoluto. Hice otras cosas enseguida. Hubo muchos que lograron no deprimirse.

D. -Cuando vuelvo a ver nuestras intervenciones en la televisión, o releo los textos, tengo la impresión de que nuestro punto de referencia siempre era la clase obrera. Era como un mito en nuestras mentes.

J.-P. -No estoy de acuerdo. Aunque de todas formas nuestras intervenciones tuvieron efectos importantes sobre la clase obrera. Teníamos una clara conciencia de que si la clase obrera no se movía, no eran posibles los cambios sociales; que si la clase obrera no se ponía en movimiento, no seríamos nosotros quienes haríamos funcionar las fábricas.

D. -¿Consideras que los grupos obreros son quienes toman las iniciativas en los conflictos sociales desde finales de los años 60?

J.-P. -Cuando hablas de grupos obreros, supongo que no te refieres a la CGT o la CFDT. Los grupos minoritarios siguen siendo los que toman la iniciativa y juegan un papel importante.

D. -Que juegan un papel importante es evidente, pero ¿son ellos los que crean el movimiento, o hay algo más profundo que se desarrolla, y que ellos traducen después?

J.-P. -¡Siempre hablas de cosas nuevas! En tanto que la situación no cambie, no hay razón para que existan cosas nuevas. Cuando lees artículos de *Socialisme et barbarie* que datan de 1953, ¿qué te dicen? Que si la clase obrera ya no existe, que si ya no hay movimientos, que si ya nadie está sindicado, que si es la crisis. El mismo discurso de ahora, el mismo que se oía en 1968. Es como para preguntarse si no existe gente que, para poder hablar en los media, para justificar un discurso intelectual, se sienten obligados a pretender que las cosas cambian.

D. -Pero cuando, en el marco de tu trabajo de editor, publicas ahora una antología de textos sobre las grandes luchas obreras en Francia, ¿esperas despertar las energías o simplemente hacer un poco de dinero?

J.-P. -Pienso que es una pena que las cosas se pierdan, me gusta la memoria colectiva. Al mismo tiempo, no creo demasiado en ella... En fin, no lo tengo muy claro. Me parece que debo hacerlo, y eso demuestra una vez más que las cosas no cambian tanto como creemos. Hay un artículo de 1953, «La crisis a lomos de los trabajadores», que denuncia la modernización, las nuevas tecnologías... Es asombroso, parece como si se oyeran los discursos de 1983 sobre la reestructuración de la siderurgia...

D. -En tu trayectoria política, te has referido a diferentes luchas, a Lip, por ejemplo. Para ti, la autogestión, ¿es realmente algo realizable, posible en nuestras sociedades?

J.-P. -He cambiado un poco de opinión al respecto. En la época de Lip, se tendía a considerar la lucha demasiado reformista, no suficientemente revolucionaria, sin apreciar todo lo que había de interesante en el movimiento, los cambios que provocaba en las relaciones entre la gente, entre los hombres y las mujeres, con los niños... Hoy creo que realmente es muy importante, ya no tengo reparos. Este tipo de experiencias, incluso cuando no desembocan en cosas radicalmente nuevas, plantean verdaderos problemas. Y la gente ha conseguido algo; ha logrado conservar su trabajo, aunque no por mucho tiempo, siempre ocurre lo mismo...

D. -Así pues, ¿la autogestión sigue siendo una utopía concreta en tu imaginario político?

J.-P. -Es el mismo problema que hacer o no la revolución en un solo país, cuando nunca podrá hacerse en todos. ¡Hay que empezar por alguna parte! Y esa alguna parte puede ser una cooperativa, y el movimiento se ampliará o no. Mira, generalmente sale mal, lo que permite a los sociólogos disertar durante horas explicando el porqué del fracaso, y después los media se inmiscuyen...

D. -Parece que se la tienes jurada a los media. Sin embargo, a veces son los que dan envergadura a acciones en principio bastante modestas...

J.-P. -¡Es al revés! Permiten un desarrollo en lo imaginario que revierte contra el movimiento. A partir del momento en que los media se centran en una acción, todo es muy ambiguo porque las demás iniciativas son reprimidas. Además, ya no controlas nada. Es tan sabido que resulta tonto decirlo. Yo, después de diez años, he participado en luchas en diferentes lugares. Y cuando estás metido en ellas y lees lo que cuenta la prensa, es como para morirse de risa. Da igual que sea *Libération* o *Le Monde*. No se trata de criticar a los media, hay que pasar de ellos. La mayoría de las veces están al lado del gobierno, simplifican a ultranza e introducen ideas falsas en la cabeza de la gente. ¡Claro que no se puede prescindir de ellos! Pero todo el mundo sabe perfectamente que hacen falta tres semanas para que la ocupación de una fábrica aparezca en *Le Monde*... Y ahora peor: ya no dicen nada en absoluto.

D. -Desde hace algunos años, hay una vuelta a la democracia. Todo el mundo se manifiesta demócrata, son muy raros los que afirman ser revolucionarios. ¿Tú también defiendes lo que en aquel tiempo se denominaba democracia burguesa?

J.-P. -No, en absoluto.

D. -¿Pero qué preferirías: vivir en una democracia occidental o en una democracia popular?

J.-P. -Y tú, ¿preferirías la Italia de Mussolini o la Alemania nazi? Yo preferiría ser un pintor oficial en la URSS que un parado, negro o indio en América.

D. -¿Y si fueras parado, negro o indio en Francia?

J.-P. -No veo en qué son democráticas nuestras sociedades. También en eso los media se pasan el tiempo repitiéndonos que las sociedades occidentales son democráticas y que el totalitarismo soviético es el diablo. Pero vamos a ver... Cuando el jefe de gobierno español declaró que cualquiera que fuese el resultado del referéndum sobre la OTAN, su decisión estaba tomada, ¿eso es democrático? ¿Y cuando la gente vota para suprimir el paro y sigue habiendo paro?... La democracia, en el sentido de que la gente elegiría la forma como quiere vivir, producir, pensar, actuar, evidentemente no es la democracia burguesa.

D. -Teniendo en cuenta el fracaso de las experiencias revolucionarias, el micrototalitarismo de las organizaciones revolucionarias, ¿no te parece legítima esta aspiración a la democracia?

J.-P. -¡Tendríamos que haberlo pensado antes! Es el problema de algunos intelectuales, de esos antiguos jefes revolucionarios que hoy hacen la apología de la Europa

occidental o incluso de los Estados Unidos. Cuando estaban en los grupos políticos, querían avasallar a los demás. Hoy, como siempre han pertenecido, de forma visceral, a una determinada clase social, lo único que les interesa es su propia libertad.

D. -Sin embargo, movimientos como la lucha antinuclear o la ecológica se expresan muy bien en el marco democrático.

J.-P. - Son movimientos que pedían más democracia y a los que se les respondió que era imposible. Entonces, estallaron.

D. -¿Qué movimiento no ha fracasado?

J.-P. -El único triunfo que yo conozco en el movimiento antinuclear se ha dado en el País Vasco. En todas las demás partes, se ha acabado por construir centrales. Otra prueba más de la ausencia de democracia. La población se opone a una central, y se la construye a su lado.

D. -Pero entonces, ¿cómo ves tú el funcionamiento de una sociedad? ¿Cómo tomarías decisiones sobre energía nuclear o sobre todo el resto? ¿Estás a favor o en contra del referéndum, por ejemplo?

J.-P. -Yo no estoy contra el voto, ni siquiera contra el referéndum en sí. Lo que deploro es que, a efectos prácticos, no sirva para nada. Se hace votar a la gente sobre lo que no le afecta. Imaginemos un referéndum sobre Nueva

Caledonia. ¿En qué estoy yo capacitado para decir si los canacos pueden ser independientes o no? No tiene sentido. Ellos son quienes tienen que decirlo. No hay que soñar. La Democracia con D mayúscula no existe, la Revolución no existe, la Sociedad libre..., nada de todo eso existe. Lo que interesa son los movimientos sociales. El hecho de que la gente tome conciencia y luche para conseguir algo.

D. -¿Y cuándo han conseguido algo?

J.-P. -Cuando la gente gana, sigue queriendo más. Si sufren una derrota, se vuelven pasivos y eso significa dejar la puerta abierta al totalitarismo.

D. -Francamente, no lo entiendo muy bien. Por un lado, te opones ferozmente a la democracia burguesa, y por el otro, no acabo de ver cómo concibes el funcionamiento de una sociedad. Cuando te escucho, tengo incluso la impresión de que no es el cambio lo que te interesa, sino simplemente que existan momentos así, en los que pueda imaginarse otra cosa. Que luego se realice o no es otro problema.

J.-P. -Sigo creyendo en la autogestión, en el hecho de que el estado no es necesario para regular los problemas sociales, en la igualdad de salarios, en todo eso. Son principios básicos. El problema está en cómo conseguirlo. La única verdad es que cuantos menos movimientos sociales haya,

menos períodos creativos y menos gente que luche, menos lo conseguiremos.



Mayo del 68

D. -Por lo que yo he visto sobre el desarrollo de las luchas, tengo la impresión de que la gente es capaz de luchar por algo concreto pero que, en realidad, no tiene ningunas ganas de administrar la sociedad. Para mí es un gran dilema desde hace quince o dieciocho años. Por eso no creo que hoy pueda prescindirse del Estado.

J.-P. -¡Pero bueno! Cada día más gente percibe el absurdo del sistema, tal como es. El problema está en qué pueden hacer.

D. -¿Sienten acaso deseos de administrarse ellos mismos?

J.-P. -No, la tendencia es más bien a decir: esta cuestión es demasiado amplia para nosotros, ¡bah!, miremos la tele. Y después, de repente, hay períodos en que la gente decide tomar cartas en el asunto, y se crean salidas. Esto es lo que debemos favorecer. Intentar encontrar espacios. Pero la democracia es una palabra ridícula, ya nadie cree en ella. Me sorprende oírte hablar de ella.

D. -Yo creo en ella.

J.-P. -De acuerdo, si te refieres a la DEMOCRACIA. Pero hablar de democracia pensando en Francia, Inglaterra o Alemania es curioso. Te lo decía hace un momento: son democráticos al lado de los sistemas totalitarios. Vale. Pero, ¿en qué es democrática Francia? Vamos, hala, explícamelo.

D. -No es una maravilla, pero la gente puede elegir.

J.-P. -¿Y qué eligen?

D. -Eso es otra historia.

J.-P. -¿Qué eligen? ¿A partir de qué? En el momento de las elecciones tienen la palabra, se les dice que existe la crisis...

Dame un ejemplo de un momento preciso en que la gente elija de verdad...

D. -Pero podrían. Existen nuevas fuerzas políticas, podrían votar a su favor.

J.-P. -De acuerdo. Pero cualquier lista autogestionaria, ¿qué podría hacer con respecto a la siderurgia?

D. -Daría un salario mínimo garantizado a todo el mundo. ¿Crees que los políticos no tienen ningún poder sobre el empresariado?

J.-P. -Cada vez menos.

D. -¿Tú crees que existe un totalitarismo empresarial?

J.-P. -Totalitarismo es una palabra que se puede emplear para cualquier cosa. Pero el empresariado es quien decide invertir o no en tal asunto, y cómo hacerlo. Impone su voluntad a los políticos. Pero la democracia... ¡Pronto te dirán que vives en democracia porque no estás en la trena! Seguro que la URSS es hoy más democrática que con Stalin.

Y cuando se dice que España es democrática, pregunta a los vascos lo que piensan. Te dicen también que Reagan representa la economía liberal. Unos cretinos de nacimiento como Glucksmann, unos viejales como Montand te dicen que allí hay menos Estado. ¡Y todo el mundo se lo cree! Te explican que todo ha cambiado, que todo ha fracasado.

¿Quién ha fracasado? Unos cuantos jefes revolucionarios intelectuales que no consiguieron introducir el proletariado en su partido marxista-leninista. Entonces están decepcionados. Y se ponen a hablar, y, como para tener acceso a los media hay que decir cosas nuevas, sostienen lo contrario de lo que afirmaban un año antes. Resulta más bien jocoso...

Michel Chemin

París. Mayo de 1985

El Movimiento del 22 Marzo no pretende quedarse en la Universidad. Quiere extenderse fuera, unirse a los obreros y los campesinos.

Las reuniones establecidas a lo largo de la rebelión, las interminables e incesantes asambleas generales, todo debe subordinarse al proletariado. Ninguna marcha nos parece demasiado larga, y, desde el Barrio Latino hasta Renault-Billancourt, proclamamos nuestra «solidaridad con los trabajadores»...

Michel Chemin, cuarenta años, es periodista en Libération. Nacido de padre albañil, según él «ignorante y más bien anarquista», y de madre «inteligente y poeta», empieza a trabajar a la edad de catorce años. También a los catorce años participa en su primera huelga, al negarse a trabajar un 1.º de mayo. Le despiden inmediatamente. Obrero de la construcción, después de la metalurgia, despedido por razones sindicales y agitación política en numerosas ocasiones, combate duramente en los grupúsculos anarcolibertarios.

A principios de los años 70, se dirige con el grupo «Vive la Révolution» a Renault-Flins y comienza su odisea detrás de la cadena de montaje, víctima del famoso junio de 1968, en que los obreros rechazaron un intento de evacuación de la fábrica ocupada, cientos de estudiantes fueron bloqueados en la autopista, y los enfrentamientos con la policía duraron todo el día.

Michel, decepcionado por la vida en Flins, se traslada a Besançon, atraído por la lucha de los «Lip». En abril del 73, los trabajadores de la fábrica de relojes Lip se enteran de que quieren dismantelar su fábrica. Frente a la amenaza del paro, ocupan su empresa, ponen en marcha el montaje de relojes y se apropian de las existencias. El famoso «Producimos, vendemos, nos pagamos» dio un contenido concreto al sueño autogestionario, nacido en gran parte en Mayo del 68.

Dany Cohn-Bendit. -Hoy eres periodista de *Libération*, el diario que sube, el periódico de moda del que habla todo el mundo. ¿Te sientes bien ahí con tu pasado proleta y marginal?

Michel Chemin. -A pesar de las contradicciones, e incluso, a veces, de los malentendidos, me siento bien.

D. ¿Y la modernidad? Se habla mucho de la modernidad a propósito de *Libération*, ¿eso no te plantea problemas?

M. No, para mí la modernidad era Mayo del 68. El rock, en el 62, era la modernidad. En realidad, ¡me he pasado la vida cabalgando tras la modernidad!

D. -También estaba pensando en los ordenadores, etcétera.

M. La modernidad técnica es un problema distinto del de la modernidad filosófica...

D. -Cuando uno se pasea por los pasillos de *Libération*, o lee en el periódico esos artículos sobre luchas obreras, o fórmulas del tipo: «Es una desviación izquierdista del partido comunista francés», me resulta extraño... Se tiene como la impresión de que los periodistas de Libé reniegan de su pasado, sobre todo de su pasado maoísta.

M. Sí... No sé si es rechazo o retractación. Fueron trotsquistas, maoístas o anarquistas en los años 70; ahora prefieren olvidarlo y no repetir los años de oro del 68.

D. De acuerdo, pero cuando vemos lo que está pasando en Francia, en la siderurgia, en la Lorena, etc., da la impresión de que ni siquiera quieren entender...

M. En aquella época, se creía que en principio había que luchar, luchábamos para poder luchar...

D. Siempre hay motivos para luchar, para rebelarse...

M. Pero cuando se ha visto todo esto de cerca y que el PC no luchaba ni siquiera en aquella época, cuando le oímos ahora, nos desternillamos de risa. Es cierto que la causticidad ha sustituido a la crítica, y eso ofrece un discurso radicalmente diferente del de los años 70.



Libération, 1973

D. Creo que en el 78 leí un artículo tuyo en la revista *Autrement* que me dejó atónito. Eras muy duro con tu pasado, con el movimiento obrero. En líneas generales, decías: «Ya no creo en los obreros.»- ¿Por qué?

M. La primera respuesta consiste en preguntarse si la clase obrera existe de verdad. Ya en aquella época tenía mis dudas, aunque hacía como si me lo creyera. ¡Pero es una estafa suponer que una clase ostenta un poder casi mágico, capaz de transformar la sociedad!

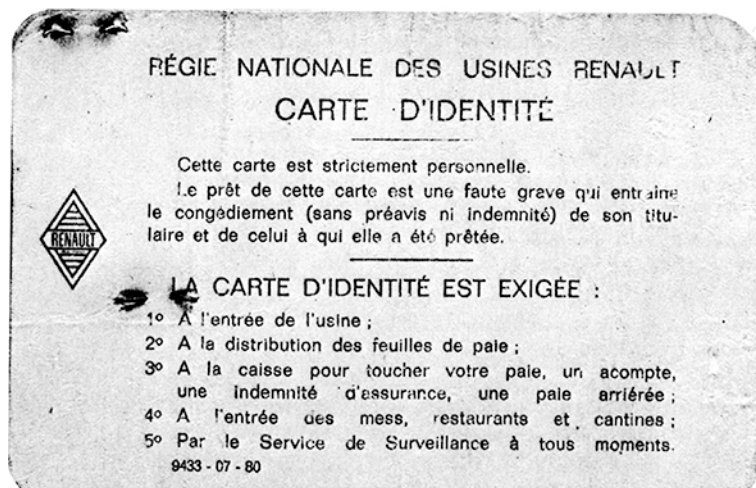
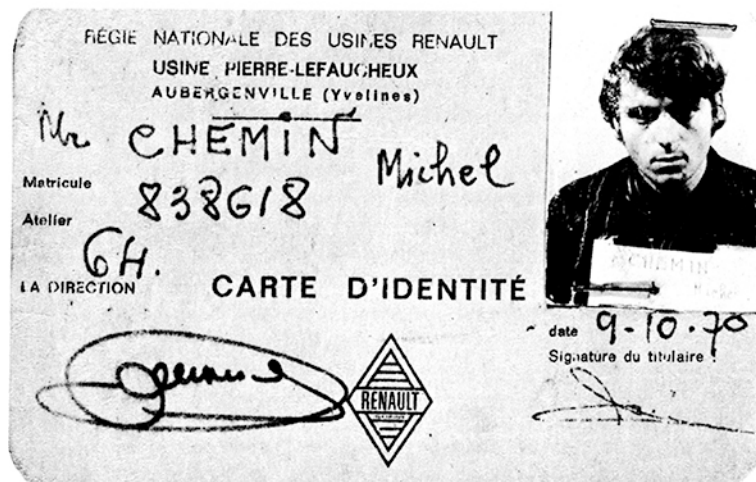
D. ¿Hacías como si te lo creyeras o te lo creías un poco? ¡Llegaste a irte a vivir a Flins en el 69!

M. -Fingía creérmelo, me esforzaba en creérmelo. La realidad de la fábrica es concreta. No tenía demasiadas ilusiones puestas en la fuerza obrera, ni, mucho menos, en mí mismo, pero existía el mito.

D. -¿Qué buscabas?

M. -El mito en el 68 era Flins. Obreros, capaces de luchar contra los CRS, contra la CGT, contra la patronal, contra el poder. Antes del 68, yo era techador en un taller y pensaba que había una gran diferencia entre la fábrica y los talleres de la construcción, las pequeñas empresas paternalistas con algunos empleados, el patrón que te tutea, que te invita a cañas... Me decía que ahí no había nada que hacer, mientras

que en la fábrica, con las grandes organizaciones sindicales, la gente que se movía...



D. -¿Es lo que encontraste en Flins?

M. -No, en absoluto.

D. -¿Ya no quedaba nada de eso ni en el 69?

M. -Ya no quedaba nada porque, en realidad, en el 68 tampoco había habido nada.

D. - Sin embargo, mucha gente luchó. Vimos a montones de personas invadiendo los campos que rodeaban la fábrica...

M. -¡Correr, sí que corrieron! Pero delante de la bofia... Tendrían que haber corrido para cargar, pero corrieron para huir. El 68 fue eso...

D. -Pero todas las huelgas que se sucedieron en el 69, 70, 71 en las cadenas de montaje fueron movimientos importantes... La irrupción de la rebelión de los OS [OS, Trabajador sin calificación, generalmente de origen norteafricano. (N. del T.)] fue un momento extraordinario.

M. -Para mí, sí. Pero, para entender mi sentimiento, debe examinarse la cronología. Antes de Mayo del 68, yo era techador de la construcción, estaba «sublevado» entre comillas. Soñaba con la fábrica como el lugar donde podía nacer una rebelión colectiva, y cuando entré en una pequeña fábrica de las afueras de París donde no realizaban huelgas desde el 36, me encontré a la cabeza de un comité de huelga. Y luego fracasó el Mayo del 68... No sé exactamente por qué, pero sé que esperaba de él algo más que la subida del SMIG. [SMIG = Salario mínimo interindustrial. (N. del T.)]

Me hice despedir de la fábrica. Estaba desesperado. Me aislé con mis libros, y fue en esa época cuando encontré a gente un poco maoísta, un poco anarcos, que parecían compartir mis antiguas aspiraciones. No acababa de entender sus historias de proletarización. Yo lo había hecho todo para salirme de la fábrica y ellos, unos intelectuales, licenciados en filosofía y en no sé qué más, que no tenían nada que hacer, querían ir a trabajar allí...

D. -Y os vais a establecer en Flins todos juntos. ¿Viviste allí grandes momentos?

M. Sí, en el 71 por ejemplo. Una vez más, éramos 40 activos que queríamos bloquear la cadena y 5.000 tipos pasivos que podían oscilar tanto de un lado como del otro. En Flins, había una clase obrera como muy nueva, casi improvisada. La fábrica estaba completamente aislada en el campo, la gente llegaba en autocar. Su vida se desarrollaba en la ciudad, a 50 o 60 kilómetros de allí. Se sentían ciudadanos a 50 kilómetros de la fábrica, y obreros en el interior.

D. -¿Y los emigrados? En esa época se hablaba mucho de los emigrados...

M. -Sólo algunos se movían.

D. -¿Tenías un vínculo, una solidaridad muy fuerte con ellos?

M. -Sí y no... Con los emigrados pasa como con la clase obrera, no existen. Hay gente que se mueve, unos cuantos individuos, emigrados o no. En Flins, me encontré con el profundo malentendido que conocí en todas las fábricas. Claro que iba allí a trabajar, pero sobre todo iba para concebir, para crear movimientos, iba a hacer huelga. En realidad, me gustan mucho las fábricas, ¡pero en huelga!

D. Y la gente va a la fábrica a trabajar...

M. No todos, pero sí la mayoría. No a trabajar: a ganar un salario.

D. -¿Y nunca conseguiste superar ese malentendido? Te imagino siempre decepcionado por ese fracaso. ¿Eres periodista de *Libération* y sigues manteniendo esa decepción?

M. -La fábrica siempre representará quince años de mi vida. En 1973, me las piré de allí. Recorrí Francia siguiendo las huelgas en plan turista para un periódico. Hablé con la gente. Con ocasión de una huelga anodina en un pequeño pueblucho, pude ver cómo toda una región se ponía en movimiento, cómo podían desbordarse los problemas en el seno de una fábrica, interferir con las preocupaciones de los campesinos, de los comerciantes del lugar. Me entraron ganas de volver a la fábrica, empecé a entender cosas...

D. -Y después, ¿llegó el Lip?

M. -Sí, Lip suponía la radicalidad del movimiento obrero que me hubiera gustado ver a partir del 68. La autonomía de la gente, la inteligencia sobre todo...

D. Pero Lip, ¿era realmente la clase obrera tradicional?

M. Sí y no... Un pequeño fragmento de la clase obrera, el que me interesa.

D. -En el 68, soñábamos con una solidaridad entre intelectuales y obreros, entre militantes revolucionarios y obreros. ¿Tú la viviste?

M. -Sí.

D. -¿Y Lip? ¿Eran intelectuales u obreros?

M. -El objetivo era ser ambas cosas. No se crea un movimiento obrero con analfabetos. Había una expresión de esa época que me gustaba: se aspiraba a ser «obrero filósofo»... Pero en Lip no, no eran intelectuales. Un tipo de la CFDT [Sindicato de origen cristiano, y tendencia autogestionaria. (N. del T.)] me confesó no haber abierto un libro en su vida: leía periódicos, octavillas sindicales. Existía una dimensión un poco religiosa, un poco cristiana: el respeto al prójimo. Una reflexión acerca de la violencia, evitar los enfrentamientos físicos...

D. -La violencia obrera, nosotros admirábamos la radicalidad...

M. - Por supuesto, aún puede seducirme arrojar adoquines a la pasma. Es un acto lúdico. Para mí, hay mucha profundidad en ese gesto. Aunque intento rechazar en mí la violencia que se vuelve facha, la que te empuja a querer matar al otro.

D. - En aquella época, teníamos una teoría al respecto: «Abajo los jefecillos.»

M. - Suena muy adolescente. Era nuestra traducción del «Tenemos razón al rebelarnos», de Mao.

D. -Pareces sentir nostalgia de todo eso.

M. -Te lo repito: son quince años de mi vida. Trabajé quince años en el proceso de fabricación tradicional: los talleres, las fábricas. Desde la edad de catorce años he vivido con una idea fija: jorobar al patrón. Hay que sacarle lo máximo, y si puede hacerse la puñeta, se le hace la puñeta.

D. -¿Y lo hiciste? ¿Y en Libé ya no lo haces?

M. -Lo hice y ya no lo hago. Porque también yo soy patrón. Es mi sitio, y ese sitio es asimismo lo que yo hago de él. (Una joven rubia, sentada en la mesa vecina del restaurante, interviene.)

X. -No estoy de acuerdo con lo que están diciendo.

D. -¿No está de acuerdo?

X. -No es necesaria una etiqueta maoísta para existir. La libertad se lleva en la cabeza.

M. - ¡Yo no soy maoísta!

X. -Hoy es usted patrón...

D. -Digamos periodista y patrón en Libé...

X. -Hoy está al otro lado de la barrera.

M. -¡No, no estoy al otro lado de la barrera! Siento más desprecio por mi trabajo, por el producto de mi trabajo, del que sentía estando en la fábrica.

X. -Poseer el control del propio trabajo es hacerlo como uno lo siente.

D. (A Michel Chemin.) - Entonces, para ti, ¿todo terminó en julio del 68? Desde julio del 68 al 77, ¿qué?, ¿la bajada, el infierno?

M. -Desde julio del 68 a mayo del 81.

D. -¿Es la bajada al infierno?

M. -No es la bajada al infierno sino la inmersión en la realidad. Vimos las cosas tal como realmente eran, y no como pretendíamos que fuesen.

X. -Para mí, Mayo del 68 fue una fiesta. Tenía catorce años, no íbamos a la escuela sino al Odeón, al Panteón; escuchábamos discursos...



Michel Chemin

M. -¿El 68 significa la ausencia de autoridad?

X. -El 68 significa que las cosas se tambalean, la revolución en la cabeza de la gente, estar hasta el moño de vivir mal, hasta el moño de los principios y hasta el moño de los tabúes. Fue una exasperación más que una revolución. Era evidente... Tenía que llegar... Durante y después de la

guerra, la gente se destruyó, no existían y después, de repente, desearon vivir... Pero yo no tengo nada que ver con el 68. En una oficina, tú diriges tu lucha. La patronal y todo eso son gilipolleces, eso no quiere decir nada. Lo importante no es ser patrón u obrero, sino que la gente se sienta bien a tu alrededor.

D. -¿Es la ideología del 85?

X. -¡No, es la ideología de siempre! Lo que buscaba la gente del 68 ya era eso. Se pusieron etiquetas, Mao, Marx... Lo que dijo Marx está bien, era un idealista, aunque demasiado deformado por la gente.

M. -Marx también era un cabrón de mierda.

X. -Un cabrón de mierda, pero que pensó cosas y las escribió.

M. -Pero cosas que ahora ya no molestan a nadie. Si Marx estaba tan bien como dices, hubiera sido capaz de tener en cuenta a sus aliados y a sus enemigos.

X. -Bueno, eso es demasiado para mí, citáis gente, nombres. Para mí, representa una época. Es como decir Giscard, o Mitterrand... Sabes, el otro día vi a un tipo en la tele, se llama Gainsbourg, un tipo que te cae bien o te cae gordo, pues bien, dijo cosas que me impresionaron, porque estaban en relación directa con la vida.

D. -Y cuando estás en un restaurante, ¿siempre adviertes a la gente sentada a tu lado de que están diciendo gilipolleces?

X. -...

D. -¿No crees que has intervenido porque hablábamos de una cierta época?

X. -¡Intervine porque había buenas vibraciones!

M. -¿Vibraciones?

D. - ¡El lenguaje de hoy en día!

M. -No lo comprendo. Para mí, las vibraciones son las fiestas de los años 70, Jimmy Hendrix, la cría de ovejas en las Cévennes...

X. -¿Y fumabas porros en el 68?

M. -Un poco después, ¡mientras mis amigos criaban cabras!

X. -Yo trabajo en una oficina, tengo responsabilidades, hago marketing. Antes de llegar al restaurante, en el coche me he fumado un porro. Gracias a él, comprendo todo lo que estáis contando.

D. -Antes de los años 70, no había muchos porros en las oficinas. Comenzó en los Estados Unidos con aquella generación de los años 60 que alcanzó el poder y que aún conserva su modo de vida.

X. -Sabes, he ido a menudo a los Estados Unidos. ¡Nunca me he encontrado con tantos cegatos juntos!

D. -¿Cegatos?

X. -Gente que no ve más allá de sus narices, que rechaza las vibraciones...

D. (A Chemin.) -De todas formas, a finales de los años 60 se produjo una ruptura cultural. ¿La viviste en la fábrica?

M. - Sí, con los obreros jóvenes.

D. -¿Un mismo lenguaje? ¿El rock?

M. -En aquella época, Jimmy Hendrix, Janis Joplin. Se leía *Hara-Kiri* más que *La Cause du Peuple* y después *Charlie-Hebdo*...

X. -Sabes, no sólo se leía *Hara-Kiri* y *Charlie-Hebdo* en la fábrica...

M. -Sí, pero aquí hablamos de fábricas, de una fábrica.

X. -Ah sí, la diferencia de clases... Siempre puede existir un vínculo con la gente. Para mí no existe la diferencia de clases.

D. - Entonces, ¿sigue existiendo o no?

M. - Sí, por supuesto. En Flins, tienes a tipos en las oficinas que cavilan, que le dan vueltas a la cabeza y te llevan a un

proceso de fabricación que han concebido. Y tú, en el taller, atornillas cuatro pernos bajo un coche, no sabes lo que sucede antes, ni en qué se convierte después el coche, sufres y obedeces. Siempre hay un conflicto entre el taller y la oficina.

D. -¿Y eso no ha cambiado?

M. -No lo sé, hace diez años que no estoy allí. Pero si hubiera cambiado, ¡se sabría!

X. -Bueno, me voy. ¡Me parecéis maravillosos! (Se levanta y se va.)

D. -Una última pregunta. En la época del izquierdismo, una de nuestras referencias ideológicas era la igualdad de salarios, largo tiempo aplicada en Libé. Hoy ¿se ha acabado ya eso?

M. -No, en absoluto, pero Libé confirma que no hay espacios protegidos en la sociedad. Y la jerarquía es difícil. Los hay que curran doce horas diarias, otros seis. Sólo con eso aparece ya una jerarquía. Los que trabajan más se merecen cobrar más.

D. -Y la otra, ¿la jerarquía burocrática?

M. - Es más jodida de defender.

D. -¿Derrotista?

M. -No, es así. Y es mejor que la gama de salarios sea de uno a tres.

D. -¿Que de uno a diez?

M. -Que de uno a diez o a quince, como en muchas otras ramas. Si esto no existiera, sería mejor, pero no es posible. Las escalas jerárquicas nacen en cuanto la gente dice: «Yo quiero esto...»

Serge July

París. Abril de 1985

A comienzos de los años 70, la Gauche prolétarienne, una organización maoísta, fascina a más de uno por su radicalismo sin concesiones. Jean-Paul Sartre, entre otros, sale a la calle y acude a defender, ante las puertas de la fábrica Renault en Boulogne-Billancourt, a uno de los fundadores de la Gauche prolétarienne, Alain Geismar, que debe comparecer ante la justicia por perturbar el orden público. Las luchas sostenidas y amplificadas por los tambores maoístas tienen a Francia en vilo. La opinión pública descubre las cadenas de montaje y las condiciones de trabajo de los OS. La patronal se pone nerviosa, los maos arremeten. Después de una acción organizada ante Renault-Billancourt, un vigilante de la fábrica mata a Pierre Overney. Los media, prensa, radio, televisión, hablan de una provocación maoísta. Sin embargo, un fotógrafo consigue reflejar el desarrollo de la escena, y se impone la verdad: Overney ha sido asesinado. El sábado 4 de marzo de 1972, más de 200.000 personas acompañarán, en París, el ataúd hasta el cementerio.

En 1970, Serge July, otro papá de la GP, fue trasladado a Douai, en el Norte, por su organización: había fracasado en su misión, como coordinador político, en el curso de una huelga de hambre. De junio del 71 a diciembre del 72, vive en el norte de Francia como un vulgar guardia rojo chino. Cumple el papel de catalizador junto a los mineros. Muchos de ellos aún se acuerdan de él, de cuando circulaba en mobylette y organizaba comités de lucha maoísta. No regresará a París hasta junio del 73, para asumir la dirección de un nuevo periódico maoísta, Libération.

Dany Cohn,Bendit. -Hoy eres un patrón de la prensa. Hace quince años eras un militante revolucionario casi profesional. ¿No te parece extraña esta evolución?

Serge July. - A decir verdad, no. Cuando hago algo, intento hacerlo bien, con pasión, de manera eficaz. Invierto mucho tiempo en ello. Hoy dedico a *Libération* la misma energía que antes ponía en otras actividades.

D. Dirigías una organización revolucionaria, hoy diriges un periódico. ¿No será que tu pasión es dirigir?

S. -No, no lo creo. Pero pertenezco a una generación que se cuestionó mucho el tema del poder, una generación a la que angustiaba este tema. A mí no me perturba.

D. ¿Te gusta el poder?

S. -Tengo un punto de vista, creo que bastante realista, acerca del poder. No lo sublimo, pero lo considero necesario. Esto no implica necesariamente una relación de dominación sobre los demás, pero tener que tomar decisiones no me quita el sueño. Si no se relaciona con lo que se hace, el poder es siempre abstracto. En mi caso, me interesa el poder de crear, el poder de hacer. En una empresa periodística, es el poder de que cada día salga el periódico, de pelearme para que se lleven a cabo encuestas, para que se insista sobre tal cosa en lugar de tal otra. Para responder más exactamente a tu pregunta y con riesgo de parecer inmodesto, me veo más como creador que como patrón de prensa.

D. -Releyendo tu libro *Hacia la guerra civil*, pensé de nuevo en el discurso que pronunciaste después del arresto de Le Dantec. Decías: «La piedra que la burguesía acaba de levantar, se le caerá encima. Le hará mucho daño. Habrá perdido una batalla mientras que la idea "Para que esto cambie hay que tomar un fusil" habrá dado un salto hacia adelante.»

Creo que esta frase fue la que permitió al ministro del Interior obtener la disolución de la Gauche prolétarienne. En aquella época, eras partidario del enfrentamiento. Hoy,

Libération milita por la paz civil. ¿En qué momento se produjo esta ruptura, o esta inversión?

S. -Para responder hay que considerar las incidencias de la cuestión sobre varios planos. La característica de mi generación es Argelia. El izquierdismo no surgió del 68, surgió de la generación de los años 60, y si bien esta generación intervino en el 68, también acentuó todo lo que había de arcaico en el 68. Por otro lado, hasta mediados los años 50 Francia era una sociedad rural. Se industrializaba rápidamente, pero las actitudes seguían siendo rurales y arcaicas, existía un formidable retraso cultural. Y en el 68 se produjo esa contradicción entre el moderno contenido de la rebelión, y las formas que se contentaban con imitar «la Revolución», con remedar «la Gran Noche». Esta contradicción duró hasta mucho después del 68. De ahí nació la idealización del izquierdismo y también las condiciones para su decadencia. El izquierdismo estuvo en el origen de muchos cambios sociales, pero esas mismas mutaciones sociales le hicieron estallar. En cierto sentido, también en la evolución de *Libération* existe la destrucción positiva del izquierdismo.

Ya te lo he dicho, me veo como un creador. Pienso que el izquierdismo francés jugó un papel formidablemente positivo, incluso cuando erraba. Permitió llegar hasta el final, acabar con todas las ideologías de vanguardia.

D. -A excepción del terrorismo.

S. -Salvo el terrorismo, en efecto. Aunque sólo en cierto modo, la Gauche prolétarienne fue uno de los elementos de destrucción de la tentación terrorista en Francia. A finales de los años 70 y principios de los 80, la sociedad francesa cayó en otra época. El problema de este país es que la sociedad civil resulta pasiva, amorfa, que su imaginación está atrofiada y necesita choques que la empujen a llegar más lejos.

D. -¿Quieres decir que el izquierdismo tuvo el mérito de destruir todas las ideologías?

S. -Todas las ideologías de vanguardia, sí.

D. -¿Porque permitió llegar hasta el final a las tentaciones de estas ideologías?

S. -Sí. Y cuando se llega hasta el final de esas tentaciones, la destrucción resultante es positiva. Sólo las tentativas y fracasos de esas experiencias de vanguardia podían ayudar a la gestación de esta sociedad.

D. -¿Qué consideras positivo en ese «vanguardismo obrerista» representado por la Gauche prolétarienne?

S. -En primer lugar, un aspecto «trans-social» muy fuerte, una voluntad de traspasar todos los estratos sociales. Se puede tachar de cinismo, pero para nosotros fue una

inmersión extraordinaria en la sociedad francesa, en la complejidad de su realidad.

Creo que no hubiéramos podido hacer *Libération* sin ese conocimiento. Entrar en las fábricas y compartir la vida cotidiana de los mineros, de los obreros, nos hizo más inteligentes, nos permitió una visión menos estrecha de la realidad. Y, en cierta manera, seguimos: seguimos haciendo encuestas...

D. -Eso continúa siendo bastante maoísta. ¿Creías realmente, en aquella época, que la burguesía era culpable?

S. -No era tan simple como eso. Era más intelectual, más abstracto. Aunque fuese una realidad. Resulta que en las minas del Norte, incluso si nunca se ha oído hablar del marxismo, cada cual sabe desde su nacimiento que las clases sociales existen. Es físico. El espacio está organizado en función de las clases sociales, los rostros son diferentes según las clases sociales. Está perfectamente claro en el espíritu de los mineros y de sus familias. Se esté a favor o en contra, la lucha de clases está ahí, preexiste sobre el resto.

D. -Cuando piensas en esos dos años en el Norte, ¿los consideras un gran momento en tu vida?

S. -Un gran momento, sí.

D. -¿Sin esa experiencia, *Libération* no hubiera sido posible para ti?

S. -Sólo he podido vivir la experiencia de *Libération* teniendo en cuenta todo lo que he hecho desde los años 60, esos momentos de la vida en los que uno se compromete total y absolutamente: la guerra de Argelia, Mayo del 68, las minas, la Gauche prolétarienne, con todos sus errores y sus contradicciones. Hasta la Gauche prolétarienne era contradictoria, pues pretendía ser a la vez maoísta, obrerista y libertaria. Lo que la condujo a lo impensable: la autodisolución.

D. -También se autodisolvió el Movimiento del 22 de Marzo... Pero la Gauche prolétarienne ha sido descrita por mucha gente como un entorno donde se sufría y plagado de micrototalitarismos. Tú, estando al lado de la dirección, tal vez no te dieras cuenta, pero ese fenómeno pesó en la evolución ulterior del izquierdismo.

S. -Completamente. Para muchos de nosotros, ese período fue un momento formidable, una experiencia casi analítica. Aunque el análisis siempre resulte doloroso. Pero precisamente ese momento explica la excepcional sensibilidad de toda una generación ante los fenómenos totalitarios. Esa dimensión antitotalitaria, mucho más presente que en otros países, es sin duda la experiencia más importante de Mayo del 68. Incluso si el izquierdismo

postsesentayochista reprodujo algunas formas de totalitarismo, eso no impide que el declive del partido comunista, aunque no comenzó en el 68, se acelerase desde entonces. En el fondo, estos años han sido una verdadera vacuna antitotalitaria. Lo que también explica por qué los franceses son tan sensibles a lo que ocurre en Polonia.

D. -Sensibilidad por Polonia, de acuerdo... ¿pero y lo de Nicaragua, con Reagan y los Estados Unidos?

S. -Es más coyuntural y, en mi opinión, aparece ligado a otros factores.

D. -También fuimos vacunados contra el antiimperialismo tonto y malo...

S. -Sí, en fin... Sigo estando a favor de la independencia de los países. No me arrepiento de haber militado en favor del Vietnam.

D. -¿Tú te arrepientes de algo?

S. -De nada. No es una fanfarronada, soy así. No me paso el tiempo arrepintiéndome de lo que he hecho hace seis horas, seis meses o seis años. Me empleo demasiado a fondo en el presente. Sin duda por eso dirijo un diario.

D. -El período posterior al 68, el de la Gauche prolétarienne, también estuvo marcado por la emergencia de movimientos sociales, de fenómenos culturales: el movimiento de las

mujeres, el de los homosexuales, el fenómeno de las minorías culturales, el de las músicas nuevas...

S. -Ahí radica la importancia de Mayo del 68, en la rebelión de una parte de la sociedad, la reivindicación de nuevas relaciones sociales, la exigencia de cambios radicales -tanto en la condición de los OS, como en la de los homosexuales-, en las reivindicaciones de las mujeres y las demandas de los inmigrantes para formar comunidades culturales específicas.

D. -Actualmente no es nada fácil hacer que se acepten esas comunidades culturales específicas...

S. -Hay todo un período de estado latente necesario. La comunidad judía, que está muy estructurada, vive su cultura con toda normalidad. Si la comunidad musulmana, que hoy intenta estructurarse, crear su identidad cultural a través de sus comercios, de sus formas de vestir, de alimentarse, de vivir juntos, provoca una reacción de rechazo, una llamarada de racismo, es porque antes no reivindicaba tal identidad cultural. Una comunidad cultural se construye. Hace falta tiempo para formarla y para que los demás la acepten.

D. -¿Cómo explicas, después de todo lo que hemos vivido y aprendido, que alguien como Pierre Victor, que fue uno de los más activos en esos movimientos, que participó en todas las luchas del final de la vida de Sartre, se encierre hoy para estudiar el Talmud?

S. -Es una opción vital.

D. -¿Eso es todo?

S. -Sí. Es una trayectoria individual que se inscribe más ampliamente en la construcción de una comunidad cultural.

D. -Es una lógica posible. ¿Pero no te parece inverosímil?

S. -No, es una lógica posible...

D. -En el 68, decíamos: «Elecciones-Trampa para gilipollas.» Hoy, intentamos reformular la democracia creyéndola la única vía posible. En fin, yo creo en ella, aunque pienso que habría que reinventar las reglas...

S. -Yo también creo en ella.

D. -¿Cómo se produce esa ruptura en tu caso?

S. -No es una ruptura. Se trata en cierto modo del grado «cero» de la experiencia. Después de todas las vanguardias, es así. Fíjate en la pintura: afirmar que ya no hay vanguardia es decir que parece tan interesante, tan importante, un cuadro de Rafael como una tela de Picasso. Hubo una vanguardia pictórica que destruyó todos los conceptos sobre los que se apoyaba la pintura de la época. Hoy, algunos artistas intentan recomponer la pintura. Creo que lo mismo pasa en política. Las ideas, los conceptos, las certidumbres fueron trastornadas y, ahora, hay que reconstruir lo social y

lo político. Algunos se comprometen con mucho temor y angustia, otros de forma más «cool», pero, al final, todo el mundo se mete. Por ejemplo, uno se da cuenta de que, en fin de cuentas, no puede existir una sociedad civil sin Estado. ¿Pero qué tipo de Estado? ¿Hasta qué punto es necesario? ¿En qué debe intervenir? En este aspecto, la batalla por la escuela privada fue ejemplar. Era una batalla simbólica que superaba ampliamente el marco del problema escolar. Un signo de convulsión de la sociedad civil francesa que se está construyendo. Una de esas crisis inevitables, tal vez deseables. Pues está claro que no basta con decir:

«Creo en la democracia.» Es preciso inventarla y perfeccionarla cada día y en todas partes.

D. -Has escrito un editorial donde hacías un llamamiento en favor de la modernización de Francia, y comentando al mismo tiempo la ausencia de un plan social. ¿No crees que nuestras sociedades autodenominadas democráticas siguen siendo sociedades donde los triunfadores son siempre los más fuertes?

S. -Sí. Es más bien así...

D. -¿Crees que hace veinte años había más solidaridad?

S. -En realidad, no sé nada. En Francia o en países similares, hubo una destrucción de lo social. Ahora se reconstruye bajo diversas formas que van, pongamos por caso, desde círculos

de calidad en las empresas a los hooligans británicos, o a los hinchas del fútbol... Entre estos dos polos, existen toda clase de inventos sociales que se buscan a ciegas...

D. -¿Crees que *Libération* se convertirá en el periódico de una nueva fase, la que viene tras la destrucción de las vanguardias?

S. -Eso es lo que esperamos conseguir. Vivimos varias fases «ideológicas», pongo el término entre comillas porque de cualquier forma todo era muy periodístico... Hasta 1981, una primera fase, en la que éramos el reflejo, o una de las consecuencias, de la destrucción positiva del izquierdismo. De 1981 a 1986, una segunda fase, donde se produjo la destrucción positiva del programa común de la izquierda y, sobre todo, la desaparición de los arcaísmos de la izquierda. Y, en lo sucesivo, entramos en una tercera fase, tal vez de construcción...

Gaby Ceroni

Saint-Nazaire. Junio de 1985

Gaby Ceroni nació en Arles en 1943, en el departamento de Bouches-du-Rhône, donde vivió hasta la edad de doce años. Su padre, un emigrante italiano, bebía y pegaba a su mujer. A los nueve años le meten en un colegio de monjas, que le bautizan y, sobre la marcha, le administran la comunión y demás. Será incluso monaguillo.

No pudiendo soportar por más tiempo los malos tratos de que es víctima, su madre decide volver con su familia a Saint-Nazaire, donde habita en una miserable casa de dos piezas con sus tres niños. Gaby irá muy poco a la escuela, pero conseguirá de todas formas su certificado de estudios.

Su madre, cocinera en Sud-Aviation, tiene excelentes relaciones con los soldados americanos (muchos de ellos negros), que la ayudan a llegar a fin de mes. Gaby piensa que su antirracismo visceral nació allí. Más tarde, su hermana se casará con un GI que la llevará a los Estados Unidos con su madre. A los catorce años es aprendiz de la construcción, hace pequeños trabajos en las gabarras y después un cursillo de soldador en la F PA.

De los dieciocho a los veinte años, es soldador en Dunkerque. Llamado a filas, pasa mucho tiempo en el calabozo y descubre la lectura.

A los veintiún años, se casa con su prima hermana y decide marcharse con ella al Sur a ver a su padre, que está sumido en el alcoholismo. Gaby se quedará allí del 63 al 65, viviendo de pequeños trabajos. En 1965, regresan a Saint-Nazaire. Les nace un niño, Gaby se contrata en los Astilleros, se syndica en la CGT y se inscribe en el Partido Comunista.

Entre el 65 y el 68, se convierte en un duro de la CGT, una esperanza, el joven que sube, «un estalinista muy duro», según él.

Conocí a Gaby en pleno Mayo del 68, en ocasión de un mitin que mis amigos y yo organizamos en Saint-Nazaire. Gaby y sus compañeros estaban presentes. Con sus pelos cortos, durante un momento llegamos a tomarles por un comando de extrema derecha.

Ya avanzada la noche, de vuelta a los Astilleros, ocupados en aquel entonces, Gaby vio a todos los militantes de la CGT y de FO con casco delante de la puerta. Pensó que llegaba la policía. En absoluto: querían impedirnos, a mí y a mis amigos... ¡sabotear la fábrica!

Gaby cayó de las nubes, ya que precisamente habíamos convenido, al final del mitin donde nos habíamos

encontrado, que al día siguiente yo tomaría la palabra en los Astilleros, ese símbolo del movimiento obrero francés.

Finalmente, la reunión se efectuó en la playa.

¡Y Gaby Ceroni fue expulsado de la CGT!

Nos volvimos a encontrar, dieciocho años después, en esa misma playa.

Dany Cohn-Bendit. -Entonces, Gaby, ¿ahora te dedicas al yoga, al jogging y la macrobiótica?

Gaby Ceroni. -A la macrobiótica no del todo.

D. -¿Se acabó la lucha de clases?

G. -Tampoco del todo. En el 68, la lucha de clases para mí también significaba encontrarse a sí mismo. Cambiar, intentando al mismo tiempo cambiar las cosas de alrededor.

D. -¿Cómo encajaron tus amigos este cambio repentino, el interés que dedicas a tu cuerpo?

G. -Siempre le he prestado atención a mi cuerpo. En el 68, mi cuerpo estaba armado con un fusil. Hoy, aunque pienso que no puede excluirse totalmente el uso del fusil, debe ser el último, realmente el último recurso. Lo ideal sería que no hubiera fusiles...

D. -¿No estás harto de la fábrica? ¿No tienes ganas de largarte?

G. -¿Para qué? ¿Irme a vivir en comunidad al campo? No estoy en contra de esa idea, pero yo nunca podría vivir así. La fábrica es una cosa alienante, que anula cualquier personalidad, y precisamente por eso es preciso que nosotros, la gente de la fábrica, aspiremos a la libertad. Debemos crear nuestro propio universo de evasión, tanto en el exterior como en el interior de la fábrica.

D. -¿No es un discurso de marginal?

G. -Si te parece. La gente que trabaja en las fábricas sueña con largarse al campo e instalarse en bungalows. Yo me digo que también puede hacerse entrar un poco de verde en la fábrica.

D. -Desde 1981, ha cambiado una cosa fundamental: tu fábrica fue nacionalizada.

G. -¡Pero nos joden todavía más que antes! Nos dicen: «Ahora, la fábrica es vuestra...» Un amigo me aseguraba en el 81: «En el gobierno son amigos nuestros. Los amigos no pueden joderte.» ¡Que te crees tú eso!...

D. -¿Quieres decir que hay menos luchas?

G. -Siempre hay luchas, pero son parcelarias... Taller por taller, las contestaciones son mucho menos amplias...

D. -Me contaste que, cuando la fábrica pertenecía a un grupo privado, una parte del salario de los obreros se jerarquizaba. Clasificaban a todo el mundo siguiendo un escalafón, y tú siempre rechazaste esa parte de salario jerarquizada. Ganas 5.000 francos al mes. ¿Cuánto ganarías si hubieras aceptado?

G. -6.000 francos...

D. -Cuando la izquierda la nacionalizó, ¿por qué no aceptaste en aquel momento? Mil francos más al mes, es mucho...

G. -La jerarquización fue ajustada, pero yo no la quiero.

D. -Tus compañeros debieron de decirte que eras un poco gilipollas por rechazarla, ¿no?

G. -Me lo dijeron, pero, al mismo tiempo, no habrían comprendido que lo aceptara.

D. -En el 68, estabas en la CGT y en el PC. Recuerdo que cuando las cosas empezaron a moverse, viniste a vernos y decidimos organizar un mitin delante de los Astilleros. Para impedir que se llevara a cabo, la CGT estaba armada hasta los dientes y nos vimos obligados a replegarnos hacia la playa. ¿Era tu primer contacto con la extrema izquierda?

G. -Sí.

D. -¿Y después?

G. -Fui expulsado de la CGT, porque las ideas que defendía no estaban en la línea del PC ni de la CGT. Pero lo que me hizo desengancharme fue más bien mi encuentro con unos intelectuales anarco-libertarios de Saint-Nazaire.

D. -Después, encontraste a los trotsquistas...

G. -Sí, primero los «trotskos»..., estalinistas «trotskos», digamos, y después los maos.

D. -En seguida te sentiste fascinado por los maos. ¿Por qué?

G. -Con los trotsquistas no conectaba. Sin embargo, eran muy simpáticos. Con los maos fue diferente. Tal vez porque eran intelectuales. Pienso especialmente en un pequeño tipo de Nantes que me fascinó. Tenía un verdadero ideal, formidables conocimientos y, al mismo tiempo, resultaba totalmente sencillo.

D. -Su ideal, su discurso, su forma de comportarse, ¿encajaban con lo que tú buscabas?

G. -Tenía más bien la impresión de estar ante un espejo, pero un espejo al estilo Blanca Nieves... Del tipo al que preguntas: «¿Soy guapo?», y con sólo preguntárselo te vuelves efectivamente más guapo.

D. -¿Existía una asamblea autónoma en Saint-Nazaire?

G. -Sólo unos comités de acción impulsados por compañeros profesores, un poco al margen de la CFDT. Cuando fuimos al entierro de Pierre Overney, éramos alrededor de una decena.

D. -La dirección de Gauche prolétarienne te eligió entonces para dirigente nacional. ¿Con quién te encontraste en París?

G. -Con Pierre Victor.

D. -¿Cómo era?

G. -Un dirigente puro y duro. Firme, pero delirante, y a mí el delirio es una cosa que siempre me ha gustado. También me encontré con Geismar, un tipo maravilloso, terriblemente retraído, muy sencillo y al mismo tiempo bastante rígido.

D. -¿Te veías de dirigente revolucionario?

G. - Sí, sabiendo vagamente que no era bueno, que era una forma de arrastrarse hacia la orilla del poder. Yo tenía poder, era el poder. Y, al mismo tiempo, no paraba de rebelarme contra el poder. En el curso de mi segundo o tercer encuentro con Pierre Victor, me dijo: «Ten cuidado, estás convirtiéndote en menos rebelde y más político, no es bueno...»

D. -Entre el 68 y el 70, ¿qué tipos de acción llevasteis a cabo en el interior de los Astilleros?

G. -Reivindicaciones en cuanto a los salarios, en cuanto a la igualdad en los aumentos de salario y al rechazo de escalafones jerárquicos.

D. -¿El igualitarismo es algo que se acepta fácilmente en el mundo obrero?

G. -No, la gente tiende más bien a querer la jerarquía, a hacer lo que sea por favorecerla.

D. -¿La lucha de los maos contra los «jefecillos» provenía del interior de la fábrica, o era alentada por los intelectuales del exterior?

G. -En los Astilleros, tienes dos tipos posibles de evolución social: o te vuelves delegado sindical, o pasas a capataz. Son las dos únicas formas de subir en el escalafón. Después, como en todas partes, tienes a los jefes gilipollas y a los otros. Siempre existe esa ambigüedad con respecto a los jefes de taller. Por un lado: «¡El jefe me jode!» y por el otro te lo encuentras en la calle, en tu barrio, o donde haces deporte. Puede haber relaciones muy tensas, chavales muy bocazas que gritan que van a rebelarse, que van a romperlo todo, pero todo se queda en palabras. Rara vez se llega a la violencia.

D. - Tú, que luchabas en el interior de la fábrica, ¿qué pensabas de la acción de la Gauche prolétarienne? ¿Qué experimentabas cuando ibas hacia París?

G. -Me sentía curiosamente desplazado... Era recibido por gente..., estaba como aureolado, era un verdadero proletario, pero únicamente en París. Porque en Saint-Nazaire, sólo era un obrero entre los demás, un poco más bullicioso en su taller, pero que curraba y militaba como cualquiera.

D. -Además de Pierre Victor y Alain Geismar, ¿a quién veías?

G. -A Glucksmann.

D. -¿Cómo era?

G. -Menos charlatán que ahora. Escuchaba mucho. No era el Sócrates de ahora.

D. -Después, vino el Congreso de la GP. ¿Cuántos erais?

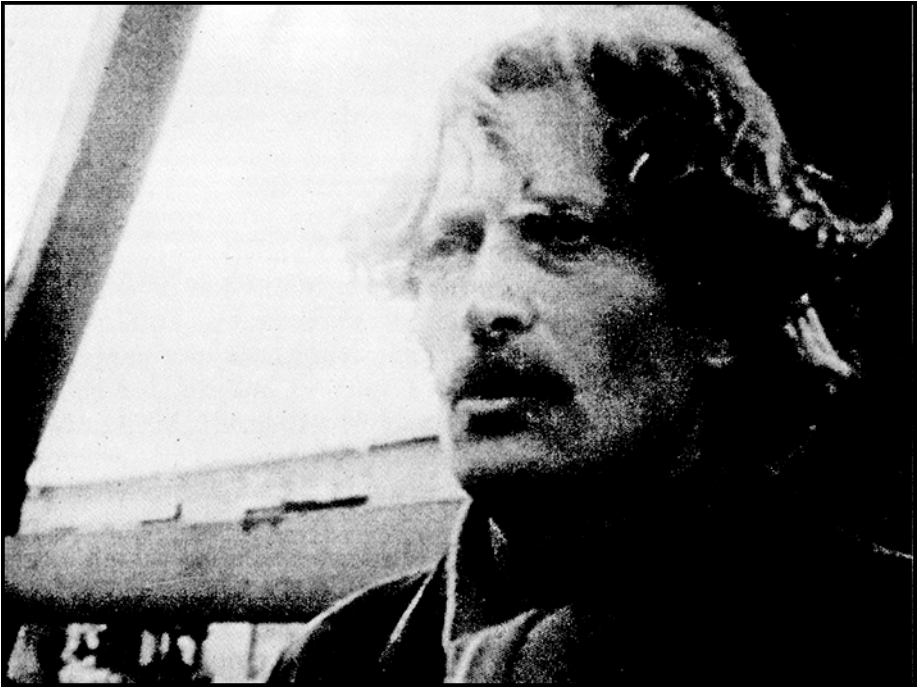
G. -Quinientos.

D. -¿Cuántos proletarios?

G. -Doscientos cincuenta o trescientos... Ahí me opuse en seguida. El poder no podía ejercerse de aquella manera. Era un poder tan gilipollas como el del PC o el de la CGT.

D. - En la extrema izquierda, pero sobre todo en los sectores maos, se soñaba con nuevas relaciones entre intelectuales y obreros. Se quería crear un nuevo tejido social, un nuevo tipo de solidaridad. ¿Cómo experimentaste esa, digamos, solidaridad revolucionaria del 70?

G. -Pienso que la acción de los maos fue muy importante. Intentaron unificar varias clases de luchas con el fin de dar al conjunto mayor amplitud. La lucha con los obreros, la lucha con los campesinos, la lucha por la justicia en general...



Gabriel Ceroni

D. - Entonces, ¿por qué rompiste tan violentamente?

G. -En el 74, mi mujer y mis hijos se fueron a Estados Unidos. En ese período, un compañero de la fábrica, en absoluto politizado y bastante siniestro, me dijo dos cosas: «¿Cómo aceptas trabajar en un taller tan asqueroso? ¡Antes barre!», y después: «Estoy seguro de que nunca te ocupas de tu hija,

de tus niños, de que nunca hablas con tus vecinos.» Eso me produjo un choque terrible. Era verdad. Cuando mis chavales volvieron de USA, decidí emprender actividades con los chicos del barrio. Lo hice durante tres años con De Choisel, un administrativo de la fábrica.

D. -¿Y qué ha sido de ese De Choisel?

G. -Se quedó tres meses en los Astilleros, éramos íntimos, como gemelos. Organizamos actividades tres años, hasta que los chicos nos echaron. Llegó a hablarse en los periódicos de los chavales que habían largado a sus animadores. ¡Éramos nosotros! Ahora es abogado. Nos encontramos de vez en cuando, pero ya no nos vemos. No tenemos gran cosa que decirnos. Es un poco triste.

»De todos modos, me encontré muy aislado, y cuando me di cuenta de que ya no conocía a los chavales ni a la gente del barrio, pensé que tenía que empezar por ahí, que vivía muy encerrado en los libros. Sin embargo, los libros deberían ayudar a entender mejor a la gente. Entonces descubrí que para apreciar a Proust, hay que haber leído antes a Zola.

D. -Tu biblioteca es impresionante. ¿De dónde sacas tiempo para leer, trabajando tanto?

G. -Es mi secreto. Cuando escriba mi biografía, querrá decir que estoy retirado. ¡Entonces lo explicaré!

D. -¿Cuándo empezaste a leer?

G. -En la mili. Un tipo, un dibujante, en absoluto un militante, me dijo: «Deberías leer». Yo le contesté: «¿Qué es eso?», y comencé a leer como un loco.

D. -¿Empezaste por Proust, del que has hablado?

G. -No, con novelas policíacas, y después, los autores rusos.

D. -¿Porque eras del PC?

G. -No es ninguna gilipollez lo que insinúas... Algo de eso hay... Me encantó Dostoievski, me encantó *Los demonios*. También me gustaba mucho Gogol...

D. -¿Y para llegar a Proust?

G. -Pasé por Musil, *El hombre sin atributos*, un choque en mi vida. Después, ya podía pasar a Proust... En el 74, descubrí el psicoanálisis y me duró diez años. Ahora he roto con todo.

D. -¿No te has hecho psicoanalizar?

G. - ¡Tampoco Freud! Yendo a la facultad (al mismo tiempo que a la fábrica), me apasioné por el psicoanálisis, pero comprendí que no podía curar a nadie, que únicamente te permitía entender mejor la realidad.

D. -Dicen las malas lenguas que cuando se entra en contacto con el psicoanálisis, se olvida la lucha de clases.

G. -Te enseña que la lucha de clases no es una cosa sencilla. Tú no eres sencillo, yo no soy sencillo, un hombre, una mujer, el placer, no son sencillos. Antes de leer tratados de psicoanálisis, yo eyaculaba, por lo tanto era un macho. Hoy, sé que no basta con eyacular para gozar, que es complicado alcanzar el placer y saber qué es realmente el contacto con el otro.

D. -En la fábrica ese tipo de discurso debe de sorprender. No deja de ser una concentración de machistas...

G. -¿De eyaculadores? Sí... Pero la fábrica te devuelve a la realidad de la que te alejan los libros. Los muchachos del taller te sacan rápidamente de tu sueño.

D. -Eres muy duro con los obreros. Piensas que no serán ellos los que cambien la sociedad. Ya no lo crees. Puedes incluso ponerte violento respecto a ellos.

G. -Esa violencia es la que me lleva a admitir que los obreros no disponen de medios para hacer la revolución. Es preciso que cambien su forma de pensar. Cuando llegan a la fábrica, no deben contar con que el compañero haga la revolución en su lugar. La revolución empieza por cosas elementales. Decir al jefe «No quiero trabajar ahí, porque hay demasiado ruido o demasiado humo». En lugar de reclamar el 10 % de aumento, empezar reclamando mejoras en las condiciones y en el lugar de trabajo. Mejorar la calidad de vida es eso...

Preferir una hora de libertad a un aumento. No una hora para consumir más, no: una hora para estar bien, para reunirse, discutir e incluso amar el lugar donde se trabaja.

Necesitamos la revolución, pero somos incapaces de hacerla. Es verdad, yo me doy cuenta. A menudo me digo: «Si no se tiene cuidado, uno se vuelve rápidamente reaccionario.» Y sé de lo que hablo. En el taller, muchos, muchos han votado a Le Pen. Tipos con los que hablo todos los días. Eso me mantiene alerta. Ser de izquierdas es realmente jodido, hay que tener cuidado todo el tiempo. Yo, ahora, estoy por el cuidado físico, el bronceado, la ropa, la comida; por eso no dispongo de medios para tener coche ni teléfono. Pero atención: el cuidado físico no para aplastar a los demás, no para ser más que ellos, sino para conectar mejor. La estética también es importante. Yo he militado directamente para que los obreros abandonen el mono de trabajo. De hecho yo no me pongo nada, ¡ya que somos naturistas!

D. -Y lo del yoga, ¿cómo fue?

G. -La primera vez que oí hablar de yoga fue en 1974. Dumont, el ecologista, vino a Lorient con la buena nueva. Había también autónomos. En resumen, estábamos allí con unos compañeros, discutimos con él y de repente dijo: «Bueno, voy a hablar», ¡se come una naranja y se tumba en el suelo! Un buen rato. Se relajaba, se concentraba, ¡me dejó de una pieza! Desde entonces practico el yoga. Pero con mi

hija fue realmente con quien descubrí la estética. Antes de la desagradable reflexión de mi compañero, sólo me ocupaba de mi hijo. Y no demasiado. Era cosa de las tías.

D. -¿Y qué decía de eso tu mujer?

G. -¡Las mujeres de los proletarios no tenían derecho a la palabra! Ahora, lo hacemos todo juntos. Fíjate: los tipos que te hablan de su hija tienen siempre un sentido artístico desarrollado.

Todo eso es lo que busco hoy, una especie de armonía con mi mujer, mis hijos, mis compañeros, mi cuerpo... Y, además, eso me parece una condición para organizar colectivos que sean otra cosa que masas manipuladas por puños cerrados, puños en alto, puños abiertos o por «¡No toques a mi colega!».

D. -¿Por qué te pone nervioso eso de «No toques a mi colega»? Es un movimiento que no está mal.

G. -Lo que me exaspera es el símbolo de la mano, me recuerda demasiadas cosas. Hubieran podido elegir una flor, otra cosa. Está claro que en el fondo es una lucha fundamental, pero no acepto eso de: «Son inmigrados, luego son mis colegas.» Hay gente entre los inmigrados, entre los obreros, en todas las capas sociales, que son unos cerdos. No basta con ser inmigrado u obrero para ser mi colega.

D. -Es paradójico porque, a veces, predicas la tolerancia.

G. -Es verdad. Antes, nunca hubiera pensado que un madero o un patrón pudieran ser interesantes. Hoy, lo admito.

D. -Después de quince años de militancia, debemos reconocer que se habla menos de revolución y mucho más de mejorar la democracia.

G. - Sí, ya que, en principio, es un sistema de tolerancia.

D. -La llamada a la tolerancia puede convertirse en una llamada a aceptar lo que sea. ¿Qué resultado da esto en la fábrica?

G. -Cada persona debe llegar, ante todo, a ser su propio amo.

D. -Me has contado que la CGT recientemente te acusó de ser un colaborador de la patronal.

G. -Sí. Ocupábamos los despachos de la dirección. Los muchachos empezaron a romper el material y a maltratar a los ejecutivos. Romperlo todo es como una liberación infantil y me parece bien. Pero me resulta insoportable que se le rompa la jeta a un ejecutivo, simplemente porque te joroba durante el trabajo. De la misma manera que yo era víctima de los patronos cuando estaba en el taller, de repente me convertía en su verdugo en el despacho.

D. -¿Y le protegiste?

G. -Claro. Dije que no aceptaría que se le golpeará. Del mismo modo que me parecía normal secuestrar al patrón de manera simbólica, me opondría violentamente a que le pegaran.

D. -Algunos predicán la democracia denominada burguesa, pero la explotación del hombre por el hombre se perpetúa.

G. -Sigo creyendo que sólo los obreros podrían hacer la revolución, pero no disponen de los medios...

D. -Entonces, ¡jaque mate! Sólo queda una vía posible: la democracia.

G. -Sí.

D. -¿A la explotación organizada la llamas única vía posible?

G. -Todo debe negociarse... Todos juntos... Un máximo...

D. -Te has vuelto social-demócrata: ¡hay que negociar!...

G. -¡Que no! Espera..., tranquilo... Hoy, los obreros y los patronos negocian cómo producir, cómo ponerse de acuerdo en el marco de la producción. Lo que habría que negociar es cómo superar todo eso... La elección de lo que hay que producir, la manera de producirlo y la forma de repartir los beneficios de esa producción pasando totalmente de millonarios y multimillonarios. Aquí, en los

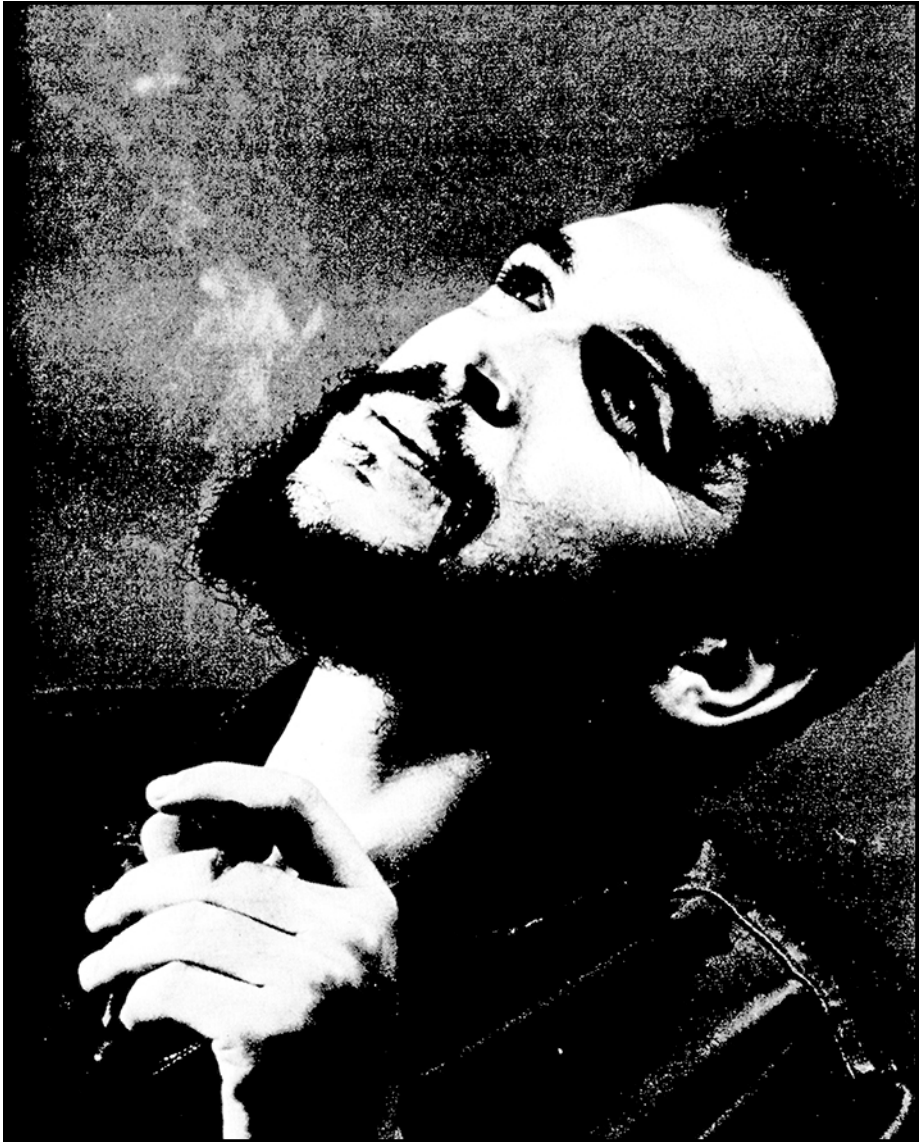
Astilleros, construimos barcos. Hace cincuenta años sólo hacíamos acero y en la edad de piedra sólo hachas de piedra. Todo se mueve, evoluciona, estamos en mutación permanente. Acuérdate. En el 68, decíamos: «¡Bajo los adoquines, la playa!» Hoy en día, hemos andado todo un camino que puede parecer duro y penoso, pero, en fin de cuentas, lleno de esperanza... Ahora... Aquí o allí... Todo puede nacer de nuevo...

D. -Yo no soy partidario de la mística. Es cierto que la playa sigue estando debajo de los adoquines, pero la playa, hoy en día, está contaminada...

G. -Pero sigue existiendo la vida. Las playas están contaminadas, de acuerdo. ¿Y los campos de concentración no estaban contaminados acaso? ¿Y la URSS no está contaminada? Y, sin embargo, siempre hay esperanza. Se vive. Se lucha. Ahí está el auténtico símbolo del 68: «¡Bajo los adoquines, la playa!» La esperanza de una sociedad más libre, más lúdica.

LA GUERRA

El 9 de octubre de 1967, nos enteramos de la muerte de Che Guevara en la jungla boliviana.



Ernesto «Che» Guevara

La revolución latinoamericana perdía ese día a su combatiente más prestigioso, pero también ese día nacía un mito.

El retrato de este hombre fue enarbolado por los manifestantes en París y en Berlín, en Roma o en Río de Janeiro. Su rostro, ligeramente melancólico, decoró innumerables habitaciones de estudiantes.

Se convirtió para toda una generación en el símbolo del guerrillero constructor de una sociedad nueva, y su famoso eslogan «Creemos uno, dos, tres Vietnams» fue una especie de credo para nosotros.

Fernando Gabeira

Río de Janeiro. Febrero de 1985

No conocí a Fernando Gabeira hasta 1984. Extraordinariamente expresivo, Fernando parece siempre a punto de ponerse a bailar al ritmo de Gilberto Gil, su músico preferido. La gente le reconoce y le manifiesta su simpatía cuando se pasea en bicicleta, con su hijo en el portaequipajes, cuando deambula por las calles de Río o cuando se toma un helado en la terraza de un café. Su energía, su dinamismo, su extravagante humor le llevaron a luchar en todos los frentes y le permitieron convertirse en un fenómeno cultural por sí solo. Cada semana, a lo largo del programa por él producido y animado para una cadena de TV privada, trata los temas tabú de la sociedad brasileña: la miseria, la prostitución, el racismo, las inhumanas condiciones de vida de las cárceles, la homosexualidad, y, sobre todo, habla mucho y a menudo de la democracia.

Tengo la impresión de haber conocido a Fernando desde siempre por otras razones: en 1969, el grupo armado del que formaba parte consiguió secuestrar al embajador americano en Río y obtuvo la liberación de cuarenta presos políticos a cambio del diplomático. La foto de los presos liberados

llegando a México permanece grabada, desde esa fecha, en mi memoria.

Guerrillero en el 69, pacifista en el 86, se plantea y plantea al mismo tiempo al pueblo brasileño una cuestión que a todos nos concierne: «¿Qué tipo de verdadera democracia somos capaces de crear?»

Dany Cohn-Bendit. -Hoy produces una emisión en la televisión, escribes, eres periodista. ¿Cómo te defines?

Fernando Gabeira. - Intento escapar a cualquier definición. Intento, de alguna manera, asentarme en una continuidad donde mis armas sean las palabras. ¡Ya sólo utilizo la palabra!

D. -Hablemos de las armas, de las de verdad. Cuando te veo tan relajado, tan bien integrado en la sociedad brasileña, me cuesta creer que hayas podido enrolarte en la lucha armada. No llego a imaginarte revólver en mano...

F. - ¡Yo tampoco!... Pero en 1964, tras el golpe de Estado que derrocó el régimen del presidente Goulart, la dictadura militar instauró un régimen muy duro, muy represivo. Yo era un jovencísimo periodista del *Jornal do Brasil*, y no podíamos ejercer nuestra profesión. Todos nosotros sabíamos que cada día se encarcelaba a gente por razones políticas, que se

la torturaba, pero no podíamos decir nada. Y empecé a plantearme preguntas sobre mi futuro: ¿quería convertirme en un tranquilo ejecutivo, con su Volkswagen y su confortable pisito, para seguir ejerciendo un pseudotrabajo de periodista bajo la bota de los militares? No era posible, no podía aceptarlo. Y como no existía otra forma de contestación política que la lucha armada, me enrolé en ella sin calibrar bien, por otra parte, los peligros de tal decisión.

D. -¿Estabas informado de las realidades de la lucha armada?

F. -No, muy mal. Leíamos muy poco. Conocíamos el libro de Régis Debray, Revolución dentro de la revolución, y estábamos muy influidos por la imagen romántica de la experiencia cubana. Pensamos que sería fácil aplicar a Brasil y a todos los países de América Latina el modelo castrista. Y, además, esa idea tenía algo de fascinante...

D. -¿Estabas también fascinado por la idea de la lucha armada?

F. -La idea de que nuestro compromiso físico haría triunfar la justicia nos atraía. Estábamos convencidos, ingenua pero sinceramente, de que nos convertiríamos en héroes. Todo el ritual que rodeaba esta decisión era fascinante. Romper completamente con el pasado, abandonar nuestra familia, nuestra casa, cambiar de nombre. Era como en el poema de

Federico García Lorca: «Mi casa ya no es mi casa y mi nombre no es mi nombre.» Nos uníamos a una sociedad secreta encargada de una misión justa y heroica. Lo encontrábamos fascinante.

D. -¿Secuestrasteis a un diplomático americano?

F. -Buscábamos un medio de hacer salir de la cárcel a nuestros camaradas, que todos los días corrían peligro de morir torturados. Nuestra elección recayó sobre ese embajador americano ya que tenía por costumbre pasearse sin escolta. Pero estábamos muy mal organizados y, el día del secuestro, casi nos equivocamos de blanco... ¡y secuestramos al embajador portugués, que no significaba nada para nosotros! Por fortuna, eso no ocurrió.

D. -¿Cuál fue exactamente tu papel en el secuestro?

F. -Yo no participé en el secuestro propiamente dicho. Esperaba en la casa donde debíamos retener al prisionero, y era el encargado de hacer llegar los mensajes a los media y recoger todas las respuestas e informaciones que pudieran sernos útiles.

D. -¿Ibas armado?

F. -Todo el rato. Llevaba siempre un revólver conmigo.

D. -¿Crees que habrías sido capaz de matar a aquel embajador?

F. -Creo que sí.

D. -¿Habrías podido hacerlo? ¿Ponerle una venda en los ojos y dispararle un tiro en la nuca en nombre de la causa brasileña?

F. -Pensaba mucho en la escena de una película de época, en la que un revolucionario mejicano ejecutaba a un americano mientras le decía: «Perdóname. Tengo que matarte para demostrar que te quiero mucho.» Yo me encontraba en una disposición de ánimo semejante.



Canje de 40 presos políticos por el embajador alemán Von Hollbern

D. -¿Le habrías matado fríamente?

F. -Fríamente, no. Le conocía... Cuando le secuestramos, para nosotros representaba únicamente el símbolo de la

tiranía americana. Es bastante fácil secuestrar un símbolo... Pero desde que estuvo con nosotros, tuvimos que relacionarnos con un ser humano.

D. -¿Hablabais con él?

F. -Mucho. Todo el rato. Le explicábamos la situación en Brasil, que conocía muy mal, y él nos hablaba de los Estados Unidos.

D. -¿Simpatizasteis?

F. -Sí, en cierta manera. Creo que cuando los hombres se ven obligados a compartir una aventura peligrosa, se crean, aunque sean adversarios, unos lazos complejos que pueden parecerse a una especie de amistad. Además, después de su liberación, declaró que no excusaba nuestro gesto, pero que comprendía nuestras razones y, más tarde, fue de los que abogaron por nuestra amnistía.

D. -Después del canje del embajador por vuestros amigos prisioneros, ¿qué pasó contigo?

F. -Tuve que esconderme y sumergirme todavía más en la clandestinidad. Fui a Sao Paulo para intentar organizar a los obreros de la metalurgia.

D. -¿Pero ya te buscaban?

F. -Sí, mucho. Estaba en la clandestinidad total.

D. -¿Erais muchos en tu organización?

F. -En Sao Paulo, cinco militantes, y en todo Brasil doscientos o doscientos cincuenta...

D. -Es poco para mover a la clase obrera. ¿Cómo te desenvolvías?

F. -Vivía escondido en una casa de la que casi no salía. La llamábamos «la nevera», porque allí estaba completamente retirado de la circulación. Sólo salía para contactar con mis corresponsales, tomando grandes precauciones. En realidad, pasaba mis días viendo la televisión. Fue allí donde comprendí la importancia de la televisión para la imaginación de la gente, el placer que experimentaban mirando las novelas (series populares televisadas). A causa de sus miserables condiciones de vida, esas imágenes de lujo, de comodidad y paz, por ridículas que fueran, les permitían evadirse.

D. -¿Cuáles eran los resultados concretos de tu trabajo militante?

F. -Nulos. Debía asumir considerables riesgos cada vez que quería contactar con algún obrero, y a la policía no le costó identificarme. Fui detenido cuando me dirigía a una de esas citas. Los policías me cercaron, intenté huir. Corrí algunos metros y me derribaron de una ráfaga de metralleta. Resulté herido muy gravemente. Me llevaron al hospital y me

atendieron. Y desde que salí de la sala de operaciones, fui torturado. La policía se encontraba en el hospital, y en cuanto no había médicos, me interrogaban. Pero era poca cosa comparado con la tortura de los demás...

D. -¿Teníais tus camaradas y tú una teoría sobre qué actitud adoptar frente a la tortura?

F. -En nuestra visión idealizada de la lucha revolucionaria, aspirábamos al heroísmo, y nos estimábamos capaces de soportar la tortura sonriendo con ironía a nuestros verdugos. Cuando me enfrenté a la realidad de la tortura, comprendí que la única actitud posible consiste en intentar dar la impresión de que se está moribundo. Es la única táctica. Pensábamos aceptar la muerte sin vacilar. Es falso. Se vacila.

D. -¿Y fuiste a la cárcel?

F. -Estuve siete meses. Salí gracias al secuestro del embajador alemán von Holleben.

D. -¿Sufriste mucho en la cárcel?

F.-Sí.

D. -¿Pensaste que no te librarías?

F.-Sí, lo pensé algunas veces. Pero sabía que mis camaradas, en el exterior, preparaban secuestros para liberarnos. Eso era reconfortante. Supe la fecha de mi liberación cuando

unos camaradas vinieron a decirme adiós, sabiendo ya que iba a ser exiliado. Así me enteré de que un diplomático había sido secuestrado.

D. -¿Qué sentiste al salir de la cárcel?

F. -Los guardianes nos hicieron creer que estábamos condenados a muerte, y que nos llevaban al lugar de la ejecución. Pero yo sabía que era falso.

D. -¿Y en el avión que te conducía a Argelia?

F. -Imagínate qué felicidad..., aquello era el delirio.

D. -Después de tu estancia en Argelia, ¿viajaste por el mundo entero?

F. -Fui a Cuba y luego a Europa: Francia, Alemania, Suecia. Trabajé para sobrevivir como todos los exiliados: trabajé en el metro, fui portero de noche en un hotel, trabajé en un cementerio, en un hospital...

D. -¿Cuánto tiempo permaneciste en Cuba?

F. -Un año y medio.

D. -Cuéntame.

F. -Los cubanos fueron muy amables con nosotros. Nos entrenaron militarmente. Confiaban en que a nuestro regreso a Brasil, haríamos la revolución. Sufrían por aquel

entonces muchos problemas de alimentación, espero que ya los hayan superado. También me sorprendió la ausencia de libertad política. Únicamente los cuadros del partido estaban informados de las realidades del mundo; el pueblo sólo sabía lo que Fidel Castro tenía a bien decirle. Estaba atónito por la desconfianza con respecto a los negros, los homosexuales, los consumidores de marihuana, siempre sospechosos de ser contrarrevolucionarios. A menudo oí decir que se arrestaba a gente sólo por ese motivo.

D. - Y el régimen, digamos, socialista democrático chileno de Allende, ¿era un ejemplo más exaltante para América Latina?

F. -En Brasil ya conocíamos todos los peligros de un régimen militar, pero la tragedia de Chile fue que el nuevo régimen democrático resultó incapaz de protegerse del golpe de Estado de los militares.

D. -Durante este largo exilio, ¿sabías que regresarías un día a Brasil?

F. -Creo que siempre lo supe. Pero lo más importante era decidir vivir, aquí y ahora. Porque el exilio, si sólo se piensa en el regreso, es también una ilusión. El regreso, el regreso...

D. -En los círculos de exiliados se cuenta que preparaste minuciosamente tu regreso en cuanto supiste que se iba a decretar la amnistía.

F. -No, minuciosamente no. Pero lo preparé. Llevaba diez años esperando ese regreso y sabía que sería algo a la vez importante y difícil. Sabía que necesitaría dinero, ropa, libros. Quería estar preparado. Sabía también que el regreso podía depararme una terrible desilusión si esperaba encontrar el país tal como lo había dejado. Todo estaba cambiado: quería vivir las cosas tal como eran ahora. El pasado no me interesaba, intenté adaptarme cuanto antes a la realidad presente, y trabajar en ella.

D. -¿Decepcionó mucho ese estado de ánimo a los que esperaban tu regreso con impaciencia?

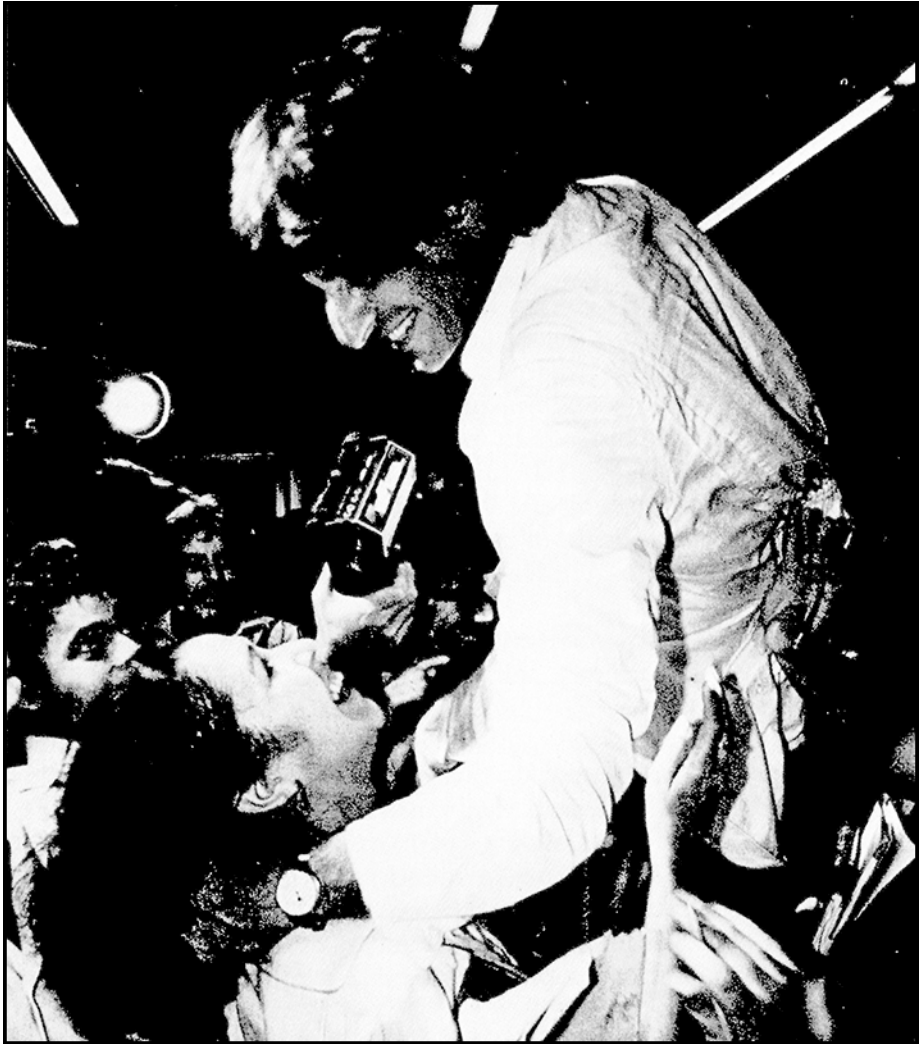
F. -Ah, sí, muchos se sintieron decepcionados. No podían creer que yo hubiera cambiado hasta tal punto. Pero habían pasado diez años, diez años a lo largo de los cuales me había cruzado con gente muy diferente.

D. -Cuando saliste de Brasil eras marxista...

F. -Sí, pero había comprendido que la explicación marxista encajaba mal con la realidad latinoamericana. Marx no pudo tener en cuenta la existencia del problema de los negros y el problema de los indios. Ignoraba las cuestiones ecológicas y no consideró para nada el problema de las mujeres.

D. -Ahora, muy a menudo abor das el problema de las relaciones hombre/mujer. ¿Quizá consideras que la

evolución en este campo es una de las formas más eficaces para mejorar las relaciones sociales en tu país?



Regreso de Fernando Gabeira del exilio. 1979

F. -A menudo hablo de ello porque noté que este tema suscitaba un gran interés en cuanto lo abordaba. La

mentalidad machista que sigue predominando en las sociedades latinoamericanas es una de las causas profundas de la tolerancia del pueblo con respecto a los poderes totalitarios. Existe una complicidad inconsciente entre el pueblo y los dictadores pues la gente está acostumbrada, desde la infancia, a someterse a la autoridad del padre. Brasil es un país donde se pega a las mujeres infieles. No se trata de subestimar las causas económicas y sociales que favorecen, en nuestro país, la toma del poder por las dictaduras militares. Pero es indiscutible que rompiendo con el machismo dominante pueden nacer tipos de comportamiento que impidan el retorno de esta forma de poder. El principio de la dictadura se disimula bajo múltiples centros de poderes microscópicos, por todas partes de la sociedad. Hay un pequeño dictador que dormita en los padres, en los maridos, los profesores, los funcionarios, y todos estos pequeños mecanismos bloqueados son los que impiden el funcionamiento de la democracia.

D. -¿Crees que un régimen de democracia parlamentaria puede implantarse en un país del Tercer Mundo como Brasil?

F. -No sé en los demás países, pero en Brasil un régimen semejante puede cohabitar con diversos tipos de acciones extraparlamentarias, y crear las condiciones de acceso a una sociedad más justa. La democracia parlamentaria será

aceptada por el pueblo brasileño. Pero más difícil resultará enseñarle la democracia en casa, en el lugar de trabajo, en las escuelas.

D. -¿Y crees que la regresión del machismo ayudará al advenimiento de esa nueva sociedad?

F. -Las mujeres construirán el nuevo Brasil. Son mayoría en nuestro país y cada día más numerosas en las universidades y en las unidades de producción. Representan el nuevo Brasil...

D. -En tu libro decías que vosotros, los guerrilleros, erais extraterrestres.

F. -Más bien cosmonautas. Un chófer de taxi me dijo un día: «Para mí, sois como cosmonautas, y os admiro porque, como ellos, habéis hecho cosas que yo no hubiera tenido el valor de hacer, que ni siquiera hubiera soñado hacer, como subir a la Luna o secuestrar a un embajador..., pero era preciso que alguien lo hiciera.» Entonces comprendí nuestro error. Si estábamos tan lejos de la tierra como los cosmonautas, nos habíamos equivocado. Permanecíamos a cien mil leguas del hombre de la calle y de sus preocupaciones. ¡Sólo éramos un espectáculo más!

Alfredo Sirkis

Río de Janeiro. Marzo de 1985

Fernando Gabeira me presentó a Alfredo Sirkis en el curso de una fiesta. El también se enroló en la lucha armada en 1970, y fue de los que secuestraron al embajador de Alemania que se canjeó por cuarenta presos políticos, entre ellos el propio Fernando Gabeira.

Alfredo es alto, guapo, rubio y simpático. Periodista y escritor, vive en un apartamento de ensueño que domina la magnífica bahía de Río y su famoso «pan de azúcar». En medio de los juguetes de niño que atestan su terraza, evocamos su vida.

Dany Cohn-Bendit. -Tú participaste en el secuestro de dos embajadores, el de Alemania y el de Suiza. ¿Cuáles fueron los motivos de estas acciones?

Alfredo Sirkis. - Durante ese período, hubo cuatro secuestros de diplomáticos en Brasil. El primero fue el del embajador americano de que te ha hablado Fernando Gabeira. Yo participé en los dos últimos. Cuando decidimos secuestrar al embajador alemán, nuestra organización atravesaba un

momento muy difícil. La represión castigaba todos los días, y más de dos tercios de nuestros camaradas habían sido muertos, o encarcelados y torturados. Estábamos desesperados. Ese secuestro fue un acto totalmente improvisado, casi suicida. Se trataba de hacer algo antes de morir. Organizamos la operación en tres días, negociamos la liberación de cuarenta de nuestros camaradas en cinco días, y el gobierno del general Medici cedió en seguida bajo la presión del gobierno alemán, en aquella época muy influyente en Brasil.

D. -Así pues, la detención de este embajador duró cinco días. ¿Qué relaciones tuviste con ese hombre?

A. -Durante esos cinco días no nos separamos. No paramos de discutir.

D. -¿Simpatizasteis?

A. - Es una situación curiosa. Sabes, el célebre síndrome de Estocolmo, ese extraño vínculo que se crea entre los secuestradores y su prisionero. Una especie de amistad...

D. -¿Y de qué hablabais con von Holleben?

A. -De política. El «Intelligence service» de la organización, que no era muy inteligente en la época (sonrisa), nos había persuadido de que era un antiguo nazi. Completamente falso: se trataba de un liberal, tal vez incluso un

socialdemócrata. Mantuvo siempre una posición muy estricta: era un diplomático agredido en sus derechos de diplomático y víctima de una injusticia. Nosotros queríamos convencerle de lo justo de nuestra posición. Hablamos de ello durante horas y horas.



Alfredo Sirkis, 1985

D. -Después fue liberado.

A. - En seguida. Más tarde, Medici, el jefe de la junta militar, confesó que si hubiéramos pedido la liberación de todos los prisioneros políticos, se habría visto obligado a ceder, tan fuerte era la presión de Willy Brandt y su gobierno.

D. -¿Fue muy diferente con el embajador suizo Bucher?

A. -Completamente. La situación ya no era la misma, la dictadura se había consolidado mucho y Bucher no tenía en absoluto la misma importancia a los ojos de los militares. Así que la dictadura quiso aprovechar esa relación de fuerzas que le favorecía para tendernos una trampa.

D. -El grupo de Gabeira había pedido la liberación de quince presos a cambio de Elbrick, el embajador americano, el vuestro, de cuarenta por von Holleben y aquí, setenta por Bucher. ¿Por qué esa inflación?

A. -Porque cada vez teníamos más camaradas en la cárcel. Pedimos, en efecto, la liberación de setenta camaradas, pero se negaron a liberar a los más importantes.

D. -¿Estuviste mucho tiempo con Bucher?

A. -Cuarenta días. Es una historia curiosa. Yo no formaba parte del comando que ejecutó el secuestro. Conducía el segundo coche y, como en el caso de von Holleben, actuaría de intérprete. Cuando Bucher montó en el coche, le dije en inglés que no debía inquietarse, que sería bien tratado y él, en seguida, ¡me echó una bronca en portugués! Hablaba un portugués excelente. Así que me echa una bronca: me dice que nos hemos equivocado, que él no es americano sino suizo, que su suerte no le interesa a nadie. Esta actitud nos

hizo reír y creó un ambiente muy especial que se mantuvo durante toda la detención.

D. -Os sentíais tan confiados que terminasteis por mostraros ante él con el rostro descubierto...

A. -Llevábamos capuchas negras en la cabeza, tipo Ku Klux Klan, con agujeros para los ojos y la boca. Hacía tanto calor que nos asfixiaban, entonces agrandábamos los agujeros para respirar mejor. ¡Y los agujeros llegaron a ser tan grandes que nuestros rostros se veían y terminamos directamente por quitarnos las capuchas!

D. -¿Pero Bucher nunca admitió vuestras posiciones políticas?

A. -No, pero detestaba la dictadura. ¡Era un tipo de izquierdas! Es decir, estaba convencido de que nuestra acción no era realista, que no teníamos ninguna posibilidad de ganar y que la lucha armada y el terrorismo desembocaban en callejones sin salida.

D. -Las negociaciones con el gobierno van mal, y proyectáis la ejecución de Bucher...

A. -Eso fue horrible, atroz. Tal vez el peor momento de mi vida. La mayoría de mis camaradas tenían los nervios destrozados. La dictadura no cedía, nosotros tampoco podíamos ceder. La única fuerza de un movimiento

revolucionario radica en su determinación, y, para mostrar la nuestra, era preciso ejecutar a Bucher. Yo había aceptado la idea de matar hombres, pues nos habíamos comprometido en una verdadera guerra, pero siempre como idea abstracta. Incluso así, ya era una cosa difícil de aceptar: pero estaba en la guerrilla, y me parecía posible, en un enfrentamiento armado, matar militares o policías, o incluso cargarse a un torturador. Pero, ahora, me pedían matar a un hombre que conocía, a un demócrata, a alguien con quien conviví durante veinte días y que se había convertido en una especie de cómplice. Entonces asumí una posición muy firme, porque la idea misma me resultaba insoportable: dije que era mejor liberarle, que eso no mermaría en nada nuestra determinación y que, por el contrario, nada nos resultaría tan desmoralizador como asesinar a un inocente. Tuvimos debates extremadamente duros, porque los partidarios de la ejecución eran amplia mayoría. Afortunadamente, el responsable del grupo no hizo caso a la mayoría y decidió no ejecutar a Bucher. Continuamos la negociación y obtuvimos la liberación de setenta prisioneros.

D. -¿Seguiste después?

A. -La guerrilla duró un año más, pero yo lo dejé al cabo de pocas semanas. La organización no resistió las consecuencias de los enfrentamientos originados a propósito de las

discusiones sobre la ejecución de Bucher. Además, la organización constaba sólo de una quincena de miembros...

D. -Si lo he entendido bien, ¿no hacen falta muchos para emprender acciones de ese tipo?

A. -No. Basta con diez o quince. Antes de 1970, éramos doscientos, después cuatrocientos, pero al final sólo quedábamos una quincena.

D. -¿A qué edad entraste en la guerrilla?

A. -A los diecisiete años.

D. -¿Eras un líder del movimiento estudiantil?

A. -Sí, pero conforme a una trayectoria completamente tradicional. Ha habido centenares de tipos como yo. En el 68 éramos lo que tú en Francia: estudiantes que salían a la calle para manifestarse. También a nosotros nos recibían con bombas lacrimógenas. Pero, al final, nos disparaban con metralleta. Hubo un «viernes sangriento» con catorce estudiantes muertos y una cincuentena de heridos. Y después, en diciembre del 68, con el decreto del Acta Institucional n.º 5, la dictadura asumió todos los poderes, y empezaron entonces los arrestos masivos, las torturas terribles. Y el movimiento estudiantil fue completamente aplastado.

D. -¿Entonces es cuando varios de vosotros decidisteis entrar en la guerrilla?

A. -Sí.

D. -¿Erais un grupo político?

A. -Éramos un importante grupo del movimiento estudiantil, del liceo de Río, decididos a ser una vanguardia popular y revolucionaria.

D. -¿Cuáles eran vuestras referencias políticas?

A. -Che Guevara.

D. -¿Realmente? ¿Sólo él?

A. -Sí. Queríamos parecernos a él.

D. -Quince años después, ¿cómo juzgas tu enrolamiento en la lucha armada?

A. -No me siento orgulloso pero tampoco me da vergüenza. La guerrilla fue un momento de la historia de Brasil, un momento de la historia de América Latina, un compromiso legítimo, aunque, desde un punto de vista táctico y estratégico, este tipo de acción resultara un fracaso. Me niego a que se nos compare a los movimientos terroristas europeos: la lucha armada contra una dictadura, cuando toda vía democrática está prohibida, es completamente distinta de las acciones armadas y de los atentados contra

un régimen libremente elegido. Dicho eso, yo creo que la lucha armada es peligrosa: lleva a quienes la practican a un cierto estilo de pensamiento, de visión política, de organización y de acción que infaliblemente les conduce a adoptar una actitud dictatorial en cuanto acceden al poder. Pero insisto en la diferencia: la resistencia armada a un régimen de fuerza dictatorial es radicalmente distinta de los atentados en los países democráticos.

D. -De todas formas hay algo de paradójico. Teníais un gobierno fascista, militar, emprendisteis una guerrilla dura, habéis matado a gente, a policías... Y, hoy, se os encuentra en un café, tranquilos, en Río, en bonitas terrazas, a ti, a Gabeira y a otros... En las democracias, ninguno de los que creyeron oportuno organizarse como la guerrilla, los que tú llamas terroristas, será nunca amnistiado. Están en la cárcel o se esconden, acosados por sus gobiernos, o, si desertaron, por sus antiguos compañeros.

A. -Me resulta bastante difícil responder a eso. Preferiría que no hubiera acciones armadas contra gobiernos democráticos, pero una vez que los tipos han hecho su autocrítica, creo que podría amnistiárseles. Sin embargo, hay cosas difíciles de admitir: por ejemplo, Aldo Moro. Si Aldo Moro hubiera estado aquí, habría luchado a nuestro lado contra la dictadura.

D. -¿Eres hoy pacifista?

A. -Absolutamente.

D. -¿Estás en contra de cualquier forma de violencia?

A. -Sí, de cualquiera. Aunque me indigne que se considere más culpable a un terrorista palestino que a un piloto israelí que arroja bombas sobre un objetivo civil. Puede indignarme esa hipócrita diferencia de trato, pero estoy absolutamente en contra de ambas formas de acción. Las guerras sólo las ganan los más fuertes, los más decididos y los más crueles, y cuando se accede al poder por ese medio, se conserva ese carácter. Es lo que les ha ocurrido a los vietnamitas que tanto admiramos y que hoy encabezan una guerra dictatorial en Camboya... Estoy seguro de que si nuestra revolución hubiera triunfado en los años 60, también nosotros nos habríamos convertido en dictadores.

D. -¿Cómo ves la disolución de la dictadura brasileña y la aparición de un movimiento de masas por la democracia en Brasil?

A. -Te lo repito: los millones de voces, los millones de brazos desarmados al final fueron mucho más eficaces que las decenas de metralletas y revólveres tras los que nos acorazamos durante aquella época. Allí donde la lucha armada fracasó, triunfó el combate pacífico.

Jane Alpert

Nueva York. Julio de 1985

Confieso que también yo estuve fascinado, en el crepúsculo de los años 60, por los tumultos guerreros.

El museo de la lucha de clases y la historia nos suministraban abundantes ejemplos luminosos: Makhno y la revolución rusa. Durruti y la revolución española, la Resistencia francesa, los Feddayin, los Tupamaros, el Vietcong... El poder estaba teóricamente en la punta de los fusiles.

Pero hubo grupos que nos tomaron la palabra. Se armaron de revólveres y de bombas. La realidad no tardó en superar la ficción. Por inhumana, terrible y triste que sea la historia del terrorismo europeo, nos prohíbe a los antiguos revolucionarios rehuir nuestras responsabilidades.

Jane Alpert, por ejemplo. Hoy, a la edad de treinta y ocho años, es la imagen exacta de esas jóvenes americanas, más o menos autónomas, que trabajan en un pequeño despacho frente a su ordenador y llevan una vida sana. Participa en competiciones para nadadores domingueros. Es posible que su apartamento revele una vuelta al modo de vida de la pequeña burguesía judía del que había huido: funcional y triste. ¿Quién podría sospechar que esta mujer dulce y

tranquila ponía bombas en 1960 para convencer a los americanos de que detuvieran la guerra del Vietnam? Vivió con Sam Melville -uno de los pocos blancos comprometidos hasta la muerte al lado de los negros en la lucha contra el racismo. Jane Alpert pasó cuatro años en la clandestinidad antes de rendirse y ser condenada a una pena de prisión con libertad condicional. Actualmente su principal combate es el feminismo.

Dany Cohn-Bendit. -Cometiste, creo, una serie de ocho atentados con bomba, a finales de 1969, principios de 1970, dirigidos a empresas que trabajaban para la guerra del Vietnam. ¿Puedes explicar qué te condujo a comprometerte en este tipo de acciones? ¿Fueron tus orígenes sociales?

Jane Alpert. - No lo creo. Mis padres fueron los primeros de sus respectivas familias que nacieron en los Estados Unidos. Nacieron en Nueva York, allí prosiguieron sus estudios y encontraron trabajo. Yo fui educada en la religión judía, aunque me rebelé muy joven contra unas enseñanzas que consideraba autoritarias y ridículas.

D. -¿Empezaste a militar en el SDS, la organización estudiantil de izquierdas?

J. -No era muy activa, participé como todo el mundo en algunas marchas pero no me entendía con la gente del SDS.

Siempre estaba peleándome con ellos. A través de los discursos de Martin Luther King fue como me instruí realmente en la lucha política. Mis padres compartían mis ideales, pero no aceptaban que pudiera militar físicamente. En el seno de mi familia se respiraba una atmósfera muy tensa. Mi padre estaba a menudo en paro, y uno de mis hermanos era minusválido. Todo eso era muy duro y por esta razón mi rebelión tomó un carácter mucho más radical que la de los adolescentes de mi generación.

D. -¿Tu judaísmo jugó un papel muy importante en tu compromiso político?

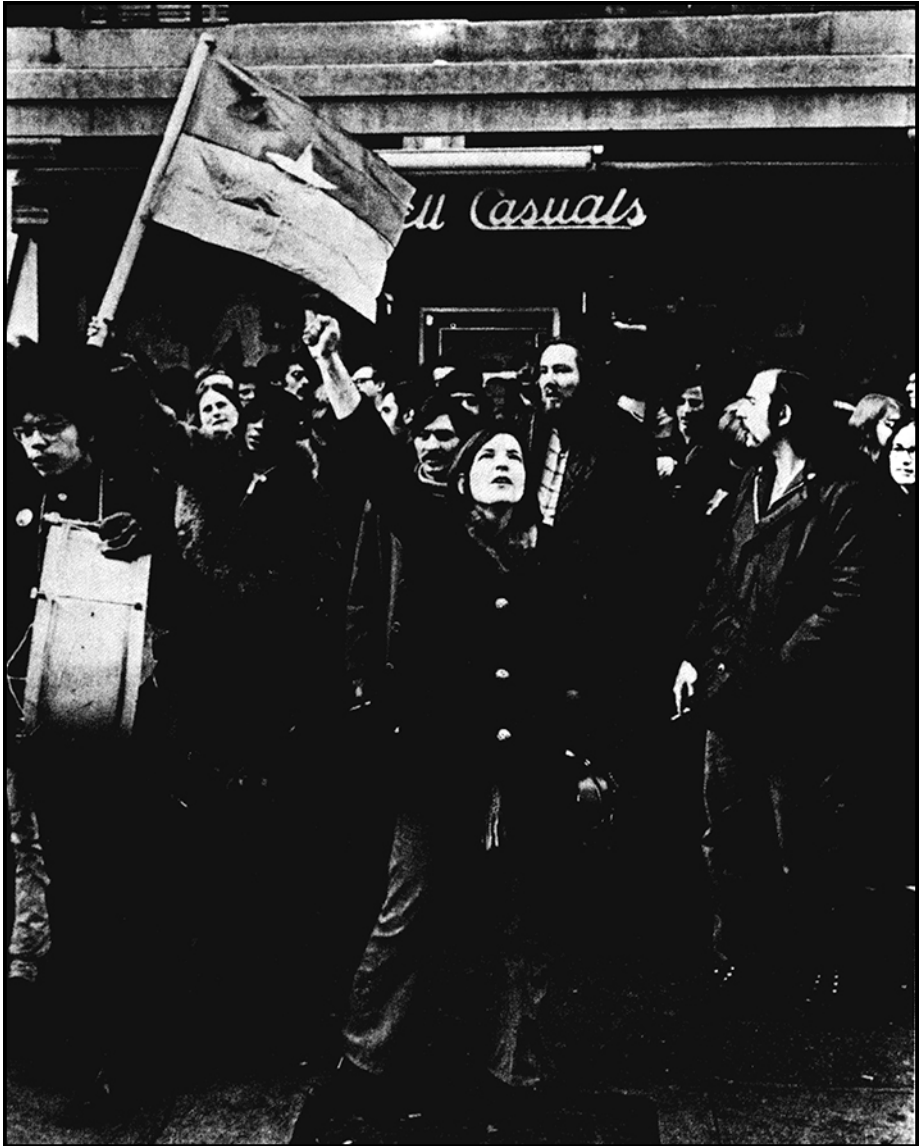
J. -La mayoría de los jóvenes conocidos míos que militaban en aquella época eran judíos. Éramos propalestinos y antisionistas. Por supuesto, ninguno de nosotros se había acercado nunca a un palestino ni estado en Israel. Nuestro prejuicio era fruto de nuestra rebelión contra esa pequeña burguesía judía en la que nacimos, contra su moral hipócrita y mezquina. Yo estaba exasperada, por ejemplo, por el respeto de mis padres a unos ritos religiosos cuyo fervor consideraba absolutamente superficial.

D. -Te comprometiste cada vez más en la lucha contra la guerra del Vietnam, hasta franquear esa etapa y cometer atentados con bombas. ¿Cómo ocurrió?

J. -Pasamos a ese tipo de acción como reacción a las interminables discusiones que no conducían a nada. Decidimos colocar bombas delante de las sedes sociales de compañías que fabricaban material de guerra y se enriquecían gracias a esa guerra. Colocábamos nuestras bombas de manera que explotasen por la noche, cuando ya no había nadie en las oficinas, y tomando la precaución de advertir por teléfono a los servicios de seguridad. Se trataba, para nosotros, de atraer la atención del público americano sobre este problema pues, aparentemente, los discursos, las marchas, los mítines y las peticiones a los políticos resultaban inútiles. Estábamos ingenuamente convencidos de que este tipo de acción afectaría a la Administración Nixon y obligaría a los políticos y a los militares a renunciar a la intervención de los Estados Unidos en Vietnam. Compartíamos sin ninguna reserva la causa del régimen de Ho Chi Minh y confiábamos con todas nuestras fuerzas en que Vietnam sería un día reunificado en un único Estado comunista. Creíamos luchar por la justicia y por los derechos del hombre. Nunca pensamos que traicionábamos a nuestro país.

D. -No cuentas que te enganchaste a ese combate clandestino por amor... Tu enrolamiento no fue el resultado de una larga reflexión política, sino de un flechazo por Sam Melville. Estabas persuadida de que Sam Melville era un

gran hombre, aunque más tarde reconociste que era más bien machista.



Jane Alpert, 1969

J. -¡Creo que exageras! Diré simplemente que para mí, al igual que para todo el mundo, vida personal y compromiso político van estrechamente unidos. Te he dicho que cometí atentados a causa de la guerra del Vietnam, para luchar contra el imperialismo, porque así esperábamos adelantar el fin de esa guerra absurda. Pero ahora tengo treinta y ocho años, en esa época tenía veintidós, y puedo decir que era una mujer muy joven, que estaba enamorada y que era muy ingenua. Mentiría si no lo reconociera, y no podría hablar honradamente de los años 60 sin tener en cuenta los factores personales... Pero eso no quita nada a la legitimidad de mis análisis políticos.

D. - Sam murió en el curso de las grandes revueltas de presos negros en la cárcel de Attica. ¿Cuál fue tu reacción?

J. -Estaba terriblemente sorprendida... Horrorizada. Fue una tragedia para mí, y más teniendo en cuenta que nos habíamos visto muy poco durante su detención.

D. -¿Estabais separados?

J. -Sí... Él en prisión y yo en la clandestinidad. Conocí a otros hombres, pero conservaba hacia él una especie de lealtad. Seguía ocupándome de él.

D. -Sam es uno de los poquísimos blancos partícipes en los motines de los presos negros. Por eso le mataron. Sin embargo, más tarde, bajo la influencia de los movimientos

feministas, le has criticado muy duramente. Le has acusado de no haber sido un «ser sano». ¿Qué querías decir con eso?

J. -Sam era muy violento, y no conseguía dominar sus impulsos agresivos. No actuaba en función de análisis políticos racionales, sino bajo el impacto de reacciones emocionales.

D. -Sin embargo, ¿le amaste?

J. -Me atraía físicamente. Además, era capaz de realizar todas esas cosas de las que la gente hablaba sin hacerlas nunca. Es increíble el número de militantes que podían pasarse noches enteras hablando sobre la necesidad de recurrir a la violencia, y que desaparecían tan pronto como se trataba de pasar a la acción. Sam, por su parte, estaba siempre dispuesto a dar el paso. Corría con todos los riesgos, encontraba el material, fabricaba las bombas, las colocaba. Yo admiraba su valor.

D. -¿Cómo viviste en la clandestinidad?

J. - Sobreviví como pude.

D. -¿Trabajabas?

J. -No. Tenía demasiado miedo a ser reconocida. El primer año viví en casa de unos amigos que se hicieron cargo de mí. Era muy humillante para mí: siempre había sido independiente en el plano financiero, desde muy temprana

edad. Además, mis amigos eran pobres, y yo temía que la escasa eficacia de mi trabajo político fuera insuficiente para justificar los sacrificios que ellos se imponían. Por eso, les dejé y me las arreglé yo sola. Hice trabajillos de secretaria, de recepcionista...

D. -¿También trabajaste con niños?...

J. -Con niños no. Fui secretaria en un liceo de chicas, en Denver, reservado a jóvenes judías ortodoxas. Es el único sitio donde pude refugiarme entre gente cariñosa y tolerante, que me aceptaron como era.

D. -¿Sabían quién eras?

J. -No, claro. Nuestras concepciones de la vida diferían mucho. Eran muy estrictos, muy arraigados a sus tradiciones. Vivían replegados en sí mismos, desconfiando terriblemente de la gente que venía de California o de Nueva York, pero admitían perfectamente que yo deseara meterme en una lucha política y social.

D. -¿Por qué y cuándo decidiste abandonar la clandestinidad?

J. -Llevaba tiempo pensándolo. Al principio, creía realizar un trabajo útil, persuadida como estaba de que la lucha clandestina constituía un acto político importante, radical y decisivo. Poco a poco, comprendí que era un error, que no

habíamos conseguido crear un movimiento real. Sólo éramos un pequeño grupo de individuos aislados, incapaces de emprender un trabajo serio. No podíamos hacer más que intentar sobrevivir. Durante cuatro años, lo intenté todo para juntar a los grupos que trabajaban en la clandestinidad y que hubieran podido unirse a nuestras propias acciones. Pero no conseguí nada. Salí de la clandestinidad a finales de 1974.

D. -¿Qué pasó?

J. -Desde el momento de mi arresto, me declaré culpable, reconociendo mi participación en los atentados. Fui condenada a tres años de cárcel. Cumplí dos, y después me añadieron seis meses cuando me negué a declarar contra otros camaradas detenidos. Nunca he aceptado declarar contra nadie.

D. -¿Fuiste interrogada a menudo?

J. -Me hicieron muchísimas preguntas. Como fui una de las primeras militantes en pasar a la clandestinidad, intentaban saber con quién había trabajado, qué contactos tenía, dónde encontrábamos las armas y los explosivos. Y yo sabía que si lograba convencerles de que el 98 % de mi tiempo había estado dedicado a intentar sobrevivir y no a militar, comprenderían que no tenía gran cosa que decirles.

D. -Cuando hoy haces balance de aquel período, ¿consigues diferenciar tus problemas personales de tus opciones políticas?

J.-Completamente. Y más teniendo en cuenta que hoy veo a mucha gente, jóvenes, pero también gente de nuestra edad, que creen adoptar una línea política justa, cuando sólo intentan solucionar sus problemas personales. A menudo me asustan. No me gusta ver cómo la gente incurre en los mismos errores que yo cometí en otro tiempo, y sé cuán duras pueden ser las consecuencias.

D. -¿Eres hoy sionista?

J. -No, pero pienso que la situación en el Oriente Medio es mucho más compleja de lo que pensábamos en los años 60. Ya no continúo siendo sistemáticamente propalestina pero, al mismo tiempo, soy muy crítica respecto al gobierno israelí. Simplemente, reconozco el derecho a la existencia del Estado de Israel, y siento que me concierne mucho lo que pasa en esa parte del mundo. Estoy persuadida de que si su existencia se viera amenazada, me manifestaría en favor de Israel. No puedo negar la atracción que siento por el pueblo judío y por ese país.

D. -Al salir de la clandestinidad, ¿eras una militante feminista?

J. -Lo era y lo sigo siendo. He luchado mucho por los derechos de las mujeres, y especialmente por el derecho al aborto. Y le sigo dedicando una buena parte de mis actividades. Trabajo con las mujeres del Planning familiar que luchan para que se mantenga ese derecho. Llevamos una lucha diaria muy dura, porque la Administración Reagan limita constantemente el ámbito de aplicación de este derecho. Queremos plantear a escala nacional este problema. Es decir, ya no soy una activista. Sabes, hoy la gente pone bombas delante de las clínicas donde abortan las mujeres. Pretenden convencer a esas mujeres de que el aborto es un crimen. Y yo me encuentro en la situación paradójica, bastante irónica, de tener que escribir textos para denunciar tales actos y extravíos. No sé lo que haría si una ley prohibiera de nuevo el aborto. Seguramente no me dedicaría a poner bombas, pero tampoco me contentaría con firmar peticiones o enviar cartas a los diputados o al presidente.

D. -¿Saldrías a la calle?

J. -No lo sé. Pero seguro que me comprometería totalmente en ese combate y movilizaría todas mis fuerzas y toda mi energía.

D. -¿El movimiento feminista ha sido entonces muy importante para ti?

J. -Tuvo una influencia determinante. Fue la primera vez que encontré un movimiento cuyas ideas y actividades me concernieron personalmente. Hasta entonces, junto con Sam, había reaccionado ante situaciones escandalosas, el racismo, el Vietnam, pero que no me atañían directamente. Entonces, de repente, me metí en luchas que sí me tocaban en lo más hondo, y conmigo a millares de mujeres que, al margen de sus opiniones políticas o su clase social, aspiraban a luchar contra el poder de los hombres.

D. -¿Tienes hoy la impresión de ser una mujer como las demás?

J. -Estoy a gusto conmigo misma, física e intelectualmente. Durante mucho tiempo, tuve problemas con la gente por considerar que pretendían obligarme a vivir como ellos. Pensaba que si nunca había dejado de correr riesgos por luchar contra la injusticia, no tenía por qué recibir lecciones de nadie. Quería seguir siendo yo misma y, hoy, en Nueva York, puedo serlo. Es una ciudad formidable que acepta cualquier modo de vida. Cualquiera que sean tus orígenes, tu cultura, tus opiniones políticas o tus creencias religiosas, puedes vivir como quieras. En ese sentido, sí, tengo la impresión de ser una neoyorkina como las demás, que trabaja, que vive, que ama, que nada. Ya sabes que me he convertido en una nadadora consumada...

D. -¿Qué podría empujarte a salir de nuevo a la calle?

J. -Una intervención militar americana... en un país del Tercer Mundo me resultaría insoportable, pero no sé, sin embargo, si saldría a la calle. Hay otros medios, y tengo hoy más confianza en los recursos de la democracia parlamentaria que en otros tiempos. Mis convicciones no han cambiado mucho, pero ya no soy tan radical. Quiero que América se oriente hacia una forma de democracia que se aproxime a la que siempre he soñado.

D. -Los americanos han intervenido en Nicaragua. ¿Es ésa la forma de democracia a la que te refieres?

J. -El paralelismo entre la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua y en el Vietnam es muy atrevido y contestable. Si se convocara a los jóvenes americanos a luchar en Nicaragua, eso sí sería una situación comparable, y el problema se plantearía de nuevo. Pero no es el caso...

Hans-Joachim Klein

En cualquier parte. Enero de 1985

El 2 de junio de 1967, un estudiante de veintiséis años, Benno Ohnesorg, muere en Berlín, alcanzado en la cabeza por la bala de un policía cuando se manifestaba contra el Shah de Persia. Se produce entonces la escalada de la violencia. Los media alemanes, los periódicos del grupo Springer se desatan.

-Rudi Duschke, el líder del movimiento, es el blanco de los odiosos editoriales. Le encontré por primera vez en Berlín en 1967 con motivo de una gran concentración contra la guerra del Vietnam. En aquella época, él ya era Rudi el Rojo, y yo Dany el desconocido...

El 11 de abril de 1968, un joven obrero de extrema derecha, extraviado por el clima de odio, pasa a la acción: dispara contra Rudi, hiriéndole gravemente en la cabeza. El movimiento se lanza entonces al ataque del grupo Springer, al que se responsabiliza de este clima. Algunos grupos pasan de la fraseología militante a la acción directa. Es el nacimiento de la Fracción del Ejército Rojo, más conocida por el público con el nombre de «Grupo Baader-Meinhof». La muerte está en las esquinas. Los atentados aterrorizan a la

clase política alemana. Holger Meins, detenido con Baader el 1.º de junio de 1972, muere en 1974 durante una huelga de hambre.

La institución carcelaria no tiene piedad, la sociedad alemana se endurece. El 5 de septiembre de 1977, un comando secuestra al jefe de la patronal alemana, Schleyer, un antiguo nazi reconvertido (con sinceridad, lo confieso) a la democracia. Schleyer es asesinado. Se desata una represión feroz. Los ánimos se encrespan.

Baader, Enslin y Raspe mueren en prisión.

El 20 de diciembre de 1975, en una Viena iluminada por los preparativos de Navidad, un joven celebra tristemente sus veintiocho años. Al día siguiente, debe participar bajo las órdenes del famoso Carlos en el secuestro de los ministros reunidos en conferencia en la sede de la OPEP. Tres hombres morirán y él será gravemente herido.

El drama de Viena será para este joven, Hans-Joachim Klein, obrero de Francfort llegado por idealismo al terrorismo, el comienzo de un largo «camino de Damasco». Indignado por esas muertes gratuitas, asqueado por la acogida triunfal que reservan al comando las más altas autoridades de los países que inspiran y financian la guerrilla alemana, no considera ni por un solo instante entregarse a la policía o denunciar a sus antiguos camaradas, pero se siente obligado a declarar:

«La violencia revolucionaria ha degenerado en oficio, convirtiéndose en el comercio asesino de comparsas cínicos y neuróticos.» En 1980, publica un libro titulado La mort mercenaire (éditions du Seuil), en el que cuenta con detalle su itinerario.

Hoy, tiene treinta y nueve años, y vive, desertor de la lucha armada, en la clandestinidad. Está entregado a su familia en medio de gravísimas dificultades morales y materiales. Tuve muchos problemas para encontrarle, y en convencerle después para que se dejara filmar. Al final, se disfrazó para no ser reconocido. Discutí con un «Don Giovanni», pero no de ópera, sino de terrorismo, sobre Carlos y la banda de Baader.

Dany Cohn-Bendit. -¿Te has disfrazado para que no te reconozcan?

Hans-Joachim Klein. - Me escondo en un lugar del mundo y por eso evito mostrarme. No quiero que la gente de mi ciudad pueda ni imaginarse quién soy. Afortunadamente todas mis fotos han desaparecido de los media, pero estoy absolutamente interesado en que se me olvide. Como estoy loco por la música clásica y por la ópera, he decidido disfrazarme. Me he vestido de Don Giovanni, un personaje que me parece fascinante.

D. -¿Cómo vives?

H.-J. -Oculto en el fondo de una pequeña ciudad, de un pequeño país. Me dedico a mi hijo. Vivo a su ritmo. Se levanta a las siete. Le preparo su desayuno, y lo tomamos juntos. Después paseamos por el jardín, donde hay columpios y toboganes. Regresamos. Hago la limpieza, friego los platos, y preparo la comida para mi mujer y mi hijo. Después jugamos y salimos a caminar. Escucho mucha música clásica y ópera. Cuando mi hijo tiene ganas de jugar solo, cojo un libro. Leo mucho, en este momento la biografía de Milena, la novia de Kafka. Total, soy un hombre hogareño.

D. -¿Te conoce la gente de la ciudad?

H.-J. -Claro, me conocen físicamente. Nos han visto a mi hijo y a mí. Conocen al pequeño pero no saben en absoluto quién soy realmente. No pueden saberlo.

D. -Pero te ven todos los días, a todas horas con él. ¿No les parece raro?

H.-J. -No. En el país donde vivo hay mucho paro. Me toman por un parado.

D. - Y cuando no tenías un hijo, ¿qué hacías?

H.-J. -Lo mismo. Salir de casa, ir al jardín, sentarme en un banco. Fijarme en cualquier papel pringoso o paquete de cigarrillos tirado por el césped. Escuchar música por la radio.

Había conocido algunos viejecillos con los que me reunía y escuchábamos mis cassettes juntos.

D. -¿Antes querías tener niños?

H.-J. -Mi infancia fue terrible, así que dudé durante mucho tiempo. Ahora, el niño es mi vida.

D. -¿Qué harás cuando vaya a la escuela?

H.-J. -No sé... Mi vida está arruinada. He hecho demasiadas gilipolleces. Ahora sólo espero una cosa: poder vivir tranquilo con mi mujer y mi chaval, y hacerles felices.

D. -¿No es un poco ingenuo como razonamiento? Dices: he hecho gilipolleces, he sido malo, perdonadme.

H.-J. -No, nunca he pedido nada a nadie. He hecho mi autocrítica, he escrito un libro. Debería ir a la cárcel, pero no soporto la cárcel, me vuelve loco.

D. -¿Tienes la impresión de haber firmado un tratado de paz con la sociedad?

H.-J. -¡Oh, sí! Desde hace tiempo...

D. -Pero no entiendo. ¿Cómo alguien como tú pudo meterse en la lucha armada? ¿El azar, las circunstancias?... Cuando te conocí, eras mecánico en Francfort, arreglaste mi coche varias veces... Me dijiste que habías tenido una infancia espantosa..., eso explica algo. ¿Puedes contármela un poco?

H.-J. -Nací en 1947. Mi padre era policía y nazi. Mi madre era judía. Había sido deportada a Ravens-brück y murió... a consecuencia de su deportación.

D. -¿Tu madre era judía y se casó con un policía alemán, un antiguo nazi?

H.-J. - Sí, es increíble..., es algo que me atormentó durante años. Todavía no consigo entenderlo. Es inimaginable que en 1947, una judía, antigua deportada, pudiera tener un niño con un nazi... Pero el niño, ¡soy yo!

D. - Se ha dicho que la guerrilla internacional era antisemita. ¿Te ha afectado?

H.-J. -Sí. Existe el ejemplo de la famosa lista, la que se encontró en Londres, donde figuraba el nombre de Menuhin, el célebre violinista. Carlos quería cargárselo únicamente por ser judío.

D. -¿Tú viste esa lista?

H.-J. -No, nunca la vi. Pero sé que es verdad. Tampoco te puedo decir dónde estábamos en esa época. También está la historia de que el propio Carlos fue a Londres a «ocuparse» en persona del propietario de Marks and Spencers, un judío llamado Sieff o algo así. Llamó a su puerta y le pegó un tiro en la boca. Simplemente porque era judío. Sobrevivió, ¡pero te imaginas en qué estado, y con qué rostro!



D. -Y todo esto, ¿no lo sabías ya antes?

H.-J. -No, casi no tenía contacto con Carlos.

D. - Empecemos de nuevo: hálame de ti, antes de tu encuentro con Carlos.

H.-J. -Bien, mi madre ha muerto, y mi padre, desde mi nacimiento, me coloca en una guardería. Estoy allí hasta los cuatro años, después me confía a unos padres putativos, a una mujer de cuarenta años que nunca había estado casada y que vivía con sus propios padres. Eran buenos. Iba a un jardín de infancia regentado por unas religiosas. Conservo algunos recuerdos: recuerdo especialmente a una hermana que estaba matando a una gallina. Le cortaba la cabeza con

un hacha. Debió de fallarle o algo así, pues, aún hoy, veo aquella gallina correr sin cabeza, sangrando, a través del patio... Otra vez, en la iglesia, no me atreví a pedir permiso para salir y me hice mis necesidades en los calzoncillos. Para castigarme, me encerraron durante mucho tiempo en una cabaña. Ya te lo he dicho, no soporto la idea de estar encerrado, me volví loco. En la cabaña había un hacha, y lo destrocé todo.

La primera catástrofe real me cayó encima a los diez años. Llega mi padre anunciándome que iba a tener una nueva madre y muy pronto un hermanito, y que me llevaba con él. Al nacer mi hermanastro, me cogió literalmente odio. Me pegaba bajo cualquier pretexto, me encerraba durante varios días en mi habitación o me hacía copiar la misma frase mil veces.

Un día, mi deseo de libertad me empujó a abrir la jaula del periquito de mi padre. Me molió a palos. Yo tenía entonces un solo amigo. Vivía cerca de mi casa con una familia muy simpática. Fui a pasar la noche con él y, al día siguiente, me dirigí a la protección de menores para que verificasen el estado de mis heridas. Ahí me hacen contar mi historia... ¡y me reprenden severamente por haber liberado el periquito! Y luego me devuelven a casa.

Después de esta historia, las violencias se calman un poco. Tras la obtención del certificado de estudios, hago un aprendizaje como mecánico de automóviles.

Pero el ambiente de mi casa seguía siendo infernal. Me fugué unas cuantas veces y, a los quince años, supliqué que me metieran en un reformatorio. Una vez allí..., mi primer contacto fue con un educador que a modo de bienvenida me sacudió como nunca en mi vida, y eso que soy un experto... Sin duda lo hizo para darme una idea de sus métodos educativos. Pasé allí un año y, para mayor vergüenza, me fugué para volver a casa de mi padre.

Entonces, como me había vuelto más fuerte que él, dejó de maltratarme físicamente. Pero me repetía que yo acabaría en la cárcel, hablaba durante todo el santo día de los cochinos negros, de los macarroni..., y entonces fue cuando me enteré de lo que ignoraba: mi madre era judía y había sido deportada.

A los dieciocho años conocí a una chica, tan colgada como yo, a quien sus padres también pegaban. Decidimos hacernos novios, pero ambas familias acogieron muy mal la noticia. Luego hago amigos, una pandilla bastante triste, chorizamos coches. Me dejó arrastrar a dar una paliza a un homosexual. Mi amiga me planta por otro de la pandilla, y me encuentro en prisión por robo de coches. Ocho meses y libertad condicional durante tres años. Me dejan salir a

condición de vivir en casa de mi padre y de encontrar trabajo. Me hice ayudante en un almacén, y allí, por primera vez, encuentro a compañeros de izquierda. Descubro la amistad, comienzo a tener una conciencia política, me pongo a leer mucho, especialmente en la mili, que la paso casi toda en el calabozo. Leo a Mao y toneladas de textos políticos. Mis compañeros eran más bien objetores de conciencia, yo había querido ir a la mili para atacarla por dentro y aprender el manejo de las armas... Total, me politizo cada vez más. Participo en el movimiento estudiantil, en el movimiento de los squatts y, por fin, tras la detención de Baader y de los demás, decidimos crear un «Socorro rojo» para luchar contra las condiciones de detención.

Como no oculto mi simpatía por la Fracción Ejército Rojo, y ellos necesitan camaradas «legales», me contactan. Me reúno con ellos y les digo que les apoyo, pero que ni hablar de mojarme.

Presto algunos servicios: cambio de divisas en un banco, les busco un apartamento por una semana. Pero aquí se estropea la cosa porque, contrariamente a lo convenido, insisten en quedarse más tiempo. Me hacen chantaje. Me enfado con ellos, pero sigo apoyando activamente a los prisioneros.

D. -Después, te vas a luchar al lado de los palestinos. Con tu historial familiar, tu madre judía y todo eso, ¿era lógico encontrarte de ese lado?

H.-J. -No, creo que no. No sé cómo explicarlo. Me impliqué emocionalmente en esa historia, cuando en realidad mi pasado no debía llevarme a ello. ¿Por qué los palestinos? Hay un proverbio que dice: «Cuanto más lejana está la revolución, más seductora es.»

D. -Es Carlos quien te lleva hacia los palestinos. ¿Cómo ocurrió? ¿Un día, fue a verte y te dijo: «Tú eres mi hombre»?

H.-J. -Nada de eso. Nos encontramos tras un largo recorrido. Como delegado en el Seguro rojo, participaba en los mítines y me movía un poco por todas partes. A mi alrededor, se hablaba mucho de los movimientos de guerrilla, nacionales o internacionales. Después, fui contactado por Boese.

D. -¿Quién era este Boese?

H.-J. -El jefe de las Células revolucionarias. Podemos hablar de él. Ha muerto.

D. -¿Murió en Entebbe?

H.-J. -Sí. Le mataron los israelíes.

D. -¿Cómo te localizó?

H.-J. -Sabía que yo era muy activo en las manis, yo era un fanático de las armas y, un día, me llevó con él a unas armerías.

D. -¿Qué quieres decir?

H.-J. -Yo coleccionaba todas las revistas sobre armas, leía todo lo que encontraba sobre el tema. Estaba harto de las manis, de los squatts, sabía muy bien que eso no servía para nada. Me sentía frustrado, estaba harto del legalismo. La Fracción del Ejército Rojo había comenzado a colocar bombas. Holger Meins había muerto en huelga de hambre, y yo estaba indignado, asqueado, superexcitado. Entonces, decidí pasar a la clandestinidad.

D. -¿Había ramificaciones internacionales entre las guerrillas?

H.-J. -Mira, colega, puedo contarte cómo yo mismo fui a entrenarme en la lucha armada en un campo, en alguna parte de un país árabe. En el mismo campo, un poco más abajo, había fascistas, entrenados por los mismos hombres que nos entrenaban a nosotros.

D. -¿Qué fascistas?

H.-J. -Los falangistas de derechas. Era un campo inmenso. Arriba, nuestras casas. Abajo, las suyas. Geográficamente, estábamos separados, ipero ellos cantaban sus canciones

fascistas, y nosotros, digamos de extrema izquierda, nuestras canciones revolucionarias!

D. -¿Qué hacían allí los falangistas?

H.-J. -Entrenamiento en la lucha armada, como nosotros.

D. -¿Por los palestinos?

H.-J. -Por los palestinos del grupo de Waddi Haddad. Su líder se llamaba Abu Hani. Ahora ha muerto.

D. -Volvamos a tu itinerario. ¿Cómo llegas a Carlos?

H.-J. -Así que realicé pequeñas acciones con las Células revolucionarias. Viajamos mucho, sobre todo por Alemania. Un día, Boese me propone llevarme a París. Allí, me acompaña a casa de alguien a quien tomé por un mafioso italiano: Ilitch Ramírez Sánchez, alias Johnny, alias Salem, Carlos para el público. Entre ellos hablaban inglés, y en aquella época yo no entendía ni una maldita palabra en esa lengua. Entendí sólo que hablaban de dinero: un millón de marcos. Boese me explicó que se trataba del pago de billetes de avión falsos. Mis preguntas les molestaban visiblemente. Más tarde, me enseñó sus armas, granadas de mano, explosivos, etcétera. Todo el material que caería más tarde, cuando se produjo el tiroteo con la DST en el que murieron dos agentes de los servicios secretos. ¡Y donde él mismo ejecutó a su mejor amigo! Se llamaba Michel Moukarbel, y

yo le quería mucho. Un gordito muy amable que se movía todo el rato y que no paraba de bromear. Desgraciadamente sólo hablaba árabe y francés, lo que limitaba nuestras relaciones. En lo que se refiere al tren de vida, tenía gustos lujosos, como Johnny. Ni qué decir tiene que, más adelante, cuando actuábamos juntos, nosotros vivíamos en apartamentos miserables y ellos en palacios. ¡Razones de seguridad, como decían ellos! En resumen, en aquel momento no habría podido imaginarme que Carlos mataría a Moukarbel. Oficialmente, fue ejecutado como traidor porque había trabajado para la DST. Pero, un año más tarde, Carlos me dijo textualmente: «No maté a Michel Moukarbel porque era un traidor sino porque era un cobarde. No sé lo que le hicieron los de la DST o los tipos de Beyrouth que, después de sacarle de chirona y de dejarle marchar a París, anunciaron su llegada a la DST. Tal vez le torturaron o le drogaron. Lo cierto es que lo contó todo, eso está claro. Y cuando empecé a disparar sobre los tres agentes de la DST, se metió en un rincón y se llevó las manos a la cabeza, en lugar de ayudarme. Por eso le metí dos balas en la nuca.» ¿Cómo podré comentar tantas atrocidades?

D. -¿Pero cómo explicas la fascinación que ese hombre ejerció sobre ti?

H.-J. -Para empezar, tengo que repetirlo, ignoraba por completo todos los horrores que acabo de contar. ¿Qué me

fascinó? Su soltura, su gusto por el lujo, sus armas, el hecho de que hablara seis idiomas, las cantidades disparatadas de periódicos que leía en otras tantas lenguas, su conocimiento de los acontecimientos políticos, del mundo entero, su casa atestada de explosivos. Para mí, era un gentleman terrorista.

D. -Un poco a lo James Bond...

H.-J. -Sí, un James Bond revolucionario, alguien que renunciaba a su agradable vida en Venezuela por el peligroso oficio de guerrillero. Había salido de un medio burgués de los más altos y no lo ocultaba, incluso justificaba así su gusto por el lujo en materia de restaurantes u hoteles. Además, no jugaba a los jefes. Me trataba de igual a igual. Yo creía, me parecía, que llevaba una vida de «héroe». Y ahora mira lo que hizo de la mía.

D. -¿Cuál era el objetivo exacto de la operación contra los ministros del petróleo en Viena? La operación que te obligó a vivir como vives hoy.

H.-J. -Teníamos dos objetivos. Un objetivo militar que consistía en secuestrar y tomar como rehenes a todos los ministros presentes, y un segundo objetivo, mucho más importante, que era un objetivo político: Debíamos volar con todos los ministros a bordo y acompañarles a sus países, donde, en cada escala, sólo serían liberados a cambio de que

sus gobiernos aceptaran difundir una declaración propalestina.

D. -¿Qué piensas hoy de aquello?

H.-J. -Que fue absurdo y loco. Y que además estropeé mi vida...

D. -¿Y decidiste romper?

H.-J. -Más tarde, cuando estábamos en el campo palestino, lo vi todo claro y tomé la decisión. Hablaban de tres personas a las que se habían cargado por nada en Viena. Como yo había participado en operaciones peligrosas y estaba completamente comprometido, hablaban libremente delante de mí, persuadidos de que ya no podía dar marcha atrás. Entonces fue cuando decidí desaparecer.

D. -¿Cómo ves tu futuro?

H.-J. -La única esperanza que tengo, es que me dejen -a mí, a mi mujer y a mi hijo- en paz. Por ahora, es mi única esperanza.

Valerio Morucci

Cárcel de Paliano. Agosto de 1985

La violencia acompañó permanentemente al movimiento extraparlamentario italiano de los años 70: atentados de extrema derecha, bombas asesinas en las estaciones, los trenes y los bancos. A esta estrategia del terror, el antifascismo militante contestaba con cócteles Molotov y con acciones de comandos.

Después las Brigadas Rojas aceleraron el movimiento, atacando al «enemigo de clase», como ellos decían, y no dudaron en disparar a las piernas de los ejecutivos y de los jefes antes de llegar a cometer secuestros y asesinatos...

En 1974, tras la autodisolución de «Potere Operaio» (Poder Obrero), un grupo izquierdista italiano con el que tuve muchos contactos, Valerio Morucci y Adriana Parranda se unen a las Brigadas Rojas. Y rápidamente se integran en la dirección estratégica de esta organización.

En marzo de 1978, participan en el secuestro de Aldo Moro, el dirigente de la Democracia Cristiana, pero se oponen en vano a su ejecución. Decepcionados y desengañados, se

desolidarizan públicamente y con escándalo de sus camaradas, y abandonan las Brigadas Rojas: Siguen en la clandestinidad, y después son detenidos, juzgados y condenados, ella a una pena de treinta años, él, cuatro veces a perpetuidad.

Naturalmente, tuve grandes dificultades para obtener la autorización para entrevistarles en la prisión. Una cuestión llevaba tiempo obsesionándome: en los años 70, ellos y yo éramos militantes de extrema izquierda. Ellos se convirtieron en terroristas, yo en pacifista. ¿Por qué?

Dany Cohn-Bendit. -Inútil decir hasta qué punto me resulta difícil entrevistaros aquí, en la cárcel, pues tú, Valerio, has sido condenado a perpetuidad, y tú, Adriana, a treinta años... ¿Qué representa para vosotros dos, la idea de pasar treinta años o toda la vida en prisión? ¿Cómo pensáis en el futuro?

Valerio Morucci. -Evidentemente, no pensamos en él de una manera realista. Es bastante impreciso...

D. -¿Vivís en el pasado o en el futuro?

El. -Existe el presente, la cárcel, y un futuro bastante confuso. Impreciso, fuera del tiempo, sin lugar. Si no, creo que todos los problemas del encarcelamiento surgirían con

mucha fuerza. Así que pienso en lugares abstractos, indeterminados, como el mar o el campo, en paisajes muy bellos, pero evito recordar los lugares precisos en los que hubiera podido vivir...

D. -¿Y tú, Adriana?

Adriana Parranda. - Más o menos lo mismo. Pero yo me convengo de que no cumpliremos la totalidad de la condena. Por eso, hoy vivimos intentando inventar las mejores condiciones posibles para soportar la detención. Intentar pensar en la eventualidad de un trabajo, de una salida. Esta es, para nosotros, la única manera concreta de pensar en el futuro.

D. -¿Qué haces durante el día, estudias?

Ella. -Estudiamos, sí. Nos hemos apuntado a cursos que, aunque no nos aseguren calificación profesional, al menos nos permiten mantener un contacto con lo que ocurre fuera. Cursos de informática. Tal vez perspectivas para el futuro... En cualquier caso, nos permite estar culturalmente conectados con el exterior.

D. -¿Lees mucho?

Ella. -Sí, pero no demasiado... Existen otras actividades.

D. -¿La música?

Ella. -La música existe...

El. -...¡Por encima de todo!

D. -¿Qué tipo de música?

Ella. -Música clásica o rock.

D. -Me han dicho que te gustaba mucho Bruce Springsteen.

Ella. Sí.

D. -¿Y a ti?

El. -¡A mí también, evidentemente!

D. -¿Cuándo llegasteis a esta cárcel?

El. -Hace diez días.

D. -¿Y por qué ésta?

El. -Es la más cercana a Roma que ofrece condiciones adecuadas para esta entrevista.

D. -¿Cuánto tiempo lleváis en la cárcel?

El. -Seis años. Durante los primeros años, recorrimos las cárceles especiales. Después Roma...

D. -Os han reunido para esta entrevista, pero ¿os veis cada día?

El. -Nos vemos por la tarde.

Ella. -Y también para seguir los cursos... Aquí hay un local donde esperamos poder seguir haciendo informática para no perder los conocimientos adquiridos.

D. -Para vosotros, ¿existe la sociedad fuera de la cárcel?

Ella. -Percibimos sus ecos gracias a los que vienen de fuera para los encuentros de carácter cultural, o los seminarios de estudio. Aparte de eso, está la prensa y la televisión, aunque en realidad no proporcionen una imagen real de todo lo que ocurre.

D. -¿Es la televisión uno de los media importantes para vosotros?

El. -No tanto por lo que dice oficialmente que, como de costumbre, sólo da cuenta de las cosas de una manera fragmentaria, como por las imágenes que nos permiten ver la manera de moverse la gente, de hablar, de vestirse.

D. -¿Han cambiado mucho las cosas en seis años?

El. -Me parece que sí...

Ella. -Creo que hay algo que ha cambiado de manera bastante fundamental, la manera de afrontar los problemas, la manera de estar juntos. Por ejemplo, la gente de veinte años me parece muy diferente de nosotros, de lo que éramos...

D. -¿Cómo diferentes?

Ella. -Nosotros éramos más radicales.

D. -Tal vez... Pero la música de hoy también os gusta. Alguien que tiene hoy veinte años escucha al Bruce Springsteen que a ti te gusta...

Ella. -Desde luego... Sin embargo, mira, tengo una hija de catorce años. Sé muy bien que su forma de estar con los demás adolescentes, con las personas que le son cercanas, es muy diferente de la nuestra de entonces. Nuestra actitud era más radical, y también menos concreta. Y, sobre todo, más directamente política...

D. -¿Viene a verte tu hija cada semana?

Ella. -Cada quince días. Pasamos una hora juntas, a veces hora y media si la entrevista se puede prolongar un poco.

(Largo silencio. He preferido no desarrollar ese doloroso tema.)

D. -Después de seis años de cárcel, ¿qué significan treinta años, o la cárcel de por vida?

El. -Nada. Son cifras abstractas, tan lejanas que resulta realmente imposible referirse a ellas de manera concreta. Podrían muy bien ser cinco o veinte o cuarenta... Ahí hay una medida indiferenciada, indefinida. La única relación que

se puede tener con ello es una relación de exorcismo. Intentar exorcizar esa realidad, haciendo proyectos que son también sueños. Por ejemplo, me he comprado una moto (risas), una vieja Bonneville. Es como una apuesta. Seguramente la tiraré dentro de unos años porque ya estará oxidada. Ya es vieja...

D. -¿Ya la has tocado?

El. -No, nunca. He visto fotos que miramos, que nos pasamos, está ahí, esperando a que vayamos a dar una vuelta. Probablemente cuando salgamos se habrá deshecho...

D. -¿Crees que saldrás?

El. -Sí. No podría vivir si no lo pensara. No se puede vivir en la cárcel sin la idea de una liberación futura.

D. -¿Cómo te explicas que ese Estado al que habéis combatido duramente pueda ser relativamente liberal con vosotros? En comparación con Alemania, vuestras condiciones de detención son casi ejemplares...

El. -Italia es un país con profundas tradiciones humanitarias, al contrario que los países del Norte, Alemania incluida. Siempre hay una extremada compasión, una solidaridad con el preso. No con el criminal. Pero cuando el criminal se convierte en preso, se desata un fenómeno de solidaridad

que impide ver la cárcel como un lugar de castigo, de dureza. Aquí, aunque las condiciones de vida carcelaria hayan sido muy duras, sobre todo antes de la reforma de 1975, la gestión de las cárceles ha cambiado recientemente. Se ha vuelto más abierta, especialmente para los presos políticos.

D. -¿Cómo te consideras en la cárcel, como un preso de Estado? ¿Como un delincuente?

Ella. -Pienso que, cuando era libre, cometí toda una serie de errores que me llevaron a la cárcel.

Ya no consigo considerarme como un preso de Estado. Ya no estoy en conflicto con el Estado, y no veo mi encarcelamiento como un acto político del Estado contra mí.

El. -Pero sí de la sociedad... No del Estado, porque ya no lo identifico con el enemigo absoluto. Sin ninguna duda somos prisioneros de nuestros errores, pero también de los errores de la sociedad. Somos conscientes de nuestros errores, y los asumimos, pero también me siento portador de una serie de errores generales, de problemas que no quieren afrontarse y que se dejan aparte. Y si estamos en la cárcel, es a causa de nuestros errores, por supuesto, pero también a causa de esa voluntad de tapar los problemas, de ese rechazo a vernos como los hijos de esta sociedad...

D. -Intentemos dar marcha atrás.

Ella. -Para mí, hubo en primer lugar la aventura colectiva de una generación que quería hacer la Historia. Y por encima de todo me guiaba una Rebelión muy fuerte, indomable. No creo haber sentido el gusto por la aventura individual, lúdica. Por lo que a mí respecta, esto siempre fue una cosa muy seria.

D. -El sentido de la rebelión, ¿era la escuela, el movimiento estudiantil?

Ella. -En la escuela no viví nada. Pero llegué a la universidad a finales del 68, allí fue donde nació la rebelión y me condujo al movimiento estudiantil. Pero la rebelión se refería sobre todo a la crítica de la enseñanza que se nos impartía, a la voluntad de poder modificar los programas en un sentido menos clásico... Y, después, mi rebelión se extendió, se hizo general, contra las relaciones dominadas por el dinero, contra los muertos en las fábricas, contra la pobreza en el Sur. Al principio, era una rebelión individual contra la familia y la cultura, manifestada en la ropa, los modos de vida... En un principio el movimiento estudiantil me pareció una perspectiva revolucionaria, después la contestación se fue extendiendo hasta alcanzar a toda la organización de la sociedad.

D. -¿Entonces es cuando ingresas en un grupo izquierdista, Potere Operaio?

Ella. -Sí, pero no tardé en darme cuenta de que esa actividad política no producía nada concreto. Su incapacidad me llevó a decidir que sólo un proceso revolucionario y armado podía ser eficaz.

D. -¿Y tú, Valerio?

El. -Entramos en las Brigadas Rojas a causa de la crisis de movimientos como Potere Operaio o Lotta Continua. Allí, intentamos unir intervención armada e intervención política, considerando la primera como complementaria de la segunda, concebida como un apoyo para la conquista de unos objetivos, el fortalecimiento de la lucha y de las «conquistas proletarias», como decíamos en aquella época. En realidad, nunca funcionó: nunca se unieron ambos aspectos, ni en la organización ni en el terreno...

D. -Hoy en día, ¿te sigue pareciendo necesaria la intervención armada?

El. -No. Las armas sólo permiten derrocar al Estado. Así que nos encontramos ante una alternativa muy pobre, entre lo que propone el Estado y la sociedad proletaria... Hoy pensamos que se debe actuar desde dentro para transformar ese Estado al que consideramos como una máquina terrible, cuando, en realidad, es elástico, dinámico, susceptible de modificaciones e intervenciones, pero a condición de conseguir producir una alternativa.



Valerio Morucci en el proceso a las Brigadas Rojas

D. -¿Una alternativa de qué tipo?

El. -En las relaciones sociales, en la forma de producir, de vivir... Aquí es donde hay que oponerse a las opciones del Estado y resolver los problemas de otra manera. Contentarse con una crítica del Estado conduce a una lucha abstracta, política.

Ella. -No estoy de acuerdo. Servirse de las terminologías del pasado puede llevar a confusión. La alternativa, para mí, es una forma general de afrontar los problemas, que pasa por las relaciones entre la gente, por el discurso... En una sociedad tan compleja como la nuestra, eso se sitúa fuera de la historia. Todo es más móvil, más indeterminado, más abierto de lo que pensábamos...

D. -¿Pero, en el hecho de tomar las armas, había también toda una dimensión de aventura? Vivir de forma clandestina, el peligro... ¿No era únicamente político?

El. -Convertirse en sujeto histórico, convertirse en un agente de la historia, en ese sentido, sí, era la aventura. Detrás de algunas de nuestras opciones, estaba el intento de redimir nuestra presencia en el mundo, nuestra inexistencia. En aquellos años, no había ninguna actividad cultural suficientemente amplia para la juventud. Vivíamos en un microcosmos, desconocido por la sociedad, casi clandestino. Italia está más hecha de presencia en la historia que de presencia en el mundo. Para nosotros, fue un intento de redimir esa ausencia, tan grande era el retraso cultural y político del país. Convertirse en actor de la transformación de la historia... Esta voluntad te hace llegar rápidamente al terreno de la violencia. También existía otra dimensión de la aventura, más lúdica, una especie de juego: cómo ocultarse, eliminar al enemigo, salir de noche sin ser visto. Era muy fuerte...

D. -¿Cómo se produjo el paso del juego a la contestación armada?

El. -Como una consecuencia lógica, ¡pero también como en el cine! En un principio, teníamos una relación mítica con el cine, sobre todo con el cine americano. Todo era vivido en términos de ficción cinematográfica. La gente no moría de

verdad, la película terminaba, todo volvía a empezar. En un momento dado, la máquina se embolsó. Lo que pensábamos, la ruptura necesaria con el Estado, etcétera, se convirtió en un ataque contra el Estado para destruirlo. El juego se hizo más violento, y lo que nosotros vivíamos como una metáfora, estalló de repente. La lucha armada se convirtió en una realidad, llegábamos hasta el fondo del discurso, que sosteníamos sobre el juego de las armas.

D. -¿Fue Moro la última consecuencia?

El. -Sí. Primero fue el reto por las armas. Después Moro, como reto absoluto al estado de las cosas en Italia. Era como la finalidad del juego, como los niños que hacen unos prisioneros a los que a continuación hay que liberar. Este secuestro fue a la vez el juego y la tragedia. Era la única acción que respondía a ambos aspectos. Algunas habían sido solamente lúdicas, sin toma de rehenes, sin homicidio, otras habían sido solamente trágicas. La acción Moro, por sus repercusiones, era ambas cosas: nosotros, jóvenes de nuestra generación que desafiábamos a la sociedad, secuestramos a su mayor representante, al jefe de los enemigos... (Largo silencio.)



Adriana Ferranda en la cárcel, 1985

D. - ¿Y cómo tomasteis la decisión de criticar a las Brigadas Rojas?

Ella. -¡No fue una revelación, una mañana después de una noche de interrogantes! No. Fue un largo proceso que duró mucho tiempo. En un momento determinado, se hizo prácticamente imposible conciliar la crítica abierta y la acción militante en el interior de una organización como las Brigadas Rojas. Digamos que la maduración de una serie de críticas, de emociones, la conciencia de un alejamiento creciente con respecto a la sociedad, la evolución de los

individuos, todo esto determinó una crisis bastante violenta que llevaba tiempo incubándose. Había, por una parte, una dimensión existencial: tener dudas políticas conduce ineluctablemente a tenerlas sobre el tipo de trayecto que se recorre, y, por lo tanto, también sobre los medios que se eligen... No es solamente político. Nuestras experiencias eran también impulsos idealistas, emoción... Estábamos implicados de una manera demencial.

D. -Cuando abandonaste las Brigadas Rojas, te fuiste con las armas de la organización. ¿Por qué?

El. -Porque no querían darnoslas, querían quedárselas... Las cogimos y las guardamos, las guardamos porque las habíamos cogido y porque entonces era difícil tirarlas. Pensábamos que había llegado el momento de no servirse más de las armas, y que lo que hacían las Brigadas Rojas era una locura. En el interior de una lucha, de un proceso revolucionario, me parecía indispensable poseer armas. Pero no para servirse de ellas. No para matar. Nuestra partida estuvo motivada por la crítica de esta práctica del homicidio indiscriminado, que había terminado por carecer de sentido. Para mí, las armas debían utilizarse como protección durante las acciones, las fugas... Una defensa.

Ella. -No sólo el homicidio se afirmaba como práctica constante de la lucha, sino también el discurso sobre la destrucción, único valor de las organizaciones armadas.

Nosotros estábamos convencidos de que si, al mismo tiempo, no construíamos algo nuevo, auténtico, palpable, sólo quedaría una acción vacía y ciega, exclusivamente destructiva. Este era el otro aspecto de la cuestión, la incapacidad de producir algo positivo.

D. -¿Qué quiere decir hoy la palabra revolución?

Ella. -Ya nada. Está vacía de sentido. Yo creo en una posibilidad de evolución social. Pero ya no creo en absoluto en las mutaciones radicales.

El. -Militancia y revolución corren parejos. Y la militancia es una palabra que debe borrarse del vocabulario porque conlleva consigo el fanatismo, la radicalidad, la exasperación que impiden crear unos modos alternativos de vida. En cuanto a la revolución, es un concepto mecánico que puede aplicarse a la política, pero que en primer lugar es astronómico: una cosa reemplaza a otra. Una revolución nunca es un acontecimiento. Como máximo, un largo proceso histórico que produce mutaciones. Nosotros fuimos, sin duda, los últimos en referirnos a la ideología que produjo este tipo de conceptos. La agotamos llevándola hasta su desenlace...

D. -Si un joven te dijera: quiero tomar las armas contra la sociedad, ¿qué le responderías?

Ella. -Puedo intentar transmitirle, lo más rápida-mente posible, lo que he vivido, contarle su inutilidad, hablarle de la amargura que produce... Pero sin duda eso no serviría de gran cosa: un joven difícilmente puede ser convencido por el discurso de otro, sin que previamente viva su propia experiencia. Intentaría disuadirle realmente. Pero también intentaría evitar que se produjesen las condiciones que favorecieran su entrada, la suya y la de otros jóvenes, en la lucha armada.

LA DEMOCRACIA



Festival Pop. Powder Ridge

Después de Praga, después de Santiago, después de los claveles marchitos de Portugal, después de los ahogados del mar de China, después de Camboya y el horror del terrorismo, después de tantos sufrimientos, tantos fracasos, tantas decepciones, la revolución ha perdido a uno de sus fieles.

Hoy en día, la idea misma de revolución ha desertado de la imaginación de nuestros contemporáneos. Hemos tenido que someternos al formalismo democrático.

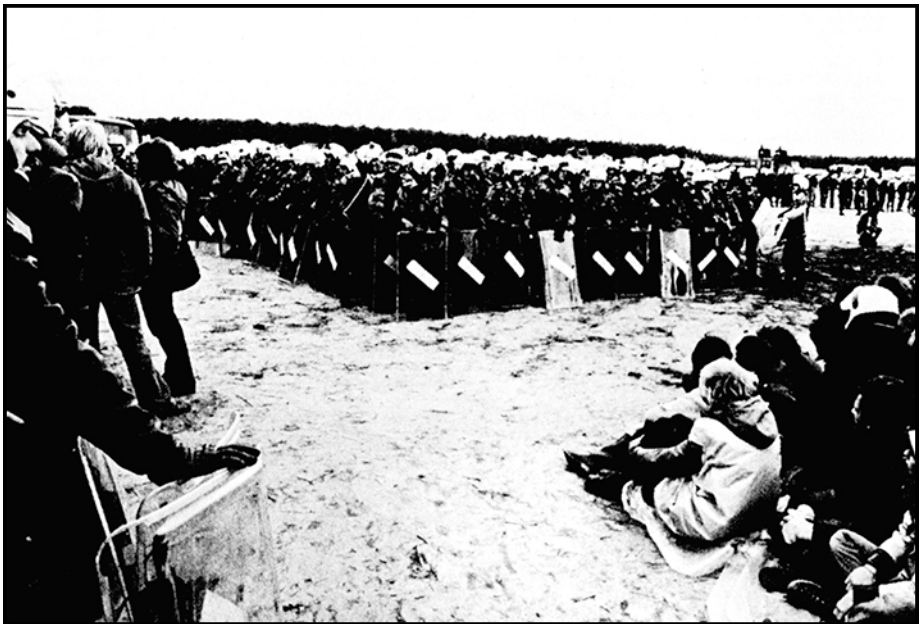
¿Pero de qué democracia hablamos? Para mí, se trata de la que tiene la ambición de mejorar las relaciones cotidianas entre los hombres, entre las mujeres, entre los hombres y las mujeres, entre los hombres y los niños, entre las mujeres y los niños, la que quiere iluminar nuestra vida cotidiana.

Sin duda, precisamente por esa idea milito en el partido ecologista alemán...

Joschka Fischer

Francfort. Septiembre de 1985

La aparición de una conciencia ecologista señaló los años 70. Mi cultura política se ha modificado radicalmente por las luchas contra la destrucción de la naturaleza, contra la industrialización a ultranza, contra la implantación de centrales nucleares.



Manifestación antinuclear en Alemania

La importancia del movimiento en favor de la naturaleza y del medio ambiente ha acabado con mi antiparlamentarismo.

El partido de los «Verdes», creado en 1979, ha conquistado una amplia audiencia peleando por estos temas e hizo su entrada en el Parlamento alemán en 1983. Joschka Fischer, diputado de los Verdes, es uno de esos jóvenes alemanes que han impuesto otro discurso y un nuevo estilo político a los ciudadanos de su país.

Joschka Fischer nació en 1947, en el seno de una familia obrera. A los dieciséis años, se fugó y se dirigió a Escocia con su amiguita, con la que se casó en Gretna Green, el paraíso de los matrimonios de adolescentes. Hasta el 68, vivió de trabajillos y después se instaló en Francfort, uno de los lugares destacados de la rebelión que soplaba entonces en Alemania. Adoraba a Bob Dylan y a Mick Jagger y descubría la literatura y la filosofía. En 1970, se estableció en una fábrica en el marco de su actividad política. En 1976, en el curso de las manifestaciones que siguieron a la muerte de Ulrike Meinhof, un policía fue gravemente herido. Se acusó a Joschka de intento de asesinato; le detuvieron, y su retrato fue ampliamente difundido por la prensa y la televisión. Se le declaró inocente, pero tal experiencia le convenció de renunciar al uso de la violencia. En junio de 1976, en un célebre discurso, suplicó a los adeptos a la guerrilla urbana que renunciasen a la lucha armada. Participó activamente en las grandes manifestaciones antinucleares antes de unirse a los Verdes en 1983. En el curso del mismo año, resultó elegido diputado.

¿Revolucionario a los veinte años? ¿Ministro a los cuarenta? Joschka Fischer, con quien recorrí los años gloriosos del izquierdismo, ilustra la historia de la gente de mi generación que no ha querido romper con la sociedad, aunque hayan soñado con ello a menudo.

La zanja entre el reformismo impotente contra el que nos levantamos tan a menudo y nuestra actual práctica política, no es tal vez tan profunda como nos gustaría. Debemos demostrar que gobernar no es olvidar y que parlamentarismo no es sinónimo de oportunismo.

Dany Cohn-Bendit. -Ayer eras un revolucionario profesional, hoy un diputado en el Bundestag. ¿Cómo te sientes en este nuevo empleo?

Joschka Fischer. - Todavía es un poco irreal para mí. Sigo sorprendiéndome al codearme cada día con los responsables de este país, y tratarles de igual a igual.

D. -¿Ha cambiado tu vida?

J. -Sí..., en lo sucesivo me amenaza el infarto de miocardio. Estoy obligado a debatirme en medio de pilas de dossiers y de todo ese papeleo que tanto detesto, pero me acostumbro...

D. -¿Cuál es la eficacia de tu práctica política actual?

J. -En otro tiempo, distribuíamos octavillas cuyo impacto resultaba difícil de calcular. Hoy, con mis discursos en el Parlamento intento hacer vibrar una cuerda que resuene en todo el país, que despierte energías, que infunda en la gente ganas de moverse. Cuando conseguimos emocionar a la gente de este modo, creamos también una corriente de simpatía hacia los Verdes, ganamos votos y reforzamos la influencia de nuestro partido y por lo tanto su capacidad de llevar a cabo los cambios que nos parecen necesarios.

D. -¿No temes que tu franca forma de hablar estorbe en el ejercicio de tu trabajo parlamentario?

J. -Mis colegas son gente curiosa. Conservan la mentalidad de los años 50. La mayoría son funcionarios, profesores, juristas que no poseen una autoridad natural sino simplemente la que les confiere su función. Así pues, desde que fuimos aceptados por los media, también ellos aceptaron nuestras formas de expresión.

D. -En otro tiempo, trabajaste en una fábrica.

¿Qué te aportó?

J. - Estuve en las cadenas de montaje, en Opel. Fue muy duro y muy instructivo. Lamento que los militantes de los Verdes ya no se presten a ese tipo de experiencias.

D. -¿Cómo soportaste aquella vida?

J. -Cada vez peor, en la medida en que era mi lugar de origen, del que había huido, pero pensaba que estábamos a punto de cambiar las cosas y, en cierto modo, lo conseguimos.

D. -¿De qué manera?

J. -Habíamos optado por vivir con los obreros. Queríamos convencerles compartiendo sus dificultades, hablándoles, no adoctrinándoles. Sabíamos que existía una barrera que nadie puede abolir, pero elegimos estar allí y obtuvimos algunos resultados. Mira, los consejos de empresa de la fábrica no serían hoy lo que son sin el trabajo que realizamos en aquella época.

D. -¿Eras un revolucionario profesional?

J. -Un militante político profesional...

D. -¿Pensabas en ser diputado?

J. -No sólo no lo había pensado nunca, sino que además ni siquiera votaba...

D. -Has evolucionado respecto a ese punto...

J. -A finales del 77, principios del 78, nuestro movimiento anarco-mao-espontaneísta había fracasado. Era el momento en que el movimiento antinuclear cobraba importancia y adquiriría una influencia mayor que la del movimiento

estudiantil del 68. A partir de éste se pudo crear el partido de los Verdes, al que naturalmente me afilié, a pesar de un cierto escepticismo.



Joschka Fischer frente a un manifestante de los que ocuparon su ministerio a raíz de Chernobil

D. -¿No te fastidió afiliarte a un partido?

J. -No es un partido en el sentido tradicional. Podemos actuar concretamente y su estructura permite una gran libertad de iniciativa aunque, como todos los partidos, segregue su propia burocracia.

D. -¿Qué aprendiste de tu experiencia obrera?

J. -Que nunca pertenecería a un partido que tuviera la vocación de defender exclusivamente los intereses de los obreros o de cualquier otra clase

D. -¿Crees que Hans-Joachim Klein puede ser amnistiado?

J. -Mientras el terrorismo no pierda su dimensión mítica en la conciencia colectiva de los alemanes, no lo creo posible.

D. -Hace dieciséis años, éramos hostiles al régimen de los partidos. Hace sólo seis años, recuerdo que luchabas, en el seno de nuestro movimiento, contra la tendencia (la mía) que defendía el recurso al parlamentarismo. Hoy, eres diputado y esperas que tu partido sea asociado a un próximo gobierno.

J. -Es verdad... Va unido al hundimiento de la extrema izquierda. Fracasamos. No por no haberlo intentado... Luchamos hasta el agotamiento y estoy convencido de que ese combate no fue inútil. Llevamos las cosas tan lejos como pudimos. Alcanzamos un umbral más allá del cual no podíamos avanzar. Tuvimos que buscar otra cosa. Algunos han recurrido a lo irracional, a lo religioso... Incluso en el seno de mi propio partido...

D. -¿Y el parlamentarismo?

J. -No dispongo de una mejor solución que ofrecer.

D. -¿Somos conscientes de que las decisiones importantes no se toman en los parlamentos?

J. -Existen otros centros de decisión: las empresas, los media, las iglesias, los grupos de presión de todo tipo, pero eso es lo típico de las sociedades democráticas. Debemos inventar nuevas estructuras institucionales capaces de tener en cuenta todas estas contradicciones.

D. -¿Crees que podremos conseguirlo más fácilmente si la gente como tú acepta funciones gubernamentales?

J. -No tengo intención de ser ministro...

Dos meses más tarde, el 15 de diciembre de 1985, cuando el partido de los Verdes decide aliarse con los socialdemócratas para gobernar la provincia de Hesse, Joschka Fischer es nombrado ministro del Medio Ambiente.

Susan Brownmiller

Nueva York. Abril de 1985

«Nuestro cuerpo nos pertenece», proclamaban las mujeres. Reivindicaban su autonomía y la virulencia de su contestación hizo volar en pedazos nuestras estructuras mentales y nuestros esquemas de organización política.

El Hombre con una H mayúscula, el «R»evolucionario, el «M»ilitante que yo soñaba con ser, se encontraron de pronto en el banquillo de los acusados.

Quise reunirme con Susan Brownmiller, que conmocionó las costumbres con su libro fundamental: «La violación.»

Dany Cohn-Bendit. -Hoy militas en un grupo denominado «las mujeres contra la pornografía». ¿No es un tema muy alejado del movimiento feminista de los años 60 que reclamaba la libertad sexual?

Susan Brownmiller. -Es la misma lucha. Queremos liberar la sexualidad de los mitos sado-masoquistas que pesan en la imaginación masculina.

D. -¿Cuál es esa sexualidad «sana» que reivindicas?

S. -No sé lo que puede ser. Ni para ti, ni para mí, ni para nadie. Sólo sé que debemos interrogarnos sobre este tema, pero sí que puedo decirte lo que es una sexualidad «malsana».

D. -¿Qué?

S. -La pornografía.

D. -¿Quieres prohibir la pornografía?

S. -«¡Está prohibido prohibir!» Lo hemos repetido demasiadas veces. Sólo queremos que la pornografía deje de agredir a las mujeres. En Nueva York, es omnipresente. Se pueden ver películas porno en los cines, en la televisión... Se pueden escuchar mensajes porno llamando a determinados números de teléfono. Tanta facilidad es peligrosa, porque hace creer a los jóvenes que desear a una mujer como muestran esas películas es legítimo.

D. -En este combate te encuentras codo con codo con la derecha más reaccionaria, con los defensores del orden moral más retrógrado...

S.-Es un falso problema. Los reaganianos quieren proteger a sus hijas del espectáculo de la pornografía. Nosotras queremos alejar a los chicos de la tentación de la práctica de la pornografía.

D. -¿Cómo llegasteis a la creación de este movimiento?

S. -Es la lógica consecuencia de nuestra lucha contra la violencia que sufren las mujeres. Nos preguntamos de dónde procedía esa violencia. ¿Por qué aberración puede estimar un padre que tiene derecho a abusar de su hija o de su hijo? ¿Cómo puede parecerle natural a un joven violar a una mujer que le rechaza? Reflexionando sobre el tema, vimos que la pornografía empuja naturalmente a tales comportamientos.

D. -¿Cuándo empezaste a trabajar en el tema de la violación?

S. -En 1970. Era el comienzo de los movimientos feministas y con mi grupo, «las Mujeres radicales», fuimos las primeras en abordar el tema. Reunimos a trescientas mujeres en una iglesia de Manhattan para escuchar una docena de testimonios de mujeres violadas. Otras mujeres asistentes se levantaron para contar su propia historia. Ese fue el principio.

D. -En aquella época, las mujeres no se atrevían a confesar que habían sido violadas. ¿Crees que ese temor ha desaparecido?

S. -Hablan de ello más fácilmente. Hoy ya nadie se atreve a reírse de una mujer violada y aunque las mujeres violadas siguen sintiendo un gran pudor en hablar del tema, ya todas se saben víctimas de un crimen odioso.

D. -¿Cómo llegaste a militar en el movimiento feminista?

S. -A través del movimiento de los derechos civiles. Y, sin duda, porque en tanto que mujer siempre he sido feminista. A finales de los años 50, en la época de la antigua izquierda, ya estaba convencida de que las mujeres eran iguales a los hombres de la misma manera que los negros a los blancos y que todos los seres humanos entre sí.

D. -¿Cómo pasaste del movimiento de los derechos civiles al movimiento feminista?

S. -En el 67, algunas mujeres, en el seno del movimiento por los derechos civiles, empezaban a hablar de sus problemas. En aquella época, yo era periodista en el telediario. Era una de esas mujeres que disfrutaban de una pequeña celebridad y que, por ello, escapaban al destino común. Mis camaradas no creían que yo me pudiese sentir implicada en sus debates, muy ligados a la dureza de la vida cotidiana. No obstante, acabaron por invitarme a una de sus reuniones sobre el aborto. En el curso de esas reuniones, cada una de las participantes tomaba la palabra por turno. Algunas confesaban haber abortado, otras que habían aceptado el niño. Cuando llegó mi turno, reconocí haber abortado tres veces. Aún me estremezco cuando lo cuento. No creo que una joven de hoy pueda darse cuenta de lo que significaba aquel gesto. No se hablaba a nadie del aborto, excepto a aquellos o aquellas que podían ayudarte a hacerlo. Piensa que mi mejor amiga estaba en la sala cuando hablé. Era una

chica con la que me había manifestado en el Mississippi, en circunstancias muy difíciles, pero nunca le había hablado de ese problema. Ahí fue donde comprendí las conmociones que podía suponer el movimiento feminista y hasta qué punto podía afectar a las mujeres en lo más íntimo de sí mismas.

D. -¿Te ayudó tu experiencia del movimiento por los derechos civiles?

S. -Sí. Había podido comprobar que la vieja izquierda hablaba de buen grado de todos los problemas pero nunca resolvía ninguno. Así, cuando vimos que los negros del Sur eran capaces de desenvolverse por sí mismos y de asumir su emancipación, comprendimos que debíamos actuar de la misma forma. Por otra parte, los Yippies, Abbie Hoffmann y Jerry Rubin, nos habían enseñado que debíamos inventar tipos de acciones originales y espectaculares para atraer la atención de los media. Intentarnos, de entrada, crear acontecimientos de esa naturaleza. Por ejemplo, nuestra primera manifestación fue un «sit-in» en una revista femenina que llegaba a millones de lectoras. Ocupamos, con doscientas mujeres, los locales del periódico, nos sentamos y exigimos que, en lo sucesivo, los artículos reflejaran las preocupaciones reales de las mujeres.

D. -¿Cómo reaccionaron los militantes de tu movimiento al veros crear un movimiento autónomo?

S. -Muy mal, y no sólo los hombres. Era la época de la lucha contra la guerra de Vietnam, y muchos militares antiimperialistas, o los simpatizantes de los Panteras Negras nos criticaron muy duramente, acusándonos de debilitar su acción en favor de preocupaciones secundarias...



Feministas ocupando los locales de la revista Play Boy

D. -Sin embargo, el movimiento feminista es el que ha durado más tiempo...

S. -Porque nosotras planteábamos unas cuestiones universales que sobrepasaban cualquier sectorialismo: de

razas, de clases sociales, de religiones. Aportamos una dimensión totalmente original a la política, a la historia política de este siglo. Nos atrevimos a desvelar y afrontar las actitudes criminales y violentas de los hombres con respecto a las mujeres. Desvelamos unas reivindicaciones arraigadas en el corazón de todas las mujeres que ellas nunca se habían atrevido a expresar hasta entonces. ¿Quién, en los años 50, podía adivinar que todas esas mujeres neuróticas y desgraciadas deseaban encontrar trabajo? Para mí, siempre es una verdadera alegría enterarme de que una mujer acaba de obtener un trabajo tradicionalmente reservado a los hombres: repartidor, piloto, camionero o director de orquesta...

D. -En los años 60, criticábamos violentamente los regímenes democráticos de los países en los que vivíamos... ¿Te ha llevado tu experiencia de militante feminista a modificar tu juicio acerca de ese tipo de sociedad?

S. -Siempre me ha gustado la democracia, aunque me opusiera a las decisiones y a los actos de los gobiernos que dirigían este país. El feminismo fue enseguida profundamente democrático. Primero, quiso ser antijerárquico. En cualquier reunión, cada una de las participantes era igual a las demás. Ninguna tenía derecho a hablar en nombre de las demás, ninguna tenía más que decir que las demás...

D. -¿No lleva eso a poder expresarse únicamente en los restringidos círculos narcisistas?

S. -Es un problema que me ha costado superar. Es cierto que algunos individuos saben expresarse mejor que otros y que, en un movimiento, una cabeza pensante es útil, y se necesita un centro de decisión... El movimiento feminista ha promovido a menudo líderes, pero también ha impedido a ciertas mujeres el acceder a tal estatus...

D. -¿Cómo sería una democracia más feminista?

S. -No lo sé...

D. -¿Con una participación más activa de las mujeres se conseguiría cambiar la naturaleza de esta democracia?

S. -Las mujeres ya han cambiado muchas cosas. La policía no es la misma desde que las mujeres desempeñan esta función. Cuando no copian la actitud de los hombres, las mujeres son mucho más partidarias de resolver los problemas por la vía de la negociación, la conversación, la conciliación.

D. -¿Crees que la influencia del feminismo debe hacerse sentir más directamente en el gobierno de los países democráticos, que las mujeres pueden llegar incluso a modificar las leyes y no solamente a agitar las conciencias?

S. -Las leyes ayudan a la toma de conciencia. Hay que luchar para cambiarlas cuando son malas. Gracias a nosotras hay leyes que prohíben la discriminación de sexos en la contratación o en las remuneraciones. Del mismo modo conseguiremos hacer modificar la ley sobre la pornografía.

D. -Algunas mujeres piensan que corréis riesgos al querer promulgar leyes represivas...

S. -¿Por qué una ley debería ser represiva? La ley sirve ante todo para permitir el bien de los ciudadanos, para castigar las injusticias, los desequilibrios perjudiciales... No siempre hay por qué tener miedo de esta «sucia sociedad».

D. -No es el enemigo.

S. -No debe ser el enemigo.

Barbara Koster

Rüsselsheim. Julio de 1985

Barbara participó en toda la odisea del movimiento revolucionario de los años 70. Estudiante rebelde en el 68, se coloca en una fábrica en el 70, feminista en el 72, abandona la militancia en el 76 y se exilia durante más de un año a África. Después de una grave enfermedad, se recupera poco a poco y de nuevo se une al movimiento feminista. Barbara y yo vivimos juntos durante cuatro años, a principios de los 70. La crítica feminista del izquierdismo no sólo provocó la explosión de grupos políticos, ¡sino también de parejas!

Pero para mí, ella simboliza en Alemania el movimiento que ha existido en todos los países de Europa, sobre todo en Francia e Italia. He encontrado a italianas, francesas y holandesas que tenían planteamientos similares.

Desde el punto de vista de la militancia, el movimiento feminista tipo Women's Lib en los Estados Unidos o M L F en Francia ha perdido buena parte de su voz. No porque se hayan apagado, sino porque, creo, ganaron. Sus principales reivindicaciones se han integrado en las costumbres: la libertad sexual, la libre contracepción, el aborto, la denuncia

de la violación como delito. La igualdad entre los hombres y las mujeres en el mundo laboral, en las parejas, en las relaciones con los niños, a veces en las tareas domésticas, me parece que se ha logrado, al menos en ciertos medios, aunque quede mucho por hacer... Pero dejemos la palabra a Barbara, que es menos optimista que yo.

Dany ChnBendit. -Nos encontramos ante la fábrica Opel, donde trabajaste en el 70 y en el 71. Antes de evocar este período de tu vida, me gustaría que intentases explicarme las razones que te llevaron ahí. ¿Fue por militancia? ¿Por qué te volviste en contra y cómo nació esa revuelta?

Barbara Koster. -Revuelta no es una palabra lo bastante fuerte. El término exacto sería más bien rebelión.

D. -¿Contra quién?

B. -De entrada, rebelión contra los padres en general. Crecí en los años Adenauer, esos años en los que reinaba un terrible conformismo moral contra el que naturalmente nos rebelamos. Queríamos escapar a los guantes blancos del domingo, a las uñas que debían esconderse detrás de la espalda si no lucían impecables, y, finalmente, arrojamos nuestros sujetadores.

D. -¿Fue también una rebelión contra tus propios padres?

B.-Luché larga y duramente contra mis padres y contra la herencia fascista que me imponían. Al principio, rechacé su concepción autoritaria y rigorista de la educación pero, muy pronto, nos enfrentamos 'por un tema muy grave, siempre el mismo: la persecución de los judíos. Yo me identificaba con los judíos porque me consideraba perseguida por mi familia. Resultaba un tema de discusión permanente y doloroso y tuve que encontrarme con otros estudiantes para comprender que no era la única en este caso, que la vergüenza de la persecución de los judíos empujaba a mucha gente a contestar la autoridad paterna.

D. -Te fuiste a Israel, lo que no era normal en una joven alemana.

B. -No era mi primer gesto de rebelión, pero fue la auténtica ruptura con mis padres y todo lo que representaban. Me había dado cuenta de que no conocía a ninguno de esos judíos de los que hablaba tan a menudo (¡y con razón!, en Alemania ya no quedaba ninguno...). Tenía, pues, de ellos una idea mítica, alimentada por los tópicos tanto filosemíticos como antisemitas. Entonces quise conocer a ese pueblo que influía tanto en mi vida.

D. -Así pues, tomas conciencia de la necesidad de luchar contra la injusticia a través del movimiento estudiantil. ¿Pero cómo te conviertes en furibunda feminista y por qué te pones a trabajar en esta fábrica?

B. - El movimiento femenino se desarrolló en el seno del movimiento estudiantil.

Se suponía que militábamos en una organización antiautoritaria, pero muy pronto advertimos la jerarquía de los sexos. Estaba claro que nosotras, las mujeres, teníamos que permanecer en los peldaños inferiores de la escalera. En tanto que mujeres, no teníamos derecho a la palabra durante las asambleas, aunque precisamente la democracia fuera el objeto de la discusión. Nos decían: «Vosotras no podéis hablar normalmente..., las mujeres se ponen nerviosas cuando hablan..., son unas histéricas», mientras que, como bien sabes, los vozarrones de los hombres cuando se pelean no son en absoluto ridículos... También estaba el problema de la violencia física en las manifestaciones. Nosotras practicábamos formas de militancia y de contestación diferentes del simple enfrentamiento físico, pero sólo el intercambio de golpes era considerado valiente y válido. A nosotras no nos interesaban esas sutiles distinciones y nos vimos obligadas a abandonar el movimiento estudiantil y a crear un movimiento autónomo.

D. -Tú sigues militando activamente. Enseñas en una escuela creada especialmente para el uso de las mujeres, pero se oye hablar mucho menos del movimiento feminista.

B. -¿COMO?

D. -¡Es verdad! No puedes decirme que el feminismo sea muy ofensivo en estos momentos... Tal vez sea más exacto afirmar que la sociedad actual se esfuerza en ahogar el movimiento...

B. -No estoy de acuerdo. Me parece que los hombres, aunque sean de izquierdas, intentan minimizar su importancia, pero, evidentemente, el feminismo es el único movimiento que ha sabido imponer sus tesis en la vida cotidiana de la gente. La emancipación de las mujeres es, con la educación, el único tema todavía susceptible de provocar un debate social. Ciertamente que en la calle, bajo las formas más espectaculares y mediáticas, el movimiento es más discreto, pero prosigue su combate en las instituciones y allí donde más importante es: en la cabeza de las mujeres. El papel de las mujeres en el seno de su familia ha evolucionado enormemente. Me sorprende el número de mujeres procedentes de medios muy conformistas que se plantean este tipo de problemas en nuestra escuela. Por ejemplo resulta sintomático comprobar el incremento de las tasas de divorcios...

D. -¿Es un éxito?

B. -No precisamente un éxito... Divorciarse resulta muy duro, muy doloroso... pero es la señal de que, por difícil que les resulte, las mujeres ya no dudan en cuestionarse sus

relaciones con los hombres, con las instituciones e incluso su papel con respecto a los hijos.

D. -¿Y si te pidieran volver a trabajar en la Opel, irías?

B. -Sí.

D. -¿En seguida?

B. -Claro.

D. -¿Por qué decidiste ir a trabajar en la fábrica?

B. -En aquella época, se vivía el final del poder estudiantil. Entendíamos que representábamos un poder ideológico, cultural, pero sin poder real. Era el proletariado quien representaba la verdadera fuerza viva de un país, y, claro, debíamos unirnos a él allí donde se encontrara. No tomé esta decisión yo sola, la elegimos tras discutirla colectivamente.

D. -¿Cómo eran las cosas en la fábrica?

B. -Yo nunca había trabajado antes de entrar en esta fábrica. Había seguido estudios de sociología. Estaba empapada de Marx, y sentía curiosidad por descubrir a ese proletariado tan misterioso para mí. Fui admitida fácilmente. No les revelé quién era y dije haber trabajado ya antes. Tuve la suerte de encontrar a una mujer formidable, una francesa

que me ayudó mucho. Primero trabajé en las máquinas, luego con las piezas...

D. -Y el trabajo en equipo... con los turnos... ¿No era muy duro levantarse a las cinco de la mañana?

B. -Los cambios de horario son terribles, pero yo tenía la fortuna de vivir en comunidad, y como era la única que iba a la fábrica, todos los demás cambiaron sus horarios. Se levantaban al mismo tiempo que yo y cuando volvía de la fábrica, estaban todos allí, esperándome para comer.

D. -¿Cómo fueron tus relaciones con los otros obreros?

B. -Formidables. Era un mundo muy acogedor. Me sentía protegida y perfectamente cómoda. Claro que, en un taller donde las dos terceras partes de los obreros eran hombres, estaba confrontada al papel siempre ambiguo reservado a las mujeres. Por un lado, mejoran el decorado. Para los hombres es agradable la presencia de unas cuantas mujeres, pero el ambiente se sexualiza en seguida. Era, por el contrario, muy nocivo para mi trabajo político. Los fantasmas habituales de la lucha política, los símbolos, como la bandera roja, las manis espontáneas, las huelgas, etcétera, no me compensaban para nada... Lo que habría podido funcionar en una fábrica de mujeres me estaba prohibido en ese medio, en su mayoría masculino. Al mismo tiempo, cuando me echaron, fueron formidables. Como ya no tenía

trabajo ni dinero, me propusieron ir a vivir a sus casas, organizaron una colecta. Estuvieron tan amables que me sentí obligada a decirles la verdad.

D. -¿Cuál fue su reacción?

B. -No podían creer que yo fuera estudiante.

D. -¿Por qué te echaron?

B. -Fue con motivo de una huelga salvaje, lo cual está prohibido en Alemania. Habíamos lanzado la consigna de un aumento igualitario: un marco para todos; en una asamblea organizada por el sindicato participaron 10.000 obreros. Los italianos irrumpieron en el mitin gritando «un marco per tutti». Evidentemente los sindicalistas les impidieron tomar la palabra. Eso me sacó de mis casillas... Salté por encima de la tribuna y me hice con el micro. Dije que realmente era asqueroso y que todos estábamos de acuerdo con la reivindicación igualitaria. Después fue el caos. Los italianos ocuparon la tribuna con el apoyo de algunos alemanes y los sindicalistas desconectaron el micro, lo que desencadenó una pequeña pelea. En ese momento cometimos un gran error. Intentamos radicalizar el movimiento porque éramos espontaneístas. Pensábamos que los obreros debían coger las riendas de sus luchas, que eran ellos los que tenían que desencadenar la huelga, organizando una manifestación. Sí, no éramos una auténtica vanguardia, justo lo contrario de

un partido. Pensábamos que les tocaba actuar a las masas. Y todo estalló como una pompa de jabón. Sólo me queda el recuerdo de una gran confusión. Eso es todo.

D. -Hablas con tanta pasión de la fábrica que se te podría creer capaz de pasarte allí la vida.

B. -Toda mi vida no, pero por un año es realmente una experiencia excepcional. En primer lugar, el hecho de saber que sólo te quedarás un año lo cambia todo. Pues el trabajo es muy duro e incluso insostenible para las mujeres. Recordaré toda mi vida a aquellas mujeres que tenían la regla y cuya sangre les resbalaba por las piernas sin que pudieran limpiarse porque les estaba prohibido dejar su puesto, ni siquiera por un minuto. O, cuando hacía demasiado calor, esas mujeres que se veían obligadas a quitarse las camisas y a quedarse en sujetador, lo que encima era considerado una provocación por los hombres. Hoy sigue siendo así, por eso estoy preparada para volver a empezar.

D. -¿Y después?

B. -Me ocupé de las mujeres extranjeras oprimidas por el racismo y por el sentimiento de superioridad de los hombres, y también de los jóvenes que vivían horriblemente en unos suburbios inhumanos. Me instalé allí.



Barbara Koster

D. -¿Vivías con unos roqueros y practicabas las artes marciales?

B. -Sí era muy duro pero también muy divertido. Teníamos en común la radicalidad. Habíamos roto totalmente con la sociedad y yo estaba en un trip muy físico. Eran muy guapos muy violentos cargados de una energía que habría podido llegar a ser muy positiva. Una vez aceptada como mujer empezaba la buena vida: entrábamos en una discoteca y decían: «Despejad la pista la chica quiere bailar» y yo bailaba. Me encantaba eso.

D. -Pero te viniste abajo. Abandonaste todo y te fuiste a África por un año. Allí caíste gravemente enferma. Una rara enfermedad. Un virus. Una enfermedad de los riñones. Estuviste con diálisis postrada en la cama durante mucho tiempo y de repente te curaste. ¿Todo esto no estaba relacionado con la vida tan dura que habías llevado?

B. -Tal vez pero también se puede pretender lo contrario y pensar que esa radicalidad y esa violencia que me movían provenían ya del problema psíquico que provocó mi enfermedad. Yo seguía teniendo la sensación de estar sola contra todos. Soñaba con un pequeño grupo enfrentado al mundo entero y cuando se comprende que eso es imposible inviable una se derrumba.

D. -A finales de los años 70 la lucha política produjo muchas víctimas. Tú caíste gravemente enferma creíste incluso que ibas a morir. Otros se suicidaron o lo intentaron. ¿Cómo

explicas esto? ¿Era un deseo de muerte? ¿El instinto de muerte?

B. -¡Claro que no! ¡Estás loco! Queríamos vivir... Era una exigencia absoluta pero tan violenta tan radical que no teníamos posibilidad alguna de conseguirla. Y cuando comprendimos que éramos prisioneros de la mezquindad del mundo, acorralados en la mediocridad general, nos refugiamos unos en la enfermedad mientras otros optaban por el terrorismo o la droga.

D. -Eso sucedió cuando tuvimos que admitir que no cambiaríamos la sociedad.

B. -Sí. Estábamos movidos por una feroz voluntad de cambio, sin duda irracional e incluso irrealizable. Algunos empezaron a darse cuenta pero no quisieron seguir y se refugiaron en unas actitudes irreales para no tener que afrontar esa dolorosa verdad.

D. -¿Supiste en algún momento que debías pararte pero no lo lograste?

B. -Sí. Es extraño: en el momento en que éramos cada vez menos, cada vez más aislados, en lugar de decir: «Algo no va bien, reflexionemos», insultábamos a los demás, les tachábamos de traidores, de reformistas. Sin embargo hubiera sido fácil pensar: «Ayer éramos una multitud, hoy estoy sola, ¿no me habré equivocado, por casualidad?»

D. -No nos equivocamos en todos nuestros análisis. Simplemente, los hechos nos enseñaron que el cambio es lento, muy lento. Hoy no se habla ya de revolución sino de reformismo radical. El discurso sobre la transformación de la sociedad por la vía democrática hubiera sido impensable en los años 60. ¿Tú sigues siendo escéptica en cuanto a la posibilidad de modificar la condición de las mujeres por este medio?

B. - A las mujeres no les atañe el discurso democrático. Siguen estando en lucha, en todas partes. Y recordemos que la revolución rusa fue desencadenada por las huelgas de mujeres... Hoy, como ayer, los hombres dominan el mundo. En política, en el ámbito laboral, en la pareja y en la familia, domina el hombre.

D. -¿No te parece un poco simplista pensar que las mujeres son portadoras de los valores de la vida y los hombres los agentes del mal? Las mujeres enviaron a sus maridos a la guerra del 14, apoyaron el nazismo, participaron activamente en las persecuciones de los judíos. Es un poco fácil pretender que la estructura mental de los hombres es la que crea las condiciones de los comportamientos innobles de la humanidad.

B. -Pero si no existe una estructura mental diferente según los sexos. Aparte de parir, casi todos los actos realizados por los hombres y las mujeres, son intercambiables. Decir que un

hombre no sabe ocuparse de un niño por carecer de ternura no expresa una verdad biológica, es un hábito social. Existen algunos hechos concretos que hoy prueban que pueden intercambiarse los papeles entre los hombres y las mujeres. Como los hombres dominaban el campo de los negocios y de la política, creíamos que era natural, pero no lo es en absoluto. Dentro de diez, de cien años, este orden será transformado y eso gracias a nosotras.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, algunas respuestas a preguntas que no cesan de plantearme desde el fin de este viaje:

¿Puedes sentirte sinceramente afectado por gente tan diferente como un arribista neoyorkino, un obrero metalúrgico francés y un terrorista italiano encerrado de por vida en una cárcel romana?

Hablando con ellos, he experimentado en todo momento el sentimiento de que expresaban a su manera una parte de las cosas que yo mismo pienso. No hay una idea, un argumento, una emoción tratada a lo largo de estas entrevistas que no se me haya pasado por la cabeza en un momento u otro de mi vida. Si sus discursos son contradictorios, es porque revelan unas contradicciones que hemos tenido que superar, en el interior de nosotros mismos. Cada uno de mis interlocutores ha seguido un camino que yo mismo habría podido seguir si las casualidades o las necesidades de la época me hubieran obligado a hacerlo. Sin ignorar, por supuesto, que la personalidad de cada uno ha jugado un papel decisivo.

No puedes pretender que no exista una diferencia esencial entre los que participaron en manifestaciones, incluso muy violentas, y los que cedieron a la tentación del asesinato político.

Nunca he dicho que los asesinatos políticos en los países democráticos fueran tolerables. Afirmino simplemente que actos de esa naturaleza han marcado nuestra historia contemporánea, ya sean muertes cometidas por unos milicianos o por unos militantes de la OAS. Siempre llega un momento en que un país democrático, sin ceder en absoluto respecto a la significación política e histórica de tales actos, debe aceptar reintegrar en su seno a los culpables. Sabemos que en situaciones determinadas, los hombres y las mujeres son capaces de lo mejor y de lo peor. No creo ni en el héroe a perpetuidad ni en el culpable ad vitam aeternam. Estoy convencido de que somos nosotros, los antiguos izquierdistas, quienes debemos obligar a la guerrilla urbana, a los terroristas, a disolverse y participar en un replanteamiento colectivo de nuestras estrategias de enfrentamiento violento con el poder. Pido la amnistía o la gracia para los antiguos terroristas, para demostrar a los últimos nostálgicos de la lucha armada que la democracia es, en fin de cuentas, el único sistema político capaz de dar prueba de humanismo..., bueno, eso espero...

¿Piensas que puede sacarse una síntesis de las aspiraciones y de las esperanzas expresadas a lo largo de estas entrevistas?

No sé si es posible llegar a una síntesis. Resulta agotador pretender aceptar a cualquier precio todas esas diferencias y encontrar la energía suficiente para progresar más profundamente en la reflexión y la acción cotidianas. Me asalta más bien un sentimiento de agobio cuando calculo la amplitud de la tarea. Cuando pienso en las posibilidades excepcionales, en las oportunidades únicas que se le han ofrecido a lo largo de estos veinte años a la gente de mi generación y valoro lo que se ha dicho, me desaliento un poco. Dicho esto, a lo largo de tal periplo, es muy gratificante verificar hasta qué punto siguen abiertas y prometedoras las posibilidades de expansión individual. El obstáculo que hoy me parece infranqueable es la dificultad de integrar los cambios que se pueden lograr en la vida personal en el marco de una reflexión más amplia. Creímos poder fundir nuestra vida en el curso dominante de la historia. Hoy nadie pretende siquiera plantearse la cuestión en esos términos. ¡Es duro y pernicioso! Sólo los brasileños expresan la ambición de cambiar la sociedad porque viven en una democracia muy reciente. En cualquier otra parte, se sueña con arreglar la sociedad, no con transformarla

La democracia surge como un leitmotiv en todas estas entrevistas. Se tiene un poco la impresión de que eres tú quien obligas a tus interlocutores a pronunciarse sobre este tema.

Hablo a menudo de ello, es cierto, pero todos mis interlocutores se declaran vinculados a la democracia.

¿Cómo puede conciliarse la extremada complejidad de la democracia social, la que permite gestionar la vida de las parejas, el mundo laboral, de la escuela, de todas esas microcolectividades que forman el entramado social, y las limitaciones de la democracia parlamentaria que debe regular los problemas a nivel de ciudades, países, incluso del planeta?

Hay que esforzarse en hablar a la gente. No a las multitudes anónimas sino a los individuos. Hay que interpelar constantemente a la gente para decirle: «Pienso esto sobre este preciso tema, sugiero hacer esto, he aquí por qué estimo que debemos hacerlo, he aquí cómo propongo hacerlo...» Y cada uno debe responder en su propio nombre, y debemos, en todo momento, confrontar los argumentos, las propuestas, las objeciones... Está claro que la complejidad infinita de los problemas ya no puede reducirse a razonamientos estrechos e ideologías simplificadoras. El accidente de Chernobyl ha demostrado, por ejemplo, que los temas del medio ambiente se plantean a escala mundial.

Cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre el régimen soviético y sobre la utilización de la energía nuclear, estamos obligados a reflexionar sobre estos problemas bajo otra perspectiva que la de la mera dimensión nacional.

¿Los enfrentamientos a los que te refieres son del tipo que oponen a Abbie Hoffmann y Jerry Rubin?

No. Ahí se trata de un enfrentamiento de «tópicos». No se escuchan. Cada uno por su lado sostiene un discurso hermético con respecto al del otro. El debate a que me refiero no tiene como objetivo llegar a un consenso. Debe ser el objeto mismo de la vida social. No consiste en un: «Discutamos para llegar a una plataforma común o no tendremos nada más que discutir.» Sino: «Discutamos, porque la confrontación permanente de las ideas y de los hechos es la única manera de vivir mejor y sepamos que tendremos de qué discutir y debatir hasta el final de los tiempos.» Creemos unos lugares, utilicemos todas las técnicas de comunicación, inventemos todos los procedimientos posibles para organizar nuestras sociedades con esa meta. Abandonemos el: «Yo sé... ¡Vosotros, escuchad...!», por el: «Confrontemos nuestras vidas, nuestras esperanzas, nuestras ideas, y pongamos en tal diálogo la energía necesaria para seguir cambiando el mundo.»



Treinta mil mujeres protestan contra la instalación
de misiles americanos en suelo europeo



Acerca del autor

Dani el Rojo (el franco-alemán Daniel Cohn-Bendit) fue el protagonista más visible de Mayo del 68. Su imagen dialogando con Jean-Paul Sartre, lanzando un encendido discurso en las barricadas del Barrio Latino o mirando sonriente y provocador a los gendarmes franceses son algunos de los símbolos más representativos de aquella gran revuelta juvenil que sacudió París y atrajo la atención del mundo. Había nacido en 1945 en Montauban (Francia) de padres judíos alemanes escapados del nazismo. Una de las leyendas familiares dice que antes de que él naciera su madre había consultado a una vidente, la cual le vaticinó que tendría dos hijos, uno muy inteligente y otro genial; al parecer, Daniel y su hermano Gabriel aún reclaman para sí el segundo calificativo.

Tan brillante y rápido de mente como narcisista –“las cámaras me aman y yo también”, dice sin rubor–, Daniel estudió el bachillerato en Alemania, cuya nacionalidad adoptó para librarse del servicio militar cuando volvió a Francia a estudiar sociología en la universidad parisina de Nanterre. Allí se significó enseguida como líder del movimiento estudiantil. En realidad Mayo del 68 comenzó en marzo de 1967, cuando el ministro de la Juventud y el Deporte, François Missoffe, recibió en Nanterre un grandioso abucheo y mantuvo un tenso diálogo con el estudiante Daniel Cohn-Bendit, apodado Dani el Rojo tanto por sus ideas como por el color de su pelo. Después de varios meses de tensión, la gran revuelta tomó cuerpo el 22 de abril de 1968, cuando Cohn-Bendit y su grupo decidieron ocupar Nanterre para protestar contra la detención de varios estudiantes acusados de atentar con explosivos contra empresas norteamericanas en la capital francesa. El día 28, el decano ordenó el cierre de la facultad y los estudiantes respondieron boicoteando los exámenes parciales y enfrentándose con sus compañeros de derechas, que habían calificado la ocupación de Nanterre de terrorista. El atentado sufrido en Berlín por el líder estudiantil Rudi Dutschke aumentó la tensión y las manifestaciones se propagaron por todo París. Durante el mes de mayo, el Barrio Latino se convirtió en un polvorín. Cohn-Bendit fue detenido el día 3, el 4 se cerró la Sorbona y por todas partes los estudiantes

lanzaban proclamas de exaltación de la vida, la libertad y la imaginación y el rechazo a la autoridad y a las jerarquías. La agitación se trasladó al mundo obrero y hubo numerosas huelgas, pero los sindicatos terminaron rechazando las propuestas estudiantiles. Al final, Pompidou negoció con los sindicatos y los estudiantes volvieron a las aulas. Mayo del 68 fracasó como revolución, pero muchas de sus ideas, el reconocimiento de los derechos de la mujer, la liberalización de las costumbres, la democratización de las relaciones sociales y generacionales fueron asumidas por la sociedad.

De rojo a verde

Después de Mayo, el gobierno francés expulsó del país a Cohn-Bendit, que se implicó en los medios anarquistas y el movimiento okupa de Frankfurt, ciudad en la que trabajó como periodista a partir de 1978. Por esa época empezó su acercamiento a los Verdes, partido al que se adhirió en 1984. En 1986 hizo oficial su abandono de la postura revolucionaria en la obra *La Revolución, y nosotros que la quisimos tanto*. En 1989 se convirtió en adjunto a la alcaldía de Frankfurt y en 1994 fue elegido eurodiputado por los ecologistas alemanes. Hoy es portavoz y presidente del grupo parlamentario Verde en la eurocámara y un apasionado de la construcción europea, que considera la última utopía posible de nuestra época.

